

Anarquismo y Otros Ensayos

Emma Goldman

1910

Índice general

Una reseña biográfica	4
Prólogo	49
Capítulo 1: El anarquismo: Lo que realmente defiende	56
Capítulo 2: Minorías contra mayorías	84
Capítulo 3: La psicología de la violencia política	98
Capítulo 4: Las prisiones: Un crimen y un fracaso social	141
Capítulo 5: El patriotismo: Una amenaza para la libertad	165
Capítulo 6: Francisco Ferrer y la Escuela Moderna	189

Capítulo 7: La hipocresía del puritanismo	219
Capítulo 8: El tráfico de mujeres	232
Capítulo 9: El sufragio femenino	257
Capítulo 10: La tragedia de la emancipación de la mujer	279
Capítulo 11: El matrimonio y el amor	297
Capítulo 12: El drama moderno: Un poderoso difusor del pensamiento radical	314

Una reseña biográfica

El propagandismo no es, como algunos suponen, un «oficio» porque nadie seguirá un «oficio» en el que se puede trabajar con la industria de un esclavo y morir con la reputación de un mendigo. Los motivos de cualquier persona para seguir tal profesión deben ser diferentes a los del comercio, más profundos que el orgullo y más fuertes que el interés.

George Jacob Holyoake

Entre los hombres y mujeres prominentes en la vida pública de Estados Unidos hay pocos cuyos nombres se mencionan tan a menudo como el de Emma Goldman. Sin embargo, la verdadera Emma Goldman es casi desconocida. La prensa sensacionalista ha rodeado su nombre con tantas tergiversaciones y calumnias, que parecería casi un milagro que, a pesar de esta red de calumnias, la verdad se abra paso y comience a manifestarse una mejor apreciación de esta idealista tan denostada. No hay mucho consuelo en el hecho de que casi todos los representantes de una nueva idea

han tenido que luchar y sufrir bajo dificultades similares.

¿Sirve de algo que un ex presidente de una república rinda homenaje en Osawatomie a la memoria de John Brown? ¿O que el presidente de otra república participe en la inauguración de una estatua en honor de Pierre Proudhon, y presente su vida a la nación francesa como un modelo digno de emulación entusiasta? ¿De qué sirve todo esto cuando, al mismo tiempo, se crucifica a los John Browns y Proudhons vivos? El honor y la gloria de una Mary Wollstonecraft o de una Louise Michel no se ven reforzados por el hecho de que los Padres de la Ciudad de Londres o de París pongan su nombre a una calle: la generación viva debería preocuparse por hacer justicia a las Mary Wollstonecraft y Louise Michels vivas. La posteridad asigna a hombres como Wendel Phillips y Lloyd Garrison el nicho de honor apropiado en el templo de la emancipación humana; pero es el deber de sus contemporáneos brindarles el debido reconocimiento y aprecio mientras viven.

El camino del propagandista de la justicia social está sembrado de espinas. Los poderes de las tinieblas y de la injusticia ejercen toda su fuerza para que un rayo de sol entre en su vida sin alegría. Es más, incluso sus compañeros de lucha -de hecho, con demasiada

frecuencia sus amigos más íntimos- no muestran más que poca comprensión por la personalidad del pionero. La envidia, que a veces se convierte en odio, la vanidad y los celos, obstruyen su camino y llenan su corazón de tristeza. Se requiere una voluntad inflexible y un tremendo entusiasmo para no perder, en tales condiciones, toda la fe en la Causa. El representante de una idea revolucionaria se encuentra entre dos fuegos: por un lado, la persecución de los poderes existentes que le hacen responsable de todos los actos derivados de las condiciones sociales; y, por otro, la incompreensión de sus propios seguidores que a menudo juzgan toda su actividad desde un punto de vista estrecho. Así ocurre que el agitador se encuentra muy solo en medio de la multitud que le rodea. Incluso sus amigos más íntimos rara vez comprenden lo solitario y abandonado que se siente. Esa es la tragedia de la persona destacada en la opinión pública.

La niebla en la que el nombre de Emma Goldman ha estado envuelto durante tanto tiempo está empezando a disiparse gradualmente. Su energía en la promoción de una idea tan impopular como el anarquismo, su profunda seriedad, su valor y sus habilidades, encuentran una creciente comprensión y admiración.

La deuda que el crecimiento intelectual americano tiene con los exiliados revolucionarios nunca se ha apreciado del todo. La semilla diseminada por ellos, aunque tan poco comprendida en su momento, ha dado una rica cosecha. En todo momento han mantenido en alto la bandera de la libertad, impregnando así la vitalidad social de la Nación. Pero muy pocos han logrado conservar su educación y cultura europeas y, al mismo tiempo, asimilarse a la vida americana. Es difícil para el hombre medio formarse una idea adecuada de la fuerza, la energía y la perseverancia necesarias para absorber el idioma, los hábitos y las costumbres desconocidas de un nuevo país, sin perder la propia personalidad.

Emma Goldman es una de las pocas personas que, conservando plenamente su individualidad, se ha convertido en un factor importante en la atmósfera social e intelectual de América. La vida que lleva es rica en colores, llena de cambios y variedad. Ha llegado a las alturas más altas, y también ha probado las heces amargas de la vida.

Emma Goldman nació de padres judíos el 27 de junio de 1869 en la provincia rusa de Kovno. Seguramente estos padres nunca soñaron la posición única que su hija ocuparía algún día. Como todos los padres con-

servadores, ellos también estaban convencidos de que su hija se casaría con un ciudadano respetable, le daría hijos y terminaría sus años rodeada de un rebaño de nietos, una mujer buena y religiosa. Como la mayoría de los padres, no tenían idea de que un espíritu extraño y apasionado se apoderaría del alma de su hija y la llevaría a las alturas que separan a las generaciones en una lucha eterna. Vivían en una tierra y en una época en que el antagonismo entre padres e hijos estaba destinado a encontrar su expresión más aguda, la hostilidad irreconciliable. En esta tremenda lucha entre padres e hijos -y sobre todo entre padres e hijas- no había compromiso, ni cesión débil, ni tregua. El espíritu de libertad, de progreso -un idealismo que no conocía consideraciones ni reconocía obstáculos- expulsó a la joven generación de la casa paterna y la alejó del hogar. Al igual que este mismo espíritu expulsó en su día al revolucionario criador del descontento, Jesús, y lo alejó de sus tradiciones nativas.

El papel que desempeñó la raza judía -a pesar de todas las calumnias antisemitas, la raza del idealismo trascendental- en la lucha de lo Antiguo y lo Nuevo probablemente nunca se apreciará con total imparcialidad y claridad. Sólo ahora estamos empezando a percibir la tremenda deuda que tenemos con los idealistas

judíos en el ámbito de la ciencia, el arte y la literatura. Pero todavía se sabe muy poco del importante papel que los hijos e hijas de Israel han desempeñado en el movimiento revolucionario y, especialmente, en el de los tiempos modernos.

Los primeros años de su infancia Emma Goldman los pasó en un pequeño e idílico lugar de la provincia germano-rusa de Kurland, donde su padre tenía a su cargo el escenario gubernamental. En aquella época, Kurland era completamente alemana; incluso la burocracia rusa de esa provincia báltica estaba formada en su mayoría por junkers alemanes. Los cuentos y las historias alemanas, ricas en hechos milagrosos de los caballeros heroicos de Kurland, tejían su hechizo sobre la mente juvenil. Pero el bello idilio duró poco. Pronto el alma de la niña que crecía se vio cubierta por las oscuras sombras de la vida. Ya en su más tierna juventud se plantaron en el corazón de Emma Goldman las semillas de la rebelión y del odio implacable a la opresión. Temprano aprendió a conocer la belleza del Estado: vio a su padre acosado por los chinos cristianos y doblemente perseguido como pequeño funcionario y judío odiado. La brutalidad del reclutamiento forzosamente siempre estuvo ante sus ojos: contempló a los jóvenes, a menudo el único sustento de una familia nu-

merosa, arrastrados brutalmente a los cuarteles para llevar la miserable vida de un soldado. Oyó el llanto de las pobres campesinas y fue testigo de las vergonzosas escenas de venalidad oficial que liberaban a los ricos del servicio militar a costa de los pobres. Se sintió indignada por el terrible trato al que eran sometidas las sirvientas: maltratadas y explotadas por sus barinyas, caían en las garras de los oficiales del regimiento, que las consideraban su presa sexual natural. Estas muchachas, embarazadas por caballeros respetables y expulsadas por sus amantes, a menudo encontraban refugio en el hogar de los Goldman. Y la niña, con el corazón palpitante de simpatía, extraía monedas del cajón paterno para poner clandestinamente el dinero en manos de las desafortunadas mujeres. Así, la característica más llamativa de Emma Goldman, su simpatía por los desvalidos, se puso de manifiesto ya en estos primeros años.

A los siete años, la pequeña Emma fue enviada por sus padres a casa de su abuela en Königsberg, la ciudad de Immanuel Kant, en Prusia oriental. Salvo interrupciones ocasionales, permaneció allí hasta que cumplió 13 años. Los primeros años en este entorno no forman parte precisamente de sus recuerdos más felices. La abuela, en efecto, era muy amable, pero las numero-

sas tías de la casa se preocupaban más por el espíritu práctico que por la razón pura, y el imperativo cate-górico se aplicaba con demasiada frecuencia. La situa-ción cambió cuando sus padres emigraron a Königs-berg, y la pequeña Emma se vio liberada de su papel de Cenicienta. Ahora asistía regularmente a la escuela pública y también disfrutaba de las ventajas de la en-señanza privada, habitual en la vida de la clase media; las clases de francés y música desempeñaban un pa-pel importante en el programa de estudios. La futura intérprete de Ibsen y Shaw era entonces una pequeña Gretchen alemana, que se sentía muy a gusto en el am-biente alemán. Sus especiales predilecciones literarias eran los romances sentimentales de Marlitt; era una gran admiradora de la buena reina Luisa, a la que el malvado Napoleón Buonaparte trató con tan marcada falta de caballerosidad.

¡Y qué amarga decepción siguió cuando la joven idealista comenzó a familiarizarse con las condiciones de la nueva tierra! En lugar de un zar, se encontró con decenas de ellos; el cosaco fue sustituido por el poli-cía del garrote pesado, y en lugar del chinovnik ruso estaba el mucho más inhumano negrero de la fábrica.

Emma Goldman no tardó en conseguir trabajo en el establecimiento de ropa de la Garson Co. El salario

ascendía a dos dólares y medio a la semana. En aquella época las fábricas no estaban dotadas de motor, y las pobres costureras tenían que conducir las ruedas a pie, desde primera hora de la mañana hasta última de la noche. Era un trabajo terriblemente agotador, sin un rayo de luz, el trabajo pesado del largo día pasaba en completo silencio – la costumbre rusa de conversar amistosamente en el trabajo no estaba permitida en el país libre. Pero la explotación de las muchachas no era sólo económica; los pobres trabajadores asalariados eran considerados por sus capataces y jefes como mercancía sexual. Si una chica se resentía de las insinuaciones de sus «superiores», rápidamente se encontraba en la calle como un elemento indeseable en la fábrica. Nunca faltaban víctimas dispuestas: la oferta siempre superaba la demanda.

Las horribles condiciones se hacían aún más insostenibles por la temible monotonía de la vida en la pequeña ciudad americana. El espíritu puritano suprime la más mínima manifestación de alegría; una mortal torpeza nubla el alma; no es posible ninguna inspiración intelectual, ningún intercambio de pensamientos entre espíritus afines. Emma Goldman casi se asfixia en esta atmósfera. Ella, por encima de todo, anhelaba un entorno ideal, la amistad y la comprensión, la com-

pañía de mentes afines. Mentalmente seguía viviendo en Rusia. Desconocía el idioma y la vida del país, y vivía más en el pasado que en el presente. Fue en esta época cuando conoció a un joven que hablaba ruso. Con gran alegría se cultivó la relación. Por fin había una persona con la que podía conversar, alguien que podía ayudarla a superar la monotonía de la estrecha existencia. La amistad maduró gradualmente y finalmente culminó en matrimonio.

También Emma Goldman tuvo que recorrer el penoso camino de la vida conyugal; también ella tuvo que aprender por amarga experiencia que los estatutos legales significan dependencia y abnegación, especialmente para la mujer. El matrimonio no supuso una liberación de la monotonía puritana de la vida americana; de hecho, se vio agravado por la pérdida de la propiedad propia. Los caracteres de los jóvenes eran demasiado diferentes. Pronto se produjo una separación, y Emma Goldman se fue a New Haven, Connecticut. Allí encontró empleo en una fábrica, y su marido desapareció de su horizonte. Dos décadas más tarde, las autoridades federales le recordaron inesperadamente.

Los revolucionarios que participaban en el movimiento ruso de los años 80 estaban poco familiarizados con las ideas sociales que agitaban entonces Euro-

pa occidental y América. Su única actividad consistía en educar al pueblo, su objetivo final era la destrucción de la autocracia. El socialismo y el anarquismo eran términos apenas conocidos, incluso por su nombre. También Emma Goldman desconocía por completo el significado de esos ideales.

Llegó a Estados Unidos, como cuatro años antes a Rusia, en un período de gran agitación social y política. El pueblo trabajador se rebelaba contra las terribles condiciones de trabajo; el movimiento de las ocho horas de los Caballeros del Trabajo estaba en su apogeo, y en todo el país resonaba el estruendo de las sanguinarias luchas entre los huelguistas y la policía. La lucha culminó con la gran huelga contra la Harvester Company de Chicago, la masacre de los huelguistas y el asesinato judicial de los líderes obreros, que siguió a la histórica explosión de la bomba de Haymarket. Los anarquistas soportaron la prueba del martirio del bautismo de sangre. Los apologistas del capitalismo tratan vanamente de justificar el asesinato de Parsons, Spies, Lingg, Fischer y Engel. Desde la publicación de las razones del gobernador Altgeld para liberar a los tres anarquistas encarcelados en Haymarket, no queda ninguna duda de que se cometió un quintuple asesinato legal en Chicago, en 1887.

Muy pocos han comprendido el significado del martirio de Chicago; menos aún las clases dirigentes. Con la destrucción de un número de líderes obreros pensaron en frenar la marea de una idea que inspiraba al mundo. No consideraron que de la sangre de los mártires crece la nueva semilla, y que la espantosa injusticia ganará nuevos conversos a la Causa.

Las dos representantes más prominentes de la idea anarquista en América, Voltairine de Cleyre y Emma Goldman -la una americana y la otra rusa- se han convertido, como muchos otros, a las ideas del anarquismo por el asesinato judicial. Dos mujeres que no se habían conocido antes, y que habían recibido una educación muy diferente, se unieron a través de ese asesinato en una sola idea.

Como la mayoría de los trabajadores y trabajadoras de América, Emma Goldman siguió el juicio de Chicago con gran ansiedad y emoción. Tampoco ella podía creer que los líderes del proletariado fueran asesinados. El 11 de noviembre de 1887 le enseñó lo contrario. Se dio cuenta de que no se podía esperar ninguna piedad de la clase dominante, que entre el zarismo de Rusia y la plutocracia de Estados Unidos no había más diferencia que el nombre. Todo su ser se rebeló contra el crimen, y se juró a sí misma un voto solemne de

unirse a las filas del proletariado revolucionario y dedicar toda su energía y fuerza a su emancipación de la esclavitud asalariada. Con el entusiasmo tan característico de su naturaleza, comenzó a familiarizarse con la literatura del socialismo y el anarquismo. Asistió a reuniones públicas y se relacionó con trabajadores de inclinación socialista y anarquista. Johanna Greie, la conocida conferenciante alemana, fue la primera oradora socialista que escuchó Emma Goldman. En New Haven, Connecticut, donde estaba empleada en una fábrica de corsés, conoció a anarquistas que participaban activamente en el movimiento. Aquí leyó el *Freiheit*, editado por John Most. La tragedia de Haymarket desarrolló sus tendencias anarquistas inherentes; la lectura del *Freiheit* la convirtió en una anarquista consciente. Posteriormente aprendería que la idea del anarquismo encontró su máxima expresión a través de los mejores intelectuales de América: teóricamente por Josiah Warren, Stephen Pearl Andrews, Lysander Spooner; filosóficamente por Emerson, Thoreau y Walt Whitman.

Enferma por la excesiva tensión del trabajo en la fábrica, Emma Goldman regresó a Rochester, donde permaneció hasta agosto de 1889, momento en el que se trasladó a Nueva York, escenario de la fase más importante de su vida. Tenía ahora veinte años. Los rasgos

pálidos por el sufrimiento, los ojos grandes y llenos de compasión, le saludan a uno en su imagen de aquellos días. Su cabello, como es habitual en las estudiantes rusas, lo lleva corto, dando rienda suelta a su fuerte frente.

Es la época heroica del anarquismo militante. El movimiento había crecido a pasos agigantados en todos los países. A pesar de la más severa persecución gubernamental, nuevos conversos engrosan las filas. La propaganda es casi exclusivamente de carácter secreto. Las medidas represivas del gobierno llevan a los discípulos de la nueva filosofía a métodos conspirativos. Miles de víctimas caen en manos de las autoridades y languidecen en las cárceles. Pero nada puede frenar la creciente marea de entusiasmo, de abnegación y devoción a la Causa. Los esfuerzos de maestros como Peter Kropotkin, Louise Michel, Elisée Reclus y otros, inspiran a los devotos con una energía cada vez mayor.

La ruptura es inminente con los socialistas, que han sacrificado la idea de la libertad y han abrazado el Estado y la política. La lucha es encarnizada, las facciones irreconciliables. Esta lucha no es sólo entre anarquistas y socialistas; también encuentra su eco dentro de los grupos anarquistas. Las diferencias teóricas y las controversias personales conducen a luchas y enemis-

tades enconadas. La legislación antisocialista de Alemania y Austria había llevado a miles de socialistas y anarquistas a cruzar los mares para buscar refugio en América. John Most, tras perder su escaño en el Reichstag, tuvo que huir finalmente de su tierra natal y se fue a Londres. Allí, habiendo avanzado hacia el anarquismo, se retiró por completo del Partido Socialdemócrata. Más tarde, al llegar a América, continuó la publicación del Freiheit en Nueva York, y desarrolló una gran actividad entre los trabajadores alemanes.

Cuando Emma Goldman llegó a Nueva York en 1889, no tuvo muchas dificultades para relacionarse con anarquistas activos. Las reuniones anarquistas eran casi diarias. El primer conferenciante que escuchó en la plataforma anarquista fue el Dr. H. Solotaroff. De gran importancia para su futuro desarrollo fue su conocimiento de John Most, quien ejerció una tremenda influencia sobre los elementos más jóvenes. Su apasionada elocuencia, su incansable energía y la persecución que había sufrido por la causa, se combinaron para entusiasmar a los camaradas. Fue también en esta época cuando conoció a Alexander Berkman, cuya amistad desempeñó un papel importante a lo largo de su vida. Su talento como oradora no podía permanecer mucho tiempo en la oscuridad. El

fuego del entusiasmo la llevó a la plataforma pública. Animada por sus amigos, comenzó a participar como oradora en alemán y en yiddish en las reuniones anarquistas. Pronto siguió una breve gira de agitación que la llevó hasta Cleveland. Con toda la fuerza y la seriedad de su alma se lanzó a la propaganda de las ideas anarquistas. El período apasionante de su vida había comenzado. Aunque trabajaba constantemente en las fábricas de explotación, la joven oradora era al mismo tiempo muy activa como agitadora y participaba en varias luchas laborales, especialmente en la gran huelga de los fabricantes de ropa, en 1889, dirigida por el profesor Garsyde y Joseph Barondess.

Un año más tarde, Emma Goldman fue delegada en una conferencia anarquista en Nueva York. Fue elegida miembro del Comité Ejecutivo, pero más tarde se retiró por diferencias de opinión en cuanto a cuestiones tácticas. Las ideas de los anarquistas de habla alemana aún no se habían aclarado. Algunos seguían creyendo en los métodos parlamentarios, la gran mayoría eran partidarios del centralismo fuerte. Estas diferencias de opinión respecto a la táctica condujeron, en 1891, a una intimidad con John Most. Emma Goldman, Alexander Berkman y otros compañeros se unieron al grupo Autonomía, en el que participaron activamente

Joseph Peukert, Otto Rinke y Claus Timmermann. Las agrias controversias que siguieron a esta secesión sólo terminaron con la muerte de Most, en 1906.

Una gran fuente de inspiración para Emma Goldman fueron los revolucionarios rusos asociados en el grupo Znamya. Formaban parte del grupo Goldenberg, Solotaroff, Zametkin, Miller, Cahan, el poeta Edelman, Ivan von Schewitsch, marido de Helene von Racowitza y editor del Volkszeitung, y otros numerosos exiliados rusos, algunos de los cuales aún viven. Fue también en esta época cuando Emma Goldman conoció a Robert Reitzel, el alemán americano Heine, que ejerció una gran influencia en su desarrollo. A través de él conoció a los mejores escritores de la literatura moderna, y la amistad así iniciada duró hasta la muerte de Reitzel, en 1898.

El movimiento obrero de Estados Unidos no se había ahogado en la masacre de Chicago; el asesinato de los anarquistas no había conseguido llevar la paz al capitalista ávido de beneficios. La lucha por la jornada de ocho horas continuó. En 1892 estalló la gran huelga de Pittsburg. La lucha de Homestead, la derrota de los Pinkerton, la aparición de la milicia, la supresión de los huelguistas y el triunfo completo de la reacción son asuntos de historia relativamente reciente. Con-

movido hasta lo más profundo por los terribles acontecimientos en la sede de la guerra, Alexander Berkman resolvió sacrificar su vida a la Causa y dar así una lección objetiva a los esclavos asalariados de América sobre la solidaridad anarquista activa con el trabajo. Su ataque a Frick, el Gessler de Pittsburg, fracasó, y el joven de veintidós años fue condenado a una muerte en vida de veintidós años en la penitenciaría. La burguesía, que durante décadas había exaltado y elogiado el tiranicidio, se llenó ahora de una terrible rabia. La prensa capitalista organizó una campaña sistemática de calumnias y tergiversaciones contra los anarquistas. La policía hizo todo lo posible para involucrar a Emma Goldman en el acto de Alexander Berkman. El temido agitador debía ser silenciado por todos los medios. Sólo por la circunstancia de su presencia en Nueva York escapó de las garras de la ley. Fue una circunstancia similar la que, nueve años después, durante el incidente de McKinley, fue decisiva para preservar su libertad. Es casi increíble la cantidad de estupidez, bajeza y vileza con la que los periodistas de la época trataron de abrumar a la anarquista. Hay que revisar los archivos de los periódicos para darse cuenta de la enormidad de la incriminación y la calumnia. Sería difícil describir la agonía del alma que Emma Goldman experimentó en

aquellos días. Las persecuciones de la prensa capitalista debían ser soportadas por un anarquista con relativa ecuanimidad; pero los ataques de sus propias filas eran mucho más dolorosos e insoportables.

El acto de Berkman fue duramente criticado por Most y algunos de sus seguidores entre los anarquistas alemanes y judíos. Siguieron amargas acusaciones y recriminaciones en reuniones públicas y en encuentros privados. Perseguida por todas partes, tanto por haber defendido a Berkman y su acto, como por su actividad revolucionaria, Emma Goldman fue acosada hasta el punto de no poder conseguir refugio. Demasiado orgullosa para buscar seguridad en la negación de su identidad, optó por pasar las noches en los parques públicos antes que exponer a sus amigos al peligro o a la vejación por sus visitas. El intento de suicidio de un joven camarada que había compartido vivienda con Emma Goldman, Alexander Berkman y un amigo artista común, colmó el ya amargo vaso.

Desde entonces se han producido muchos cambios. Alexander Berkman ha sobrevivido al infierno de Pensilvania y ha vuelto a las filas de los militantes anarquistas, con el espíritu intacto y el alma llena de entusiasmo por los ideales de su juventud. El camarada artista se encuentra ahora entre los conocidos ilustra-

dores de Nueva York. El candidato al suicidio abandonó América poco después de su desafortunado intento de muerte, y posteriormente fue detenido y condenado a ocho años de trabajos forzados por introducir literatura anarquista en Alemania. También él ha resistido los terrores de la vida carcelaria, y ha vuelto al movimiento revolucionario, desde que se ganó la merecida reputación de escritor de talento en Alemania.

Para evitar una acampada indefinida en los parques, Emma Goldman se vio finalmente obligada a instalarse en una casa de la calle Tercera, ocupada exclusivamente por prostitutas. Allí, entre las parias de nuestra buena sociedad cristiana, pudo al menos alquilar una habitación, y encontrar descanso y trabajo en su máquina de coser. Las mujeres de la calle mostraban más refinamiento de sentimientos y sincera simpatía que los sacerdotes de la Iglesia. Pero la resistencia humana se había agotado por el exceso de sufrimiento y privaciones. Hubo un completo colapso físico, y la renombrada agitadora fue trasladada a la «República Bohemia», una gran casa de vecindad que derivó su eufónico apelativo del hecho de que sus ocupantes eran en su mayoría anarquistas bohemios. Aquí Emma Goldman encontró amigos dispuestos a ayudarla. Justus Schwab, uno de

los mejores representantes del período revolucionario alemán de aquella época, y el doctor Solotaroff se mostraron infatigables en el cuidado de la paciente. Aquí también conoció a Edward Brady, y la nueva amistad maduró posteriormente hasta convertirse en una estrecha intimidad. Brady había participado activamente en el movimiento revolucionario de Austria y, en el momento de conocer a Emma Goldman, acababa de ser liberado de una prisión austriaca tras diez años de encarcelamiento.

Los médicos diagnosticaron la enfermedad como tisis, y se le aconsejó que abandonara Nueva York. Se fue a Rochester, con la esperanza de que el círculo familiar la ayudara a recuperar la salud. Sus padres habían emigrado varios años antes a América y se habían establecido en esa ciudad. Uno de los rasgos más destacados de la raza judía es el fuerte apego entre los miembros de la familia y, especialmente, entre padres e hijos. Aunque sus conservadores padres no podían simpatizar con las aspiraciones idealistas de Emma Goldman y no aprobaban su modo de vida, recibieron a su hija enferma con los brazos abiertos. El reposo y los cuidados que recibió en el hogar paterno, así como la presencia alentadora de la querida hermana Helene, resultaron

tan beneficiosos que en poco tiempo se restableció lo suficiente como para reanudar su enérgica actividad.

No hay descanso en la vida de Emma Goldman. El esfuerzo incesante y la lucha continua hacia la meta concebida son lo esencial de su naturaleza. Ya se había perdido demasiado tiempo precioso. Era imperativo reanudar sus labores inmediatamente. El país estaba en plena crisis y miles de desempleados abarrotaban las calles de los grandes centros industriales. Fríos y hambrientos recorrían la tierra en la vana búsqueda de trabajo y pan. Los anarquistas desarrollaron una intensa propaganda entre los parados y los huelguistas. En Union Square, Nueva York, tuvo lugar una monstruosa manifestación de los camuflados en huelga y de los desempleados. Emma Goldman fue una de las oradoras invitadas. Pronunció un apasionado discurso, describiendo con palabras ardientes la miseria de la vida del esclavo asalariado, y citó la famosa máxima del cardenal Manning: «La necesidad no conoce ley, y el hombre hambriento tiene un derecho natural a una parte del pan de su vecino». Concluyó su exhortación con las palabras: «Pedid trabajo. Si no os dan trabajo, pedid pan. Si no os dan trabajo ni pan, tomad pan».

Al día siguiente partió hacia Filadelfia, donde debía dirigirse a una reunión pública. La prensa capitalista

volvió a dar la alarma. Si se permitía a los socialistas y anarquistas seguir agitando, existía el peligro inminente de que los obreros aprendieran pronto a comprender la forma en que se les roba la alegría y la felicidad de la vida. Tal posibilidad debía ser evitada a toda costa. El jefe de policía de Nueva York, Byrnes, consiguió una orden judicial para la detención de Emma Goldman. Fue detenida por las autoridades de Filadelfia y encarcelada durante varios días en la prisión de Moyamensing, en espera de los papeles de extradición que Byrnes confió al detective Jacobs. Este hombre, Jacobs (a quien Emma Goldman volvió a encontrar varios años después en circunstancias muy desagradables) le propuso, mientras regresaba prisionera a Nueva York, traicionar la causa del trabajo. En nombre de su superior, el jefe Byrnes, le ofreció una lucrativa recompensa. ¡Qué estúpidos son a veces los hombres! Qué pobreza de observación psicológica para imaginar la posibilidad de una traición por parte de una joven idealista rusa, que había sacrificado voluntariamente todas las consideraciones personales para ayudar a la emancipación del trabajo.

En octubre de 1893, Emma Goldman fue juzgada en los tribunales penales de Nueva York por el cargo de incitación a la revuelta. El «inteligente» jurado igno-

ró el testimonio de los doce testigos de la defensa en favor de las pruebas aportadas por un solo hombre: el detective Jacobs. Fue declarada culpable y sentenciada a cumplir un año en la penitenciaría de Blackwell's Island. Desde la fundación de la República fue la primera mujer -excepto la Sra. Surratt- en ser encarcelada por un delito político. La sociedad respetable le había estampado mucho antes la letra escarlata.

Emma Goldman pasó su tiempo en la penitenciaría en calidad de enfermera en el hospital de la prisión. Aquí encontró la oportunidad de derramar algunos rayos de bondad en las oscuras vidas de las desafortunadas cuyas hermanas de la calle no desdeñaron dos años antes compartir con ella la misma casa. También encontró en la cárcel la oportunidad de estudiar inglés y su literatura, y de familiarizarse con los grandes escritores estadounidenses. En Bret Harte, Mark Twain, Walt Whitman, Thoreau y Emerson encontró grandes tesoros.

Dejó Blackwell's Island en el mes de agosto de 1894, una mujer de veinticinco años, desarrollada y madura, e intelectualmente transformada. Volvió al ruedo, más rica en experiencia, purificada por el sufrimiento. Ya no se sentía abandonada y sola. Muchas manos se tendieron para acogerla. En aquella época había nu-

merosos oasis intelectuales en Nueva York. El salón de Justus Schwab, en el número cincuenta de la calle Primera, era el centro donde se reunían anarquistas, literatos y bohemios. Entre otros, también conoció en esta época a varios anarquistas americanos, y entabló amistad con Voltairine de Cleyre, Wm. C. Owen, Miss Van Etton y Dyer D. Lum, antiguo editor del Alarm y ejecutor de los últimos deseos de los mártires de Chicago. En John Swinton, el viejo y noble luchador por la libertad, encontró uno de sus más firmes amigos. Otros centros intelectuales eran Solidaridad, publicada por John Edelman; Libertad, del anarquista individualista Benjamin R. Tucker; El Rebelde, de Harry Kelly; Der Sturmvogel, una publicación anarquista alemana, editada por Claus Timmermann; Der Arme Teufel, cuyo genio presidente era el inimitable Robert Reitzel. A través de Arthur Brisbane, ahora lugarteniente de William Randolph Hearst, conoció los escritos de Fourier. Brisbane no estaba aún sumergido en el pantano de la corrupción política. Envió a Emma Goldman una amable carta a Blackwell's Island, junto con la biografía de su padre, el entusiasta discípulo americano de Fourier.

Emma Goldman se convirtió, al salir de la penitenciaría, en un factor de la vida pública de Nueva York. Era apreciada en las filas radicales por su devoción, su

idealismo y su seriedad. Varias personas buscaron su amistad, y algunas trataron de persuadirla para que les ayudara en la promoción de sus asuntos particulares. Así, el reverendo Parkhurst, durante la investigación de Lexow, hizo todo lo posible por inducirla a unirse al Comité de Vigilancia para luchar contra Tammany Hall. Maria Louise, el espíritu movil de un centro social, actuaba como intermediario de Parkhurst. Apenas es necesario mencionar la respuesta que esta última recibió de Emma Goldman. Por cierto, Maria Louise se convirtió posteriormente en mahatma. Durante la campaña por la plata libre, el ex-Burgess McLuckie, una de las personalidades más genuinas de la huelga de Homestead, visitó Nueva York en un esfuerzo por entusiasmar a los radicales locales por la plata libre. También intentó interesar a Emma Goldman, pero sin mayor éxito que la Mahatma Maria Louise de la fama de Parkhurst-Lexow.

En 1894 la lucha de los anarquistas en Francia alcanzó su máxima expresión. El terror blanco de los advenedizos republicanos fue respondido por el terror rojo de nuestros camaradas franceses. Los anarquistas de todo el mundo siguieron con febril ansiedad esta lucha social. La propaganda por los hechos encontró su eco reverberante en casi todos los países. Para fami-

liarizarse mejor con las condiciones del viejo mundo, Emma Goldman partió hacia Europa, en el año 1895. Después de una gira de conferencias por Inglaterra y Escocia, se dirigió a Viena, donde ingresó en la Allgemeine Krankenhaus para prepararse como comadrona y enfermera, y donde al mismo tiempo estudió las condiciones sociales. También encontró la oportunidad de familiarizarse con la literatura más reciente de Europa: Hauptmann, Nietzsche, Ibsen, Zola, Thomas Hardy y otros artistas rebeldes fueron leídos con gran entusiasmo.

En el otoño de 1896 regresó a Nueva York pasando por Zúrich y París. El proyecto de liberación de Alexander Berkman estaba en marcha. La bárbara sentencia de veintidós años había despertado una tremenda indignación entre los elementos radicales. Se sabía que la Junta de Indultos de Pensilvania buscaría el asesoramiento de Carnegie y Frick en el caso de Alexander Berkman. Por lo tanto, se sugirió que se contactara con estos sultanes de Pensilvania, no con el fin de obtener su gracia, sino con la petición de que no intentaran influir en la Junta. Ernest Crosby se ofreció a ver a Carnegie, con la condición de que Alexander Berkman repudiara su acto. Eso, sin embargo, estaba absolutamente fuera de cuestión. Él nunca sería culpable de semejante

desprecio a su propia personalidad y a su autoestima. Estos esfuerzos condujeron a relaciones amistosas entre Emma Goldman y el círculo de Ernest Crosby, Bolton Hall y Leonard Abbott. En el año 1897 emprendió su primera gran gira de conferencias, que se extendió hasta California. Esta gira popularizó su nombre como representante de los oprimidos, y su elocuencia resonó de costa a costa. En California, Emma Goldman se hizo amiga de los miembros de la familia Isaak y aprendió a apreciar sus esfuerzos por la causa. Bajo tremendos obstáculos, los Isaak publicaron por primera vez el *Firebrand* y, tras su supresión por el Departamento de Correos, la *Free Society*. Fue también durante esta gira que Emma Goldman conoció a ese viejo rebelde de la libertad sexual, Moses Harman.

Durante la guerra hispano-estadounidense, el espíritu del chovinismo estaba en su punto más alto. Para frenar esta peligrosa situación, y al mismo tiempo recaudar fondos para los revolucionarios cubanos, Emma Goldman se afilió a los camaradas latinos, entre otros a Gori, Esteve, Palaviccini, Merlino, Petruccini y Ferrara. En el año 1899 siguió otra prolongada gira de agitación, que terminó en la costa del Pacífico. Las repetidas detenciones y acusaciones, aunque sin resul-

tados negativos finales, marcaron cada gira de propaganda.

En noviembre del mismo año, la incansable agitadora realizó una segunda gira de conferencias por Inglaterra y Escocia, cerrando su viaje con el primer Congreso Anarquista Internacional en París. Era la época de la guerra de los Boers, y de nuevo el patriotismo estaba en su apogeo, como dos años antes había celebrado sus orgías durante la guerra hispanoamericana. Varias reuniones, tanto en Inglaterra como en Escocia, fueron perturbadas y disueltas por turbas patrióticas. Emma Goldman encontró en esta ocasión la oportunidad de reencontrarse con varios camaradas ingleses y con personalidades interesantes como Tom Mann y las hermanas Rossetti, las dotadas hijas de Dante Gabriel Rossetti, entonces editoras de la revista anarquista *The Torch*. Una de sus esperanzas de toda la vida se cumplió aquí: entró en contacto estrecho y amistoso con Pedro Kropotkin, Errico Malatesta, Nicolás Chaikovski, W. Tcherkessov y Louise Michel. Viejos guerreros de la causa de la humanidad, cuyas hazañas han entusiasmado a miles de seguidores en todo el mundo, y cuya vida y obra han inspirado a otros miles con noble idealismo y abnegación. Viejos guerreros ellos, pero siempre jóvenes con el coraje de antaño, inque-

brantables de espíritu y llenos de la firme esperanza del triunfo final de la Anarquía.

El abismo en el movimiento obrero revolucionario, resultante de la ruptura de la Internacional, ya no podía ser salvado. Dos filosofías sociales se enfrentaron en un amargo combate. El Congreso Internacional de 1889, en París; el de 1892, en Zurich, y el de 1896, en Londres, produjeron diferencias irreconciliables. La mayoría de los socialdemócratas, renunciando a su pasado libertario y convirtiéndose en políticos, lograron excluir a los delegados revolucionarios y anarquistas. Estos últimos decidieron a partir de entonces celebrar congresos separados. Su primer congreso tuvo lugar en 1900, en París. El renegado socialista Millerand, que había subido al Ministerio del Interior, desempeñó aquí un papel de Judas.

El congreso de los revolucionarios fue suprimido y los delegados se dispersaron dos días antes de la inauguración prevista. Pero Millerand no tuvo ninguna objeción contra el congreso socialdemócrata, que se inauguró después con todas las trompetas del arte publicitario.

Sin embargo, el renegado no logró su objetivo. Algunos delegados lograron celebrar una conferencia secreta en la casa de un camarada en las afueras de París,

donde se discutieron varios puntos de teoría y táctica. Emma Goldman tomó una parte considerable en estos procedimientos, y en esa ocasión entró en contacto con numerosos representantes del movimiento anarquista de Europa.

Debido a la supresión del congreso, los delegados estuvieron en peligro de ser expulsados de Francia. En esta época llegaron también las malas noticias de América sobre otro intento fallido de liberar a Alexander Berkman, lo que supuso una gran conmoción para Emma Goldman. En noviembre de 1900 regresó a América para dedicarse a su profesión de enfermera, participando al mismo tiempo activamente en la propaganda americana. Entre otras actividades, organizó monstruosas reuniones de protesta contra los terribles atropellos del gobierno español, perpetrados sobre los presos políticos torturados en Montjuich.

En su vocación de enfermera, Emma Goldman tuvo muchas oportunidades de conocer a los personajes más insólitos y peculiares. Pocos habrían identificado a la «notoria anarquista» en la pequeña mujer rubia, simplemente vestida con el uniforme de enfermera. Poco después de su regreso de Europa, conoció a una paciente llamada Sra. Stander, una adicta a la morfina que sufría agonías insoportables. Requería una cuida-

dosa atención para poder supervisar un negocio muy importante que llevaba, el de la señora Warren. En la calle Tercera, cerca de la Tercera Avenida, estaba situada su residencia privada, y cerca de ella, conectada por una entrada separada, estaba su lugar de trabajo. Una noche, la enfermera, al entrar en la habitación de su paciente, se encontró de repente con un visitante masculino, de cuello de toro y aspecto brutal. El hombre no era otro que el señor Jacobs, el detective que siete años antes había traído a Emma Goldman prisionera desde Filadelfia y que había intentado persuadirla, en su camino a Nueva York, para que traicionara la causa de los trabajadores. Sería difícil describir la expresión de desconcierto en el semblante del hombre al enfrentarse tan inesperadamente a Emma Goldman, la enfermera de su amante. El bruto se transformó de repente en un caballero, esforzándose por excusar su vergonzoso comportamiento en la ocasión anterior. Jacobs era el «protector» de la señora Stander, e intermediario de la casa y la policía. Varios años más tarde, como uno de los detectives del fiscal del distrito Jerome, cometió perjurio, fue condenado y enviado a Sing Sing durante un año. Ahora es probablemente empleado de alguna agencia de detectives privados, un pilar deseable de la sociedad respetable.

En 1901, Peter Kropotkin fue invitado por el Instituto Lowell de Massachusetts a dar una serie de conferencias sobre literatura rusa. Era su segunda gira americana y, naturalmente, los camaradas estaban ansiosos por aprovechar su presencia en beneficio del movimiento. Emma Goldman entabló correspondencia con Kropotkin y consiguió su consentimiento para organizar para él una serie de conferencias. También dedicó sus energías a organizar las giras de otros conocidos anarquistas, principalmente las de Charles W. Mowbray y John Turner. Asimismo, siempre participó en todas las actividades del movimiento, siempre dispuesta a dar su tiempo, su capacidad y su energía a la causa.

El 6 de septiembre de 1901, el presidente McKinley fue fusilado por Leon Czolgosz en Buffalo. Inmediatamente se puso en marcha una campaña de persecución sin precedentes contra Emma Goldman por ser la anarquista más conocida del país. A pesar de que no había absolutamente ningún fundamento para la acusación, ella, junto con otros anarquistas prominentes, fue arrestada en Chicago, mantenida en confinamiento durante varias semanas, y sometida a un severo interrogatorio. Nunca antes en la historia del país se había producido una cacería tan terrible contra una persona de la vida pública. Pero los esfuerzos

de la policía y la prensa por relacionar a Emma Goldman con Czolgosz resultaron inútiles. Sin embargo, el episodio la dejó herida en el corazón. Pudo soportar el sufrimiento físico, la humillación y la brutalidad a manos de la policía. La depresión del alma fue mucho peor. Se sintió abrumada al darse cuenta de la estupidez, la incomprensión y la vileza que caracterizaron los acontecimientos de aquellos terribles días. La actitud de incomprensión por parte de la mayoría de sus propios compañeros hacia Czolgosz casi la llevó a la desesperación. Conmovidada hasta lo más profundo de su alma, publicó un artículo sobre Czolgosz en el que trataba de explicar el hecho en sus aspectos sociales e individuales.

Sin embargo, la persecución de Emma Goldman logró una cosa. Su nombre fue presentado al público con mayor frecuencia y énfasis que nunca antes, el acoso malicioso de la tan denostada agitadora despertó una fuerte simpatía en muchos círculos. Personas de diversos ámbitos de la vida comenzaron a interesarse por su lucha y sus ideas. Ahora empezaban a manifestarse una mayor comprensión y aprecio.

La llegada a América del anarquista inglés John Turner indujo a Emma Goldman a abandonar su retiro. De nuevo se lanzó a sus actividades públicas, organi-

zando un enérgico movimiento en defensa de Turner, a quien las autoridades de inmigración condenaron a la deportación a causa de la ley de exclusión anarquista, aprobada tras la muerte de McKinley.

Cuando Paul Orleneff y Mme. Nazimova llegaron a Nueva York para dar a conocer al público americano el arte dramático ruso, Emma Goldman se convirtió en la directora de la empresa. Con mucha paciencia y perseverancia consiguió reunir los fondos necesarios para presentar a los artistas rusos a los espectadores de Nueva York y Chicago. Aunque no fue un éxito financiero, la empresa resultó ser de gran valor artístico. Como directora del teatro ruso, Emma Goldman disfrutó de algunas experiencias únicas. El Sr. Orleneff sólo podía hablar en ruso, y la «Srta. Smith» se vio obligada a actuar como su intérprete en varias funciones de cortesía. La mayoría de las damas aristocráticas de la Quinta Avenida no tenían la menor idea de que la amable directora que tan entretenidamente hablaba de filosofía, teatro y literatura en sus tés de las cinco de la tarde, era la «notoria» Emma Goldman. Si esta última escribe algún día su autobiografía, tendrá sin duda muchas anécdotas interesantes que contar en relación con estas experiencias.

La publicación semanal anarquista *Free Society*, editada por la familia Isaak, se vio obligada a suspenderla como consecuencia de la furia nacional que recorrió el país tras la muerte de McKinley. Para llenar el vacío, Emma Goldman, en colaboración con Max Baginski y otros compañeros, decidió publicar una revista mensual dedicada a la promoción de las ideas anarquistas en la vida y la literatura. El primer número de la *Madre Tierra* apareció en el mes de marzo de 1906, los gastos iniciales de la revista fueron cubiertos en parte por la recaudación de un teatro benéfico dado por Orleneff, Mme. Nazimova y su compañía, a favor de la revista anarquista. Bajo tremendas dificultades y obstáculos, el incansable propagandista ha logrado continuar con *Madre Tierra* ininterrumpidamente desde 1906, un logro raramente igualado en los anales de las publicaciones radicales.

En mayo de 1906, Alexander Berkman abandonó por fin el infierno de Pensilvania, donde había pasado los mejores catorce años de su vida. Nadie había creído en la posibilidad de su supervivencia. Su liberación puso fin a una pesadilla de catorce años para Emma Goldman, y así se cerró un capítulo importante de su carrera.

En ningún lugar el nacimiento de la revolución rusa había suscitado una respuesta tan vital y activa como entre los rusos residentes en América. Los héroes del movimiento revolucionario en Rusia, Tchaikovsky, Mme. Breshkovskaia, Gershuni, y otros, visitaron estas costas para despertar las simpatías del pueblo americano hacia la lucha por la libertad, y para recoger ayuda para su continuación y apoyo. El éxito de estos esfuerzos se debió en gran medida a los esfuerzos, la elocuencia y el talento de organización de Emma Goldman. Esta oportunidad le permitió prestar valiosos servicios a la lucha por la libertad en su tierra natal. No es generalmente conocido que son los anarquistas los que principalmente contribuyen a asegurar el éxito, tanto moral como financiero, de la mayoría de las empresas radicales. El anarquista es indiferente al reconocimiento; las necesidades de la Causa absorben todo su interés, y a ellas dedica su energía y habilidades. Sin embargo, puede mencionarse que algunas personas, por lo demás decentes, aunque siempre ansiosas de apoyo y cooperación anarquista, están siempre dispuestas a monopolizar todo el crédito por el trabajo realizado. Durante las últimas décadas fueron principalmente los anarquistas quienes organizaron todos los grandes esfuerzos revolucionarios, y ayudaron en

todas las luchas por la libertad. Pero por miedo a escandalizar a la turba respetable, que considera a los anarquistas como los apóstoles de Satanás, y por su posición social en la sociedad burguesa, los aspirantes a radicales ignoran la actividad de los anarquistas.

En 1907 Emma Goldman participó como delegada en el segundo Congreso Anarquista, en Ámsterdam. Participó intensamente en todos sus trabajos y apoyó la organización de la Internacional Anarquista. Junto con el otro delegado norteamericano, Max Baginski, presentó al congreso un informe exhaustivo de las condiciones americanas, cerrando con los siguientes comentarios característicos:

«La acusación de que el anarquismo es destructivo, en lugar de constructivo, y que, por lo tanto, el anarquismo se opone a la organización, es una de las muchas falsedades difundidas por nuestros oponentes. Confunden nuestras instituciones sociales actuales con la organización; por lo tanto, no comprenden cómo podemos oponernos a la primera y, sin embargo, favorecer la segunda. El hecho, sin embargo, es que ambos no son idénticos.

El Estado se considera comúnmente como la forma más elevada de organización. Pero, ¿es en realidad una

verdadera organización? ¿No es más bien una institución arbitraria, impuesta astutamente a las masas?

También la industria se llama organización, pero nada más lejos de la realidad. La industria es la incesante piratería de los ricos contra los pobres.

Se nos pide que creamos que el Ejército es una organización, pero una investigación minuciosa mostrará que no es más que un cruel instrumento de fuerza ciega.

La escuela pública. Los colegios y otras instituciones de enseñanza, ¿no son modelos de organización que ofrecen al pueblo excelentes oportunidades de instrucción? Nada más lejos de la realidad. La escuela, más que cualquier otra institución, es un verdadero barracón, donde la mente humana es taladrada y manipulada para que se someta a diversos fantasmas sociales y morales, y así se la prepara para continuar nuestro sistema de explotación y opresión.

Sin embargo, la organización, tal y como la entendemos, es una cosa diferente. Se basa, principalmente, en la libertad. Es una agrupación natural y voluntaria de energías para asegurar resultados beneficiosos para la humanidad.

Es la armonía del crecimiento orgánico que produce la variedad de colores y formas, el conjunto com-

pleto que admiramos en la flor. Análogamente, la actividad organizada de los seres humanos libres, imbuidos del espíritu de solidaridad, dará como resultado la perfección de la armonía social, que llamamos Anarquismo. En efecto, sólo el anarquismo hace posible la organización no autoritaria de los intereses comunes, ya que suprime el antagonismo existente entre los individuos y las clases.

En las condiciones actuales, el antagonismo de los intereses económicos y sociales resulta en una guerra implacable entre las unidades sociales, y crea un obstáculo insuperable en el camino de una riqueza común cooperativa.

Existe la idea errónea de que la organización no fomenta la libertad individual; que, por el contrario, significa la decadencia de la individualidad. En realidad, sin embargo, la verdadera función de la organización es ayudar al desarrollo y crecimiento de la personalidad.

Al igual que las células animales, mediante la cooperación mutua, expresan sus poderes latentes en la formación del organismo completo, así el individuo, mediante el esfuerzo cooperativo con otros individuos, alcanza su forma más elevada de desarrollo.

Una organización, en el verdadero sentido, no puede resultar de la combinación de meras nulidades. Debe estar compuesta por individualidades autoconscientes e inteligentes. En efecto, el total de las posibilidades y actividades de una organización está representado en la expresión de las energías individuales.

Por lo tanto, se deduce lógicamente que cuanto mayor sea el número de personalidades fuertes y autoconscientes en una organización, menor será el peligro de estancamiento y más intenso será su elemento vital.

El anarquismo afirma la posibilidad de una organización sin disciplina, miedo o castigo, y sin la presión de la pobreza: un nuevo organismo social que pondrá fin a la terrible lucha por los medios de existencia, – la lucha salvaje que socava las mejores cualidades del hombre, y siempre ensancha el abismo social. En resumen, el anarquismo lucha por una organización social que establezca el bienestar para todos.

El germen de tal organización puede encontrarse en esa forma de sindicalismo que ha eliminado la centralización, la burocracia y la disciplina, y que favorece la acción independiente y directa de sus miembros.»

El considerable progreso de las ideas anarquistas en América puede medirse mejor por el notable éxi-

to de las tres extensas giras de conferencias de Emma Goldman desde el Congreso de Ámsterdam de 1907. Cada gira se extendió por nuevos territorios, incluyendo localidades donde el anarquismo nunca había sido escuchado. Pero el aspecto más gratificante de sus incansables esfuerzos es la tremenda venta de literatura anarquista, cuyo efecto propagandístico no puede ser estimado. Fue durante una de estas giras que ocurrió un incidente notable, que demostró sorprendentemente las potencialidades inspiradoras de la idea anarquista. En San Francisco, en 1908, la conferencia de Emma Goldman atrajo a un soldado del ejército de los Estados Unidos, William Buwalda. Por atreverse a asistir a una reunión anarquista, la República libre sometió a Buwalda a un consejo de guerra y lo encarceló durante un año. Gracias al poder regenerador de la nueva filosofía, el gobierno perdió un soldado, pero la causa de la libertad ganó un hombre.

Una propagandista de la importancia de Emma Goldman es necesariamente una espina clavada para la reacción. Se la considera un peligro para la continuidad de la usurpación autoritaria. No es de extrañar, pues, que el enemigo recurra a todos los medios para hacerla imposible. Hace un año, la policía unida del país organizó un intento sistemático

de suprimir sus actividades. Pero, como todos los intentos similares anteriores, fracasó de la manera más brillante. Las enérgicas protestas del elemento intelectual de América lograron derribar la ruin conspiración contra la libertad de expresión. Otro intento de hacer imposible a Emma Goldman fue ensayado por las autoridades federales en Washington. Para privarla de los derechos de ciudadanía, el gobierno revocó los documentos de ciudadanía de su marido, con el que se había casado a la joven edad de dieciocho años, y cuyo paradero, si es que está vivo, no se ha podido determinar en las últimas dos décadas. El gran gobierno de los gloriosos Estados Unidos no dudó en recurrir a los métodos más despreciables para conseguirlo. Pero como su ciudadanía nunca había resultado útil a Emma Goldman, puede soportar la pérdida con un corazón ligero.

Hay personalidades que poseen una individualidad tan poderosa que por su propia fuerza ejercen la más potente influencia sobre los mejores representantes de su tiempo. Miguel Bakunin era una personalidad así. Si no fuera por él, Richard Wagner nunca habría escrito *Die Kunst und die Revolution*. Emma Goldman es una personalidad similar. Es un factor importante en la vida sociopolítica de Estados Unidos. En virtud de

su elocuencia, energía y brillante mentalidad, moldea las mentes y los corazones de miles de sus oyentes.

Una profunda simpatía y compasión por la humanidad que sufre, y una inexorable honestidad hacia sí misma, son los rasgos principales de Emma Goldman. Ninguna persona, ya sea amiga o enemiga, puede pretender controlar su objetivo o dictar su modo de vida. Ella perecería antes que sacrificar sus convicciones, o el derecho a la propiedad del alma y del cuerpo. La respetabilidad podría perdonar fácilmente la enseñanza del anarquismo teórico; pero Emma Goldman no se limita a predicar la nueva filosofía; también persiste en vivirla, y ese es el único crimen supremo e imperdonable. Si ella, como tantos radicales, considerara su ideal como un mero ornamento intelectual; si hiciera concesiones a la sociedad existente y transigiera con los viejos prejuicios, -entonces incluso las opiniones más radicales podrían ser perdonadas en ella. Pero el hecho de que se tome en serio su radicalismo, de que éste haya impregnado su sangre y su médula hasta el punto de que no se limite a enseñar, sino que practique sus convicciones, es algo que conmociona incluso a la radical Sra. Grundy. Emma Goldman vive su propia vida; se relaciona con los publicanos, de ahí la indignación de los fariseos y saduceos.

No es mera coincidencia que escritores tan divergentes como Pietro Gori y William Marion Reedy encuentren rasgos similares en su caracterización de Emma Goldman. En una contribución a *La Question Sociale*, Pietro Gori la califica de «poder moral, una mujer que, con la visión de una sibila, profetiza la llegada de un nuevo reino para los oprimidos; una mujer que, con lógica y profunda seriedad, analiza los males de la sociedad y retrata, con toque de artista, la próxima aurora de la humanidad, fundada en la igualdad, la fraternidad y la libertad».

William Reedy ve en Emma Goldman a la «hija del sueño, su evangelio una visión que es la visión de todo hombre y mujer de alma verdaderamente grande que haya vivido».

Los cobardes que temen las consecuencias de sus actos han acuñado la palabra Anarquismo filosófico. Emma Goldman es demasiado sincera, demasiado desafiante, como para buscar seguridad detrás de tales ruegos mezquinos. Es una anarquista pura y dura. Representa la idea del anarquismo tal y como la enmarcaron Josiah Warren, Proudhon, Bakunin, Kropotkin y Tolstoi. Pero también comprende las causas psicológicas que inducen a un Caserio, un Vaillant, un Bresci, un Berkman o un Czolgosz a cometer actos de violen-

cia. Para el soldado en la lucha social es un punto de honor entrar en conflicto con los poderes de la oscuridad y la tiranía, y Emma Goldman está orgullosa de contar entre sus mejores amigos y camaradas a hombres y mujeres que llevan las heridas y cicatrices recibidas en la batalla.

En palabras de Voltairine de Cleyre, caracterizando a Emma Goldman tras el encarcelamiento de ésta en 1893 El espíritu que anima a Emma Goldman es el único que emancipará al esclavo de su esclavitud, al tirano de su tiranía: el espíritu que está dispuesto a atreverse y a sufrir.

Hippolyte Havel.

Nueva York, diciembre de 1910.

Prólogo

Hace unos veintiún años escuché al primer gran orador anarquista: el inimitable John Most. Me pareció entonces, y durante muchos años después, que aquellas palabras pronunciadas ante las masas con tan maravillosa elocuencia, tanto entusiasmo y ardor, nunca podrían borrarse de la mente y el alma humanas. ¡Cómo podría alguien de entre toda aquella multitud

que acudía en masa a las reuniones de Most escapar a su voz profética! ¡Seguramente bastaba con escucharlo para despojarse de sus viejas creencias y ver la verdad y la belleza del anarquismo!

Mi único gran anhelo entonces era poder hablar con la lengua de John Most, para que yo también pudiera llegar así a las masas. ¡Ay, por la ingenuidad del entusiasmo de la juventud! Es la época en la que lo más difícil parece un juego de niños. Es el único período de la vida que vale la pena. ¡Ay! Este período es de corta duración. Al igual que la primavera, el período de Sturm und Drang del propagandista da lugar a un crecimiento, frágil y delicado, que madurará o perecerá según su capacidad de resistencia frente a mil vicisitudes.

Mi gran fe en el hacedor de milagros, la palabra hablada, ya no existe. Me he dado cuenta de su insuficiencia para despertar el pensamiento, o incluso la emoción. Poco a poco, y tras una lucha nada desdeñable contra esta constatación, llegué a comprender que la propaganda oral no es, en el mejor de los casos, más que un medio para sacudir a la gente de su letargo: no deja ninguna impresión duradera. El mero hecho de que la mayoría de la gente asista a las reuniones solo si la incitan las sensacionalistas noticias de los periód-

dicos, o porque espera divertirse, es prueba de que en realidad no tienen ningún impulso interior por aprender.

La cosa es totalmente diferente con el modo escrito de expresión humana. Nadie, a menos que esté intensamente interesado en las ideas progresistas, se molestará en leer libros serios. Esto me lleva a otro descubrimiento hecho tras muchos años de actividad pública. Es el siguiente: a pesar de todas las pretensiones de la educación, el alumno solo aceptará aquello que su mente ansía. Esta verdad ya es reconocida por la mayoría de los educadores modernos en relación con la mente inmadura. Creo que es igualmente cierta en lo que respecta al adulto. No se pueden crear anarquistas o revolucionarios, al igual que no se pueden crear músicos. Lo único que se puede hacer es plantar las semillas del pensamiento. Que se desarrolle algo vital depende en gran medida de la fertilidad del suelo humano, aunque no debe pasarse por alto la calidad de la semilla intelectual.

En las reuniones, el público se distrae con mil cosas superfluas. El orador, por muy elocuente que sea, no puede escapar de la inquietud de la multitud, con el resultado inevitable de que no logrará echar raíces. Con toda probabilidad, ni siquiera hará justicia a sí mismo.

La relación entre el escritor y el lector es más íntima. Es cierto que los libros son solo lo que queremos que sean; o mejor dicho, lo que leemos en ellos. El hecho de que podamos hacerlo demuestra la importancia de la expresión escrita frente a la oral. Es esta certeza la que me ha llevado a reunir en un solo volumen mis ideas sobre diversos temas de importancia individual y social. Representan las luchas mentales y del alma de veintiún años, —las conclusiones derivadas tras muchos cambios y revisiones internas.

No soy tan optimista como para esperar que mis lectores sean tan numerosos como aquellos que me han escuchado. Pero prefiero llegar a los pocos que realmente quieren aprender, en lugar de a los muchos que vienen a entretenerse.

En cuanto al libro, debe hablar por sí mismo. Las observaciones explicativas no hacen más que restar valor a las ideas expuestas. Sin embargo, deseo anticiparme a dos objeciones que sin duda se plantearán. Una se refiere al ensayo sobre el anarquismo; la otra, a Minorías frente a mayorías.

«¿Por qué no dices cómo funcionarán las cosas bajo el anarquismo?» es una pregunta que he tenido que responder miles de veces. Porque creo que el anarquismo no puede imponer de manera coherente un programa

ma o método inflexible al futuro. Las cosas contra las que cada nueva generación tiene que luchar, y que menos puede superar, son las cargas del pasado, que nos retienen a todos como en una red. El anarquismo, al menos tal y como yo lo entiendo, deja a la posteridad libre para desarrollar sus propios sistemas particulares, en armonía con sus necesidades. Ni siquiera nuestra imaginación más vívida puede prever las potencialidades de una raza liberada de las restricciones externas. ¿Cómo, entonces, puede alguien pretender trazar una línea de conducta para los que vendrán? Nosotros, que pagamos caro cada bocanada de aire puro y fresco, debemos protegernos contra la tendencia a encadenar el futuro. Si logramos limpiar el suelo de la basura del pasado y del presente, dejaremos a la posteridad la herencia más grande y segura de todos los tiempos.

La tendencia más desalentadora entre los lectores es la de extraer una sola frase de una obra y tomarla como criterio para juzgar las ideas o la personalidad del autor. A Friedrich Nietzsche, por ejemplo, se le tacha de odiar a los débiles por creer en el *Übermensch*. A los intérpretes superficiales de esa mente gigantesca no se les ocurre que esa visión del *Übermensch* también exigía un orden social que no diera lugar a una raza de débiles y esclavos.

Es la misma actitud estrecha la que ve en Max Stirner nada más que al apóstol de la teoría «cada uno por su cuenta, que el diablo se lleve al último». Se ignora por completo que el individualismo de Stirner encierra las mayores posibilidades sociales. Sin embargo, no es menos cierto que, si la sociedad ha de llegar a ser libre alguna vez, lo será a través de individuos liberados, cuyos esfuerzos libres conforman la sociedad.

Estos ejemplos me llevan a la objeción que se planteará contra Minorías frente a mayorías. Sin duda, seré excomulgada como enemigo del pueblo, porque repudio a la masa como factor creativo. Prefiero eso antes que ser culpable de los tópicos demagógicos tan comúnmente en boga como cebo para el pueblo. Soy muy consciente de la enfermedad de las masas oprimidas y desheredadas, pero me niego a recetar los habituales paliativos ridículos que no permiten al paciente ni morir ni recuperarse. No se puede ser demasiado extremo al abordar los males sociales; además, lo extremo suele ser lo verdadero. Mi falta de fe en la mayoría viene dictada por mi fe en las potencialidades del individuo. Solo cuando este último sea libre de elegir a sus compañeros para un propósito común, podremos esperar orden y armonía en este mundo de caos y desigualdad.

Por lo demás, mi libro debe hablar por sí mismo.

Emma Goldman

Capítulo 1: El anarquismo: Lo que realmente defiende

“Siempre despreciada, maldecida, nunca
comprendida.

Eres el terror espantoso de nuestra era.

“Naufragio de todo orden”, grita la multi-
tud,

“Eres tú y la guerra y el infinito coraje del
asesinato.”

Oh, deja que lloren. Para esos que nunca
han buscado

la verdad que yace detrás de la palabra,
para ellos la definición correcta de la pala-
bra no les fue dada.

Continuarán ciegos entre los ciegos.

Pero tú, oh palabra, tan clara, tan fuerte,
tan pura,
tú dices todo lo que yo, por meta he toma-
do.

¡Te entrego al futuro! Tu estarás segura
cuando uno, al final, por si mismo, des-
pierte.

¿Vendrá en la solana del atardecer?
¿En la emoción de la tempestad?
No puedo decirlo, ¡pero la Tierra la podrá
ver!

¡Soy anarquista! Por lo que no gobernaré,
y ¡tampoco seré gobernado!

Anarquía – John Henry Mackay

La historia del crecimiento y el desarrollo de la humanidad es, al mismo tiempo, la historia de la terrible lucha de cada nueva idea que anuncia la llegada de un amanecer más brillante. En su tenaz dominio de la tradición, lo viejo nunca ha dudado en hacer uso de los medios más sucios y crueles para detener el advenimiento de lo nuevo, en cualquier forma o período en que éste se haya impuesto. No es necesario volver sobre nuestros pasos en el pasado lejano para darnos

cuenta de la enormidad de la oposición, las dificultades y las penurias puestas en el camino de toda idea progresista. El potro de tortura, el tornillo de mariposa y la bofetada están todavía con nosotros; así como el atuendo de convicto y la ira social, todo conspirando contra el espíritu que está marchando serenamente.

El anarquismo no podía esperar escapar al destino de todas las demás ideas innovadoras. De hecho, como el innovador más revolucionario e intransigente, el anarquismo debe encontrarse con la ignorancia y el veneno combinados del mundo que pretende reconstruir. Para tratar, aunque sea remotamente, todo lo que se dice y hace contra el anarquismo, sería necesario escribir un volumen entero. Por lo tanto, sólo trataré dos de las principales objeciones. Al hacerlo, intentaré dilucidar lo que el anarquismo realmente representa.

El extraño fenómeno de la oposición al anarquismo es que pone de manifiesto la relación entre la llamada inteligencia y la ignorancia. Y sin embargo, esto no es tan extraño cuando consideramos la relatividad de todas las cosas. La masa ignorante tiene a su favor que no hace ninguna pretensión de conocimiento o tolerancia. Actuando, como siempre lo hace, por mero impulso, sus razones son como las de un niño. «¿Por qué?» «Porque sí». Sin embargo, la oposición del incul-

to al anarquismo merece la misma consideración que la del hombre inteligente.

¿Cuáles son, pues, las objeciones? Primero, el anarquismo es poco práctico, aunque es un bello ideal. En segundo lugar, el anarquismo representa la violencia y la destrucción, por lo que debe ser repudiado como vil y peligroso. Tanto el hombre inteligente como la masa ignorante juzgan no desde un conocimiento profundo del tema, sino de oídas o por una falsa interpretación.

Un esquema práctico, dice Oscar Wilde, es uno que ya existe, o un esquema que podría llevarse a cabo bajo las condiciones existentes; pero es exactamente a las condiciones existentes a lo que uno se opone, y cualquier esquema que pudiera aceptar estas condiciones es erróneo y tonto. El verdadero criterio de lo práctico, por lo tanto, no es si éste puede mantener intacto lo erróneo o insensato; más bien es si el esquema tiene la vitalidad suficiente para dejar las aguas estancadas de lo viejo, y construir, además de sostener, una nueva vida. A la luz de esta concepción, el anarquismo es realmente práctico. Más que cualquier otra idea, está ayudando a acabar con lo erróneo e insensato; más que cualquier otra idea, está construyendo y sosteniendo una nueva vida.

Las emociones del hombre ignorante son continuamente mantenidas en un tono por las historias más espeluznantes sobre el Anarquismo. No hay nada demasiado escandaloso que se emplee contra esta filosofía y sus exponentes. Por lo tanto, el anarquismo representa para el irreflexivo lo que el proverbial hombre malo hace al niño, un monstruo negro empeñado en tragárselo todo; en resumen, destrucción y violencia. ¡Destrucción y violencia! ¿Cómo va a saber el hombre común que el elemento más violento de la sociedad es la ignorancia; que su poder de destrucción es precisamente lo que el anarquismo combate? Tampoco es consciente de que el anarquismo, cuyas raíces, por así decirlo, forman parte de las fuerzas de la naturaleza, destruye, no el tejido sano, sino los crecimientos parasitarios que se alimentan de la esencia vital de la sociedad. No es más que limpiar la tierra de malas hierbas y arbustos, para que finalmente pueda dar frutos sanos.

Alguien ha dicho que se requiere menos esfuerzo mental para condenar que para pensar. La indolencia mental generalizada, tan frecuente en la sociedad, demuestra que esto es demasiado cierto. En lugar de ir al fondo de cualquier idea, para examinar su origen y significado, la mayoría de la gente la condenará por

completo, o se basará en alguna definición superficial o prejuiciosa de lo no esencial.

El anarquismo insta al hombre a pensar, a investigar, a analizar cada proposición; pero para no gravar demasiado la capacidad cerebral del lector medio, comenzaré también con una definición, y luego me explayaré sobre esta última.

ANARQUISMO: La filosofía de un nuevo orden social basado en la libertad sin restricciones de la ley hecha por el hombre; la teoría de que todas las formas de gobierno se basan en la violencia, y por lo tanto son erróneas y dañinas, así como innecesarias.

El nuevo orden social se basa, por supuesto, en la base materialista de la vida; pero aunque todos los anarquistas están de acuerdo en que el principal mal de hoy es el económico, sostienen que la solución de ese mal sólo puede producirse mediante la consideración de todas las fases de la vida, tanto la individual como la colectiva, tanto la interna como la externa.

Un examen minucioso de la historia del desarrollo humano revelará dos elementos en amargo conflicto entre sí; elementos que sólo ahora están empezando a ser comprendidos, no como extraños el uno al otro, sino como estrechamente relacionados y verdaderamente armoniosos, si sólo se colocan en el entorno

adecuado: los instintos individuales y sociales. El individuo y la sociedad han librado una batalla implacable y sangrienta durante siglos, cada uno luchando por la supremacía, porque cada uno era ciego al valor e importancia del otro. Los instintos individuales y sociales, el uno un factor muy potente para el esfuerzo individual, para el crecimiento, la aspiración, la autorrealización; el otro un factor igualmente potente para la ayuda mutua y el bienestar social.

La explicación de la tormenta que se desata dentro del individuo, y entre él y su entorno, no está lejos de buscarse. El hombre primitivo, incapaz de comprender su ser, y mucho menos la unidad de toda la vida, se sentía absolutamente dependiente de fuerzas ciegas y ocultas siempre dispuestas a burlarse de él. De esa actitud surgieron los conceptos religiosos del hombre como una mera mota de polvo dependiente de poderes superiores en lo alto, que sólo pueden ser apaciguados mediante una completa rendición. Todas las sagas tempranas se basan en esa idea, que sigue siendo el Leitmotiv de los relatos bíblicos que tratan de la relación del hombre con Dios, con el Estado, con la sociedad. Una y otra vez el mismo motivo, el hombre no es nada, los poderes lo son todo. Así, Jehová sólo soportaría al hombre con la condición de que se rindiera por com-

pleto. El hombre puede tener todas las glorias de la tierra, pero no debe tomar conciencia de sí mismo. El Estado, la sociedad y las leyes morales cantan el mismo estribillo: El hombre puede tener todas las glorias de la tierra, pero no debe tomar conciencia de sí mismo.

El anarquismo es la única filosofía que trae al hombre la conciencia de sí mismo; que sostiene que Dios, el Estado y la sociedad son inexistentes, que sus promesas son nulas, ya que sólo pueden cumplirse mediante la subordinación del hombre. El anarquismo es, pues, el maestro de la unidad de la vida; no sólo en la naturaleza, sino en el hombre. No hay conflicto entre el individuo y los instintos sociales, como no lo hay entre el corazón y los pulmones: el uno es el receptáculo de una preciosa esencia vital, el otro el depósito del elemento que mantiene la esencia pura y fuerte. El individuo es el corazón de la sociedad, que conserva la esencia de la vida social; la sociedad es los pulmones que distribuyen el elemento para mantener la esencia vital -es decir, el individuo- pura y fuerte.

«La única cosa de valor en el mundo», dice Emerson, «es el alma activa; ésta la contiene todo hombre en su interior. El alma activa ve la verdad absoluta y pronuncia la verdad y crea». En otras palabras, el instinto individual es lo que tiene valor en el mundo. Es

el alma verdadera la que ve y crea la verdad viva, de la que ha de salir una verdad aún mayor, el alma social renacida.

El anarquismo es el gran liberador del hombre de los fantasmas que lo han mantenido cautivo; es el árbitro y pacificador de las dos fuerzas para la armonía individual y social. Para lograr esa unidad, el Anarquismo ha declarado la guerra a las influencias perniciosas que hasta ahora han impedido la mezcla armoniosa de los instintos individuales y sociales, del individuo y la sociedad.

La religión, el dominio de la mente humana; la propiedad, el dominio de las necesidades humanas; y el gobierno, el dominio de la conducta humana, representan la fortaleza de la esclavitud del hombre y todos los horrores que conlleva.

¡La religión! Cómo domina la mente del hombre, cómo humilla y degrada su alma. Dios lo es todo, el hombre no es nada, dice la religión. Pero de esa nada Dios ha creado un reino tan despótico, tan tiránico, tan cruel, tan terriblemente exigente, que nada más que tristeza, lágrimas y sangre han gobernado el mundo desde que los dioses comenzaron. El anarquismo incita al hombre a la rebelión contra este negro monstruo. Rompe tus grilletes mentales, dice el Anarquismo al

hombre, pues hasta que no pienses y juzgues por ti mismo no te librarás del dominio de las tinieblas, el mayor obstáculo para todo progreso.

La propiedad, el dominio de las necesidades del hombre, la negación del derecho a satisfacer sus necesidades. Hubo un tiempo en que la propiedad reclamaba un derecho divino, en que se presentaba al hombre con el mismo estribillo, incluso que la religión: «¡Sacrificio! ¡Abnegación! Sométete!» El espíritu del anarquismo ha levantado al hombre de su posición postrada. Ahora está erguido, con el rostro hacia la luz. Ha aprendido a ver la naturaleza insaciable, devoradora y devastadora de la propiedad, y se prepara para matar al monstruo.

«La propiedad es un robo», decía el gran anarquista francés Proudhon. Sí, pero sin riesgo y peligro para el ladrón. Al monopolizar los esfuerzos acumulados por el hombre, la propiedad le ha robado su derecho de nacimiento y lo ha convertido en un indigente y un paria. La propiedad no tiene ni siquiera la excusa gastada de que el hombre no crea lo suficiente para satisfacer todas las necesidades. El estudiante de economía A B C sabe que la productividad del trabajo en las últimas décadas supera con creces la demanda normal. Pero, ¿qué son las demandas normales para una insti-

tución anormal? La única demanda que la propiedad reconoce es su propio apetito glotón de mayor riqueza, porque la riqueza significa poder; el poder de someter, de aplastar, de explotar, el poder de esclavizar, de ultrajar, de degradar. América se jacta especialmente de su gran poder, de su enorme riqueza nacional. Pobre América, ¿de qué sirve toda su riqueza, si los individuos que componen la nación son miserablemente pobres? Si viven en la miseria, en la suciedad, en el crimen, con la esperanza y la alegría perdidas, un ejército de presas humanas sin hogar y sin tierra.

En general, se admite que, a menos que los beneficios de cualquier empresa superen el coste, la quiebra es inevitable. Pero los que se dedican a la producción de riqueza aún no han aprendido ni siquiera esta sencilla lección. Cada año el coste de producción en vidas humanas aumenta (50.000 muertos, 100.000 heridos en América el año pasado); los beneficios para las masas, que ayudan a crear riqueza, son cada vez menores. Sin embargo, Estados Unidos sigue ciego ante la inevitable bancarrota de nuestro negocio de producción.

Tampoco es éste el único crimen de ésta. Aún más fatal es el crimen de convertir al productor en una mera partícula de una máquina, con menos voluntad y decisión que su maestro de acero y hierro. El hombre

está siendo despojado no sólo de los productos de su trabajo, sino del poder de la libre iniciativa, de la originalidad y del interés o deseo por las cosas que está haciendo.

La verdadera riqueza consiste en cosas útiles y bellas, en cosas que ayudan a crear cuerpos fuertes y bellos y entornos inspiradores para vivir. Pero si el hombre está condenado a enrollar algodón en una bobina, o a cavar carbón, o a construir carreteras durante treinta años de su vida, no se puede hablar de riqueza. Lo que da al mundo son sólo cosas grises y horribles, que reflejan una existencia aburrida y horrible, demasiado débil para vivir, demasiado cobarde para morir. Por extraño que parezca, hay personas que ensalzan este método mortífero de producción centralizada como el logro más orgulloso de nuestra época. No se dan cuenta de que si seguimos sometidos a las máquinas, nuestra esclavitud será más completa que la que tuvimos con el Rey. No quieren saber que la centralización no sólo es la muerte de la libertad, sino también de la salud y la belleza, del arte y de la ciencia, ya que todo esto es imposible en una atmósfera mecánica y de reloj.

El anarquismo no puede sino repudiar tal método de producción: su objetivo es la expresión más libre posible de todos los poderes latentes del individuo. Oscar

Wilde define una personalidad perfecta como «aquella que se desarrolla en condiciones perfectas, que no está herida, mutilada o en peligro». Una personalidad perfecta, pues, sólo es posible en un estado de la sociedad en el que el hombre es libre de elegir el modo de trabajo, las condiciones de trabajo y la libertad de trabajar. Uno para quien la fabricación de una mesa, la construcción de una casa, o la labranza de la tierra, es lo que la pintura es para el artista y el descubrimiento para el científico,-el resultado de la inspiración, del intenso anhelo y del profundo interés por el trabajo como fuerza creativa. Siendo ese el ideal del anarquismo, sus disposiciones económicas deben consistir en asociaciones productivas y distributivas voluntarias, que se desarrollen gradualmente hasta llegar al comunismo libre, como el mejor medio de producir con el menor desperdicio de energía humana. El anarquismo, sin embargo, reconoce también el derecho del individuo, o de varios individuos, a disponer en todo momento de otras formas de trabajo, en armonía con sus gustos y deseos.

Siendo este libre despliegue de la energía humana posible sólo bajo una completa libertad individual y social, el anarquismo dirige sus fuerzas contra el tercer y más grande enemigo de toda igualdad social; a saber,

el Estado, la autoridad organizada o la ley estatutaria, el dominio de la conducta humana.

Así como la religión ha encadenado la mente humana, y como la propiedad, o el monopolio de las cosas, ha sometido y sofocado las necesidades del hombre, así el Estado ha esclavizado su espíritu, dictando todas las fases de la conducta. «Todo gobierno en esencia», dice Emerson, «es una tiranía». No importa si es un gobierno por derecho divino o por regla de la mayoría. En todos los casos su objetivo es la subordinación absoluta del individuo.

Refiriéndose al gobierno americano, el mayor anarquista americano, David Thoreau, dijo: «El gobierno, qué es, sino una tradición, aunque reciente, que se esfuerza por transmitirse intacta a la posteridad, pero que cada vez pierde su integridad; no tiene la vitalidad y la fuerza de un solo hombre vivo. La ley nunca ha hecho al hombre un ápice más justo; y por medio de su respeto, incluso los bien dispuestos se convierten diariamente en agentes de la injusticia».

En efecto, la nota clave del gobierno es la injusticia. Con la arrogancia y la autosuficiencia del Rey que no puede hacer nada malo, los gobiernos ordenan, juzgan, condenan y castigan las ofensas más insignificantes, mientras se mantienen con la mayor de todas las

ofensas, la aniquilación de la libertad individual. Por lo tanto, Ouida tiene razón cuando sostiene que «el Estado sólo pretende inculcar en su público aquellas cualidades por las que sus demandas son obedecidas, y su tesoro está lleno. Su mayor logro es la reducción de la humanidad a un mecanismo de relojería. En su atmósfera, todas las libertades más finas y delicadas, que requieren un tratamiento y una amplia expansión, inevitablemente se secan y perecen. El Estado requiere una máquina de pagar impuestos en la que no haya ningún contratiempo, un erario en el que nunca haya déficit, y un público monótono, obediente, incoloro, sin espíritu, que se mueva humildemente como un rebaño de ovejas a lo largo de una carretera recta entre dos muros».

Sin embargo, incluso un rebaño de ovejas resistiría las argucias del Estado, si no fuera por los métodos corruptores, tiránicos y opresivos que emplea para servir a sus fines. Por lo tanto, Bakunin repudia al Estado como sinónimo de entrega de la libertad del individuo o de las pequeñas minorías, la destrucción de las relaciones sociales, el recorte, o la negación completa incluso, de la vida misma, para su propio engrandecimiento. El Estado es el altar de la libertad política y, al igual que

el altar religioso, se mantiene con el fin de realizar sacrificios humanos.

De hecho, apenas hay un pensador moderno que no esté de acuerdo en que el gobierno, la autoridad organizada o el Estado, es necesario sólo para mantener o proteger la propiedad y el monopolio. Ha demostrado ser eficiente sólo en esa función.

Incluso George Bernard Shaw, que espera lo milagroso del Estado bajo el fabianismo, admite sin embargo que «en la actualidad es una enorme máquina para robar y esclavizar a los pobres por la fuerza bruta». Siendo este el caso, es difícil ver por qué el astuto prefecto desea mantener el Estado después de que la pobreza haya dejado de existir. Desgraciadamente, todavía hay un número de personas que continúan en la fatal creencia de que el gobierno se apoya en las leyes naturales, que mantiene el orden y la armonía social, que disminuye el crimen y que evita que el holgazán desplume a sus semejantes. Por lo tanto, examinaré estos argumentos.

Una ley natural es aquel factor en el hombre que se impone libre y espontáneamente sin ninguna fuerza externa, en armonía con las exigencias de la naturaleza. Por ejemplo, la demanda de nutrición, de gratificación sexual, de luz, de aire y de ejercicio, es una ley

natural. Pero su expresión no necesita la maquinaria del gobierno, no necesita el garrote, la pistola, las esposas o la prisión. Para obedecer tales leyes, si podemos llamarlo obediencia, sólo se requiere espontaneidad y libre oportunidad. Que los gobiernos no se mantienen a sí mismos a través de tales factores armoniosos queda demostrado por el terrible despliegue de violencia, fuerza y coerción que todos los gobiernos utilizan para vivir. Así, Blackstone tiene razón cuando dice: «Las leyes humanas son inválidas, porque son contrarias a las leyes de la naturaleza». A no ser que se trate del orden de Varsovia tras la matanza de miles de personas, es difícil atribuir a los gobiernos alguna capacidad de orden o armonía social. El orden derivado de la sumisión y mantenido por el terror no es una garantía muy segura; sin embargo, ese es el único «orden» que los gobiernos han mantenido. La verdadera armonía social surge naturalmente de la solidaridad de intereses. En una sociedad en la que los que siempre trabajan nunca tienen nada, mientras que los que nunca trabajan lo disfrutan todo, la solidaridad de intereses es inexistente; de ahí que la armonía social no sea más que un mito. La única manera en que la autoridad organizada hace frente a esta grave situación es extendiendo privilegios aún mayores a los que ya han monopolizado la tierra,

y esclavizando aún más a las masas desheredadas. Así, todo el arsenal del gobierno -leyes, policía, soldados, tribunales, legislaturas, cárceles- se dedica denodadamente a «armonizar» los elementos más antagónicos de la sociedad.

La disculpa más absurda para la autoridad y la ley es que sirven para disminuir el crimen. Aparte del hecho de que el Estado es en sí mismo el mayor delincuente, violando todas las leyes escritas y naturales, robando en forma de impuestos, matando en forma de guerra y pena capital, ha llegado a un punto muerto absoluto para hacer frente a la delincuencia. Ha fracasado por completo en destruir o incluso minimizar el horrible azote de su propia creación.

El crimen no es más que energía mal dirigida. Mientras todas las instituciones actuales, económicas, políticas, sociales y morales, conspiren para desviar la energía humana hacia los canales equivocados; mientras la mayoría de la gente esté fuera de lugar haciendo las cosas que odia hacer, viviendo una vida que odia vivir, el crimen será inevitable, y todas las leyes en los estatutos sólo pueden aumentar, pero nunca eliminar, el crimen. Qué sabe la sociedad, tal como existe hoy, del proceso de desesperación, de la pobreza, de los horrores, de la temible lucha que el alma humana debe

pasar en su camino hacia el crimen y la degradación. Quién que conozca este terrible proceso puede dejar de ver la verdad en estas palabras de Pedro Kropotkin:

«Aquellos que sostengan la balanza entre los beneficios así atribuidos a la ley y al castigo y el efecto degradante de este último sobre la humanidad; aquellos que estimen el torrente de depravación vertido en la sociedad humana por el delator, favorecido incluso por el Juez, y pagado en metálico por los gobiernos, bajo el pretexto de ayudar a desenmascarar el crimen; aquellos que entren en los muros de la prisión y vean en qué se convierten los seres humanos cuando se les priva de libertad, cuando se les somete al cuidado de guardianes brutales, a palabras groseras y crueles, a mil humillaciones punzantes, estarán de acuerdo con nosotros en que todo el aparato de la prisión y el castigo es una abominación a la que hay que poner fin.»

La influencia disuasoria de la ley sobre el hombre perezoso es demasiado absurda para merecer ser con-

siderada. Si la sociedad se viera liberada del despilfarro y del gasto que supone mantener una clase perezosa, y del gasto igualmente grande de la parafernalia de protección que esta clase perezosa requiere, las mesas sociales contendrían abundancia para todos, incluso para el individuo perezoso ocasional. Además, es bueno considerar que la pereza es el resultado de privilegios especiales o de anomalías físicas y mentales. Nuestro insano sistema de producción actual fomenta ambas cosas, y el fenómeno más asombroso es que la gente quiera trabajar ahora. El anarquismo se propone despojar al trabajo de su aspecto mortecino y embotado, de su penumbra y compulsión. Pretende hacer del trabajo un instrumento de alegría, de fuerza, de color, de armonía real, de modo que el hombre más pobre encuentre en el trabajo tanto la recreación como la esperanza.

Para lograr tal arreglo de la vida, el gobierno, con sus medidas injustas, arbitrarias y represivas, debe ser eliminado. En el mejor de los casos, no ha hecho más que imponer un único modo de vida a todos, sin tener en cuenta las variaciones y necesidades individuales y sociales. Al destruir el gobierno y las leyes estatutarias, el anarquismo se propone rescatar la autoestima y la independencia del individuo de toda restricción

e invasión por parte de la autoridad. Sólo en la libertad puede el hombre alcanzar su plena estatura. Sólo en libertad aprenderá a pensar y a moverse, y a dar lo mejor de sí mismo. Sólo en libertad se dará cuenta de la verdadera fuerza de los vínculos sociales que unen a los hombres y que son el verdadero fundamento de una vida social normal.

Pero, ¿qué pasa con la naturaleza humana? ¿Puede cambiarse? Y si no, ¿pervivirá bajo el anarquismo?

Pobre naturaleza humana, ¡qué horribles crímenes se han cometido en tu nombre! Todos los tontos, desde el rey hasta el policía, desde el párroco torpe hasta el científico sin visión, presumen de hablar con autoridad de la naturaleza humana. Cuanto más grande es el charlatán mental, más definitiva es su insistencia en la maldad y las debilidades de la naturaleza humana. Sin embargo, ¿cómo puede alguien hablar de ella hoy en día, con cada alma en una prisión, con cada corazón encadenado, herido y mutilado?

John Burroughs ha afirmado que el estudio experimental de los animales en cautividad es absolutamente inútil. Su carácter, sus hábitos, sus apetitos sufren una completa transformación cuando son arrancados de su suelo en el campo y en el bosque. Con la naturaleza humana enjaulada en un espacio estrecho, azotada

diariamente hasta la sumisión, ¿cómo podemos hablar de sus potencialidades?

Sólo la libertad, la expansión, la oportunidad y, sobre todo, la paz y el reposo, pueden enseñarnos los verdaderos factores dominantes de la naturaleza humana y todas sus maravillosas posibilidades.

El anarquismo, entonces, representa realmente la liberación de la mente humana del dominio de la religión; la liberación del cuerpo humano del dominio de la propiedad; la liberación de los grilletes y restricciones del gobierno. El anarquismo defiende un orden social basado en la libre agrupación de los individuos con el fin de producir una verdadera riqueza social; un orden que garantizará a cada ser humano el libre acceso a la tierra y el pleno disfrute de las necesidades de la vida, de acuerdo con los deseos, gustos e inclinaciones individuales.

Esto no es una fantasía o una aberración de la mente. Es la conclusión a la que han llegado multitud de hombres y mujeres intelectuales de todo el mundo; una conclusión resultante de la observación minuciosa y estudiosa de las tendencias de la sociedad moderna: la libertad individual y la igualdad económica, las fuerzas gemelas para el nacimiento de lo que es bueno y verdadero en el hombre.

En cuanto a los métodos. El anarquismo no es, como algunos pueden suponer, una teoría del futuro a realizar por inspiración divina. Es una fuerza viva en los asuntos de nuestra vida, creando constantemente nuevas condiciones. Los métodos del anarquismo, por lo tanto, no comprenden un programa férreo que deba llevarse a cabo en todas las circunstancias. Los métodos deben surgir de las necesidades económicas de cada lugar y clima, y de las exigencias intelectuales y temperamentales del individuo. El carácter sereno y tranquilo de un Tolstoi deseará métodos diferentes para la reconstrucción social que la personalidad intensa y desbordante de un Miguel Bakunin o un Pedro Kropotkin. Igualmente, debe ser evidente que las necesidades económicas y políticas de Rusia dictarán medidas más drásticas que las de Inglaterra o América. El anarquismo no defiende la instrucción militar y la uniformidad; sin embargo, defiende el espíritu de rebelión, en cualquier forma, contra todo lo que impide el crecimiento humano. Todos los anarquistas están de acuerdo en eso, como también están de acuerdo en su oposición a la maquinaria política como medio para llevar a cabo el gran cambio social.

«Toda votación», dice Thoreau, «es una especie de juego, como las damas o el backgammon, un juego con

lo correcto y lo incorrecto; su obligación nunca excede la de la conveniencia. Incluso votar por lo correcto es no hacer nada por ello. Un hombre sabio no dejará el derecho a merced del azar, ni deseará que prevalezca por el poder de la mayoría». Un examen minucioso de la maquinaria de la política y de sus logros confirmará la lógica de Thoreau.

¿Qué muestra la historia del parlamentarismo? Nada más que el fracaso y la derrota, ni siquiera una sola reforma para mejorar la tensión económica y social del pueblo. Se han aprobado leyes y se han hecho promulgaciones para la mejora y la protección del trabajo. Así, sólo el año pasado se demostró que Illinois, con las leyes más rígidas para la protección de las minas, tuvo los mayores desastres mineros. En los Estados donde prevalecen las leyes de trabajo infantil, la explotación de los niños es máxima, y aunque con nosotros los trabajadores gozan de plenas oportunidades políticas, el capitalismo ha alcanzado el cenit más descarado.

Incluso si los trabajadores pudieran tener sus propios representantes, por los que claman nuestros buenos políticos socialistas, ¿qué posibilidades hay de que sean honestos y de buena fe? No hay más que tener en cuenta el proceso de la política para darse cuenta de que su camino de buenas intenciones está lleno de

trampas: tirar de los cables, intrigar, adular, mentir, engañar; de hecho, argucias de todo tipo, con las que el aspirante político puede alcanzar el éxito. A ello se añade una desmoralización completa del carácter y de las convicciones, hasta que no queda nada que haga esperar nada de semejante despojo humano. Una y otra vez, el pueblo fue lo suficientemente tonto como para confiar, creer y apoyar con su último centavo a los aspirantes a políticos, para luego verse traicionado y engañado.

Se puede afirmar que los hombres íntegros no se corromperían en el molino político. Tal vez no; pero tales hombres serían absolutamente incapaces de ejercer la más mínima influencia en favor del trabajo, como se ha demostrado en numerosos casos. El Estado es el amo económico de sus servidores. Los hombres buenos, si es que los hay, se mantendrían fieles a su fe política y perderían su apoyo económico, o se aferrarían a su amo económico y serían totalmente incapaces de hacer el más mínimo bien. La arena política no deja ninguna alternativa, uno debe ser un burro o un pícaro.

La superstición política sigue dominando los corazones y las mentes de las masas, pero los verdaderos amantes de la libertad no tendrán más que ver con ella.

En cambio, creen con Stirner que el hombre tiene tanta libertad como esté dispuesto a tomar. El anarquismo, por tanto, defiende la acción directa, el desafío abierto y la resistencia a todas las leyes y restricciones, económicas, sociales y morales. Pero el desafío y la resistencia son ilegales. Ahí está la salvación del hombre. Todo lo ilegal requiere integridad, autoconfianza y valor. En definitiva, exige espíritus libres e independientes, «hombres que sean hombres y que tengan un hueso en la espalda por el que no se pueda pasar la mano».

El propio sufragio universal debe su existencia a la acción directa. Si no fuera por el espíritu de rebelión, de desafío por parte de los padres revolucionarios americanos, su posteridad todavía llevaría el abrigo del Rey. Si no fuera por la acción directa de un John Brown y sus camaradas, América seguiría comerciando con la carne del hombre negro. Es cierto que el comercio de carne blanca sigue existiendo, pero también tendrá que ser abolido por la acción directa. El sindicalismo, la arena económica del gladiador moderno, debe su existencia a la acción directa. Hace poco que la ley y el gobierno han intentado aplastar el movimiento sindical y han condenado a los exponentes del derecho del hombre a organizarse a la cárcel como conspiradores.

Si hubieran tratado de hacer valer su causa mediante ruegos, súplicas y compromisos, el sindicalismo sería hoy una cantidad insignificante. En Francia, en España, en Italia, en Rusia, e incluso en Inglaterra (véase la creciente rebelión de los sindicatos ingleses), la acción económica directa y revolucionaria se ha convertido en una fuerza tan fuerte en la batalla por la libertad industrial que ha hecho que el mundo se dé cuenta de la tremenda importancia del poder del trabajo. La huelga general, expresión suprema de la conciencia económica de los trabajadores, era ridiculizada en América hace poco tiempo. Hoy, toda gran huelga, para triunfar, debe darse cuenta de la importancia de la protesta general solidaria.

La acción directa, que ha demostrado su eficacia en el plano económico, es igualmente potente en el ámbito del individuo. Allí, cientos de fuerzas invaden su ser, y sólo la resistencia persistente a ellas lo liberará finalmente. La acción directa contra la autoridad de la tienda, la acción directa contra la autoridad de la ley, la acción directa contra la autoridad invasora y entrometida de nuestro código moral, es el método lógico y coherente del anarquismo.

¿No conducirá a una revolución? En efecto, lo hará. Ningún cambio social real se ha producido sin una

revolución. La gente, o no conoce su historia, o no ha aprendido todavía que la revolución no es más que el pensamiento llevado a la acción.

El anarquismo, la gran levadura del pensamiento, está hoy impregnando todas las fases del esfuerzo humano. La ciencia, el arte, la literatura, el teatro, el esfuerzo por mejorar la economía, de hecho toda oposición individual y social al desorden existente de las cosas, está iluminada por la luz espiritual del anarquismo. Es la filosofía de la soberanía del individuo. Es la teoría de la armonía social. Es la gran verdad viviente que está reconstruyendo el mundo, y que marcará el amanecer.

Capítulo 2: Minorías contra mayorías

Si tuviera que hacer un resumen de la tendencia de nuestro tiempo, diría: Cantidad. La multitud, el espíritu de masa, domina en todas partes, destruyendo la calidad. Toda nuestra vida -la producción, la política y la educación- se basa en la cantidad, en el número.

El trabajador que antes se enorgullecía de la minuciosidad y la calidad de su trabajo, ha sido sustituido por autómatas descerebrados e incompetentes, que producen enormes cantidades de cosas, sin valor para ellos mismos, y generalmente perjudiciales para el resto de la humanidad. De este modo, la cantidad, en lugar de añadir comodidad y paz a la vida, no ha hecho más que aumentar la carga del hombre.

En política, sólo cuenta la cantidad. Sin embargo, en proporción a su aumento, los principios, los ideales, la justicia y la rectitud se ven completamente anegados

por el conjunto de números. En la lucha por la supremacía, los distintos partidos políticos se superan unos a otros en artimañas, engaños, astucia y maquinaciones turbias, seguros de que el que triunfe será aclamado por la mayoría como vencedor. Ese es el único dios: el éxito. En cuanto a qué gasto, qué terrible coste para el carácter, no tiene importancia. No tenemos que ir muy lejos en busca de pruebas para verificar este triste hecho.

Nunca antes la corrupción, la completa podredumbre de nuestro gobierno, quedó tan expuesta; nunca antes el pueblo norteamericano se enfrentó a la naturaleza de Judas de ese cuerpo político, que durante años ha pretendido ser absolutamente irreprochable, como el pilar de nuestras instituciones, el verdadero protector de los derechos y libertades del pueblo.

Sin embargo, cuando los crímenes de ese partido se volvieron tan descarados que hasta los ciegos pudieron verlos, no necesitó más que reunir a sus secuaces, y su supremacía quedó asegurada. Así, las propias víctimas, engañadas, traicionadas, ultrajadas cien veces, decidieron, no contra, sino a favor del vencedor. Desconcertados, los pocos se preguntaron cómo podía la mayoría traicionar las tradiciones de la libertad americana. ¿Dónde estaba su juicio, su capacidad de razo-

namiento? Así es, la mayoría no puede razonar; no tiene juicio. Al carecer por completo de originalidad y valor moral, la mayoría siempre ha puesto su destino en manos de otros. Incapaz de asumir responsabilidades, ha seguido a sus líderes hasta la destrucción. El Dr. Stockman tenía razón: «Los enemigos más peligrosos de la verdad y la justicia entre nosotros son las mayorías compactas, la maldita mayoría compacta». Sin ambición ni iniciativa, la masa compacta no odia nada tanto como la innovación. Siempre se ha opuesto, condenado y perseguido al innovador, al pionero de una nueva verdad.

El lema que se repite a menudo en nuestra época es, entre todos los políticos, incluidos los socialistas, que la nuestra es una época de individualismo, de minorías. Sólo aquellos que no indagan bajo la superficie pueden ser llevados a pensar así. ¿No son unos pocos los que han acumulado la riqueza del mundo? ¿No son los dueños, los reyes absolutos de la situación? Pero su éxito no se debe al individualismo, sino a la inercia, a la cobardía, a la sumisión absoluta de la masa. Ésta no quiere más que ser dominada, dirigida, coaccionada. En cuanto al individualismo, en ningún momento de la historia de la humanidad ha tenido menos posibilida-

des de expresión, menos oportunidades de afirmarse de forma normal y saludable.

El educador individual imbuido de honestidad de propósito, el artista o escritor de ideas originales, el científico o explorador independiente, los pioneros no comprometidos de los cambios sociales son empujados diariamente a la pared por hombres cuyo aprendizaje y capacidad creativa se han vuelto decrépitos con la edad.

Los educadores del tipo de Ferrer no son tolerados en ninguna parte, mientras que los dietistas de la comida predigerida, como los profesores Eliot y Butler, son los exitosos perpetuadores de una era de nulidades, de autómatas. En el mundo literario y dramático, los Humphrey Wards y Clyde Fitches son los ídolos de la masa, mientras que pocos conocen o aprecian la belleza y el genio de un Emerson, Thoreau, Whitman; un Ibsen, un Hauptmann, un Butler Yeats o un Stephen Phillips. Son como estrellas solitarias, más allá del horizonte de la multitud.

Los editores, los directores de teatro y los críticos no preguntan por la calidad inherente al arte creativo, sino si se venderá bien, si se adaptará al paladar de la gente. Por desgracia, este paladar es como un vertedero; se deleita con cualquier cosa que no necesite mas-

ticación mental. En consecuencia, lo mediocre, lo ordinario, lo común, representa la principal producción literaria.

¿Hace falta decir que en el arte nos enfrentamos a los mismos hechos tristes? No hay más que inspeccionar nuestros parques y avenidas para darse cuenta de lo horrible y vulgar que es la producción artística. Ciertamente, nadie, salvo un gusto mayoritario, toleraría semejante atropello al arte. Falsa en su concepción y bárbara en su ejecución, la estatuaría que infesta las ciudades americanas tiene tanta relación con el verdadero arte, como un tótem con un Miguel Ángel. Sin embargo, ese es el único arte que tiene éxito. El verdadero genio artístico, que no se atiene a las nociones aceptadas, que ejerce la originalidad y se esfuerza por ser fiel a la vida, lleva una existencia oscura y miserable. Puede que su obra se convierta algún día en la moda del populacho, pero no hasta que se haya agotado la sangre de su corazón; no hasta que el explorador haya dejado de serlo, y una muchedumbre sin ideales y sin visión haya hecho morir la herencia del maestro.

Se dice que el artista de hoy no puede crear porque, como Prometeo, está atado a la roca de la necesidad económica. Sin embargo, esto es cierto para el arte de todas las épocas. Miguel Ángel dependía de su santo

patrón, no menos que el escultor o el pintor de hoy en día, excepto que los conocedores del arte de aquellos días estaban lejos de la multitud. Se sentían honrados de que se les permitiera rendir culto en el santuario del maestro.

El protector del arte de nuestro tiempo sólo conoce un criterio, un valor, el dólar. No le preocupa la calidad de ninguna gran obra, sino la cantidad de dólares que implica su compra. Así, el financiero de *Les Affaires sont les Affaires*, de Mirbeau, señala algún arreglo borroso en colores, diciendo: «Mira qué grande es; ha costado 50.000 francos». Como nuestros propios parvenus. Las fabulosas cifras pagadas por sus grandes descubrimientos artísticos deben compensar la pobreza de su gusto. El pecado más imperdonable en la sociedad es la independencia de pensamiento. Que esto sea tan terriblemente evidente en un país cuyo símbolo es la democracia, es muy significativo del tremendo poder de la mayoría.

Wendell Phillips dijo hace cincuenta años: «En nuestro país de igualdad absoluta y democrática, la opinión pública no sólo es omnipotente, es omnipresente. No hay refugio de su tiranía, no hay forma de esconderse de su alcance, y el resultado es que si se toma la vieja linterna griega y se va a buscar entre

cien, no se encontrará a un solo estadounidense que no tenga, o que no crea tener al menos, algo que ganar o perder en su ambición, su vida social o sus negocios, de la buena opinión y los votos de los que le rodean. Y la consecuencia es que, en lugar de ser una masa de individuos, cada uno de los cuales expresa sin temor su propia convicción, como nación comparada con otras naciones somos una masa de cobardes. Más que cualquier otro pueblo, nos tememos unos a otros». Evidentemente, no hemos avanzado mucho desde la condición a la que se enfrentó Wendell Phillips.

Hoy, como entonces, la opinión pública es el tirano omnipresente; hoy, como entonces, la mayoría representa una masa de cobardes, dispuesta a aceptar a quien refleja su propia pobreza de alma y mente. Eso explica el ascenso sin precedentes de un hombre como Roosevelt. Él encarna el peor elemento de la psicología de la multitud. Como político, sabe que a la mayoría le importan poco los ideales o la integridad. Lo que anhela es la exhibición. No importa si se trata de un concurso de perros, una pelea de premios, el linchamiento de un «negro», la redada de algún delincuente de poca monta, la exposición matrimonial de una heredera o las acrobacias de un ex presidente. Cuanto más horribles son las contorsiones mentales,

mayor es el deleite y los bravos de la masa. Así, pobre de ideales y vulgar de alma, Roosevelt sigue siendo el hombre del momento.

Por otro lado, los hombres que se elevan por encima de tales pigmeos políticos, hombres de refinamiento, de cultura, de capacidad, son abucheados hasta el silencio como mollycodles. Es absurdo afirmar que la nuestra es la era del individualismo. La nuestra no es más que una repetición más conmovedora del fenómeno de toda la historia: todo esfuerzo por el progreso, por la ilustración, por la ciencia, por la libertad religiosa, política y económica, emana de la minoría y no de la masa. Hoy, como siempre, los pocos son incomprendidos, perseguidos, encarcelados, torturados y asesinados.

El principio de fraternidad expuesto por el agitador de Nazaret conservó el germen de la vida, de la verdad y de la justicia, mientras fue la luz del faro de unos pocos. En el momento en que la mayoría se apoderó de él, ese gran principio se convirtió en un shibboleth y presagio de sangre y fuego, extendiendo el sufrimiento y el desastre. El ataque a la omnipotencia de Roma, dirigido por las colosales figuras de Huss, Calvino y Lutero, fue como un amanecer en medio de la oscuridad de la noche. Pero tan pronto como Lutero y Calvino se

convirtieron en políticos y empezaron a atender a los pequeños potentados, la nobleza y el espíritu de la plebe, pusieron en peligro las grandes posibilidades de la Reforma. Consiguieron el éxito y la mayoría, pero esa mayoría no resultó ser menos cruel y sanguinaria en la persecución del pensamiento y la razón que el monstruo católico. Ay de los herejes, de la minoría, que no se plegó a sus dictados. Después de un celo, una resistencia y un sacrificio infinitos, la mente humana se ha liberado por fin del fantasma religioso; la minoría ha seguido adelante en busca de nuevas conquistas, y la mayoría se ha quedado atrás, incapacitada por una verdad que se ha vuelto falsa con la edad.

Políticamente, la raza humana seguiría en la más absoluta esclavitud, si no fuera por los John Balls, los Wat Tylers, los Tells, los innumerables gigantes individuales que lucharon palmo a palmo contra el poder de reyes y tiranos. Si no fuera por los pioneros individuales, el mundo nunca habría sido sacudido hasta sus raíces por esa tremenda ola, la Revolución Francesa. Los grandes acontecimientos suelen ir precedidos de cosas aparentemente pequeñas. Así, la elocuencia y el fuego de Camille Desmoulins fueron como la trompeta ante Jericó, arrasando ese emblema de la tortura, del abuso, del horror, la Bastilla.

Siempre, en todas las épocas, los pocos fueron los abanderados de una gran idea, de un esfuerzo liberador. No así la masa, cuyo peso de plomo no la deja moverse. La verdad de esto se confirma en Rusia con más fuerza que en otras partes. Miles de vidas han sido ya consumidas por ese régimen sangriento, y sin embargo el monstruo del trono no se apacigua. ¿Cómo es posible algo así cuando las ideas, la cultura, la literatura, cuando las emociones más profundas y finas gimen bajo el yugo de hierro? La mayoría, esa masa compacta, inmóvil y somnolienta, el campesino ruso, después de un siglo de lucha, de sacrificio, de miseria indecible, sigue creyendo que la cuerda que estrangula al «hombre de las manos blancas»¹ trae suerte.

En la lucha americana por la libertad, la mayoría no fue menos que un escollo. Hasta el día de hoy las ideas de Jefferson, de Patrick Henry, de Thomas Paine, son negadas y vendidas por su posteridad. La masa no quiere ninguna de ellas. La grandeza y el coraje venerados en Lincoln han sido olvidados en los hombres que crearon el fondo del panorama de aquella época. Los verdaderos santos patronos de los negros estaban representados en ese puñado de luchadores de Boston,

¹ Los intelectuales.

Lloyd Garrison, Wendell Phillips, Thoreau, Margaret Fuller y Theodore Parker, cuyo gran valor y robustez culminaron en ese sombrío gigante que es John Brown. Su incansable celo, su elocuencia y perseverancia socavaron la fortaleza de los señores del Sur. Lincoln y sus secuaces sólo siguieron cuando la abolición se convirtió en una cuestión práctica, reconocida como tal por todos.

Hace unos cincuenta años, una idea parecida a un meteoro hizo su aparición en el horizonte social del mundo, una idea tan trascendental, tan revolucionaria, tan abarcadora como para sembrar el terror en los corazones de los tiranos de todo el mundo. Por otra parte, esa idea fue un presagio de alegría, de júbilo, de esperanza para millones de personas. Los pioneros conocían las dificultades de su camino, conocían la oposición, la persecución, las dificultades que encontrarían, pero orgullosos y sin miedo emprendieron su marcha hacia adelante, siempre hacia adelante. Ahora esa idea se ha convertido en un lema popular. Hoy en día, casi todo el mundo es socialista: el hombre rico, así como su pobre víctima; los defensores de la ley y la autoridad, así como sus desafortunados culpables; el librepensador, así como el perpetuador de falsedades religiosas; la dama de moda, así como la muchacha con camisa.

¿Por qué no? Ahora que la verdad de hace cincuenta años se ha convertido en una mentira, ahora que ha sido recortada de toda su imaginación juvenil, y robada de su vigor, su fuerza, su ideal revolucionario... ¿por qué no? Ahora que ya no es una bella visión, sino un «esquema práctico y realizable», que se apoya en la voluntad de la mayoría, ¿por qué no? La astucia política siempre canta la alabanza de la masa: la pobre mayoría, la ultrajada, la abusada, la gigantesca mayoría, si tan sólo nos siguiera.

¿Quién no ha escuchado antes esta letanía? ¿Quién no conoce este estribillo nunca variado de todos los políticos? Que la masa sangra, que la roban y la explotan, lo sé tan bien como nuestros cazadores de votos. Pero insisto en que no es el puñado de parásitos, sino la propia masa la responsable de este horrible estado de cosas. Se aferra a sus amos, ama el látigo y es la primera en gritar ¡Crucifícale! en cuanto se levanta una voz de protesta contra la sacralidad de la autoridad capitalista o de cualquier otra institución decadente. Sin embargo, ¿cuánto tiempo existirían la autoridad y la propiedad privada, si no fuera por la voluntad de la masa de convertirse en soldados, policías, carceleros y verdugos? Los demagogos socialistas lo saben tan bien como yo, pero mantienen el mito de las virtudes de la

mayoría, porque su mismo esquema de vida significa la perpetuación del poder. ¿Y cómo podría adquirirse este último sin números? Sí, la autoridad, la coacción y la dependencia se apoyan en la masa, pero nunca la libertad o el libre desenvolvimiento del individuo, nunca el nacimiento de una sociedad libre.

No porque no sienta con los oprimidos, los desheredados de la tierra; no porque no conozca la vergüenza, el horror, la indignidad de las vidas que lleva el pueblo, repudio a la mayoría como fuerza creadora del bien. ¡Oh, no, no! Sino porque sé muy bien que, como masa compacta, nunca ha defendido la justicia ni la igualdad. Ha suprimido la voz humana, sometido el espíritu humano, encadenado el cuerpo humano. Como masa, su objetivo siempre ha sido hacer la vida uniforme, gris y monótona como el desierto. Como masa siempre será la aniquiladora de la individualidad, de la libre iniciativa, de la originalidad. Por lo tanto, creo con Emerson que «las masas son burdas, cojas, perniciosas en sus demandas e influencia, y no necesitan ser halagadas, sino educadas». No deseo concederles nada, sino talarlas, dividir las y romperlas, y sacar individuos de ellas. ¡Masas! La calamidad son las masas. No deseo ninguna masa, sino sólo hombres honestos, mujeres encantadoras, dulces y realizadas».

En otras palabras, la verdad viva y vital del bienestar social y económico se hará realidad sólo a través del celo, el valor, la determinación no comprometida de las minorías inteligentes, y no a través de la masa.

Capítulo 3: La psicología de la violencia política

Analizar la psicología de la violencia política no sólo es extremadamente difícil, sino también muy peligroso. Si se tratan estos actos con comprensión, se acusa inmediatamente de elogiarlos. Si, por el contrario, se expresa simpatía humana con los *Attentäter*,¹ se corre el riesgo de ser considerado un posible cómplice. Sin embargo, sólo la inteligencia y la simpatía pueden acercarnos a la fuente del sufrimiento humano y enseñarnos el camino definitivo para salir de él.

El hombre primitivo, ignorante de las fuerzas naturales, temía su acercamiento, escondiéndose de los peligros que amenazaban. A medida que el hombre aprendió a comprender los fenómenos de la Naturaleza, se dio cuenta de que, aunque éstos pueden destruir

¹ Un revolucionario que comete un acto de violencia política.

la vida y causar grandes pérdidas, también traen alivio. Para el estudiante serio debe ser evidente que las fuerzas acumuladas en nuestra vida social y económica, que culminan en un acto político de violencia, son similares a los terrores de la atmósfera, manifestados en la tormenta y el rayo.

Para apreciar a fondo la verdad de este punto de vista, uno debe sentir intensamente la indignidad de nuestros males sociales; el propio ser debe palpar con el dolor, la pena, la desesperación que millones de personas se ven obligadas a soportar diariamente. De hecho, a menos que nos hayamos convertido en parte de la humanidad, no podemos comprender ni siquiera levemente la justa indignación que se acumula en un alma humana, la pasión ardiente y arrolladora que hace que la tormenta sea inevitable.

La masa ignorante considera al hombre que protesta violentamente contra nuestras iniquidades sociales y económicas como una bestia salvaje, un monstruo cruel y despiadado, cuyo gozo es destruir la vida y bañarse en sangre; o en el mejor de los casos, como un lunático irresponsable. Pero nada más lejos de la realidad. De hecho, aquellos que han estudiado el carácter y la personalidad de estos hombres, o que han estado en estrecho contacto con ellos, están de acuerdo en que

es su supersensibilidad al mal y a la injusticia que les rodea lo que les obliga a pagar el peaje de nuestros crímenes sociales. Los escritores y poetas más notables, al discutir la psicología de los delincuentes políticos, les han rendido el más alto tributo. ¿Podría alguien suponer que estos hombres han aconsejado la violencia, o incluso han aprobado los actos? Ciertamente no. La suya era la actitud del estudiante social, del hombre que sabe que más allá de todo acto violento hay una causa vital.

Björnstjerne Björnson, en la segunda parte de Más allá del poder humano, subraya el hecho de que es entre los anarquistas donde debemos buscar a los mártires modernos que pagan su fe con su sangre, y que acogen la muerte con una sonrisa, porque creen, tan verdaderamente como Cristo, que su martirio redimirá a la humanidad.

François Coppé, el novelista francés, se expresa así respecto a la psicología de los *Attentäter*:

«La lectura de los detalles de la ejecución de Vaillant me dejó pensativo. Lo imaginé dilatando su pecho bajo las cuerdas, marchando con paso firme, endureciendo su voluntad, concentrando toda su energía y, con los ojos fijos en el cuchillo, lanzando finalmente a la sociedad su grito de maldición. Y, a pesar mío, otro

espectáculo surgió de repente ante mi mente. Vi un grupo de hombres y mujeres que se apretaban unos a otros en el centro de la arena oblonga del circo, bajo la mirada de miles de ojos, mientras desde todas las gradas del inmenso anfiteatro se elevaba el terrible grito de ¡Ad leones! y, abajo, las jaulas abiertas de las fieras.

«No creí que la ejecución se llevara a cabo. En primer lugar, ninguna víctima había sido golpeada con la muerte, y hacía tiempo que era costumbre no castigar un crimen abortado con el último grado de severidad. Además, este crimen, por terrible que fuera su intención, era desinteresado, nacido de una idea abstracta. El pasado del hombre, su infancia abandonada, su vida de penurias, abogaban también a su favor. En la prensa independiente se alzaron voces generosas en su favor, muy fuertes y elocuentes. «Una corriente de opinión puramente literaria» han dicho algunos, con no poco desprecio. Es, por el contrario, un honor para los hombres de arte y de pensamiento haber expresado una vez más su repulsa al cadalso.»

De nuevo Zola, en *Germinal* y *París*, describe la ternura y la bondad, la profunda simpatía por el sufrimiento humano, de estos hombres que cierran el capítulo de sus vidas con un violento estallido contra nuestro sistema.

Por último, pero no por ello menos importante, el hombre que probablemente entiende mejor que nadie la psicología de los Attentäter es M. Hamon, el autor de la brillante obra *Une Psychologie du Militaire Professionnel*, que ha llegado a estas sugerentes conclusiones:

«El método positivo confirmado por el método racional nos permite establecer un tipo ideal de Anarquista, cuya mentalidad es el conjunto de características psíquicas comunes. Todo anarquista participa lo suficiente de este tipo ideal como para poder diferenciarlo de los demás hombres. El Anarquista típico, entonces, puede ser definido como sigue: Un hombre perceptible por el espíritu de revuelta bajo una o varias de sus formas, – oposición, investigación, crítica, innovación, – dotado de un fuerte amor a la libertad, egoísta o individualista, y poseedor de una gran curiosidad, de un vivo deseo de saber. Estos rasgos se complementan con un ardiente amor a los demás, una sensibilidad moral muy desarrollada, un profundo sentimiento de justicia, e imbuido de celo misionero».

A las características anteriores, dice Alvin F. Sanborn, hay que añadir estas cualidades estereotipadas: un amor poco común por los animales, una dulzura superior en todas las relaciones ordinarias de la vida,

una sobriedad excepcional de comportamiento, frugalidad y regularidad, austeridad, incluso, de vida, y un valor sin igual².

«Hay una verdad de Perogrullo que el hombre de la calle parece olvidar siempre, cuando abusa de los anarquistas, o de cualquier partido que sea su bête noire del momento, como causa de algún ultraje recién perpetrado. El hecho indiscutible es que los atentados homicidas han sido, desde tiempos inmemoriales, la respuesta de clases y de individuos acuciados y desesperados, a los agravios de sus semejantes, que consideraban intolerables. Tales actos son el retroceso violento de la violencia, ya sea agresiva o represiva; son la última lucha desesperada de la naturaleza humana ultrajada y exasperada por el espacio para respirar y vivir. Y su causa no reside en ninguna convicción especial, sino en lo más profundo de esa misma naturaleza humana. Todo el curso de la historia, política y social, está sembrado de pruebas de este hecho. Para no ir más lejos, tomemos los tres ejemplos más notorios de partidos políticos llevados a la violencia durante los últimos cincuenta años: los mazzinianos en Italia, los fenianos en Irlanda y los terroristas en Rusia. ¿Eran estas

² París y la Revolución Social.

personas anarquistas? No. ¿Tenían los tres las mismas opiniones políticas? No. Los mazzinianos eran republicanos, los fenianos separatistas políticos, los rusos socialdemócratas o constitucionalistas. Pero todos fueron empujados por circunstancias desesperadas a esta terrible forma de revuelta. Y cuando pasamos de los partidos a los individuos que han actuado de la misma manera, nos quedamos horrorizados por el número de seres humanos incitados y conducidos por la pura desesperación a una conducta obviamente opuesta a sus instintos sociales.

«Ahora que el anarquismo se ha convertido en una fuerza viva en la sociedad, tales actos han sido cometidos a veces por anarquistas, así como por otros. Porque ninguna fe nueva, incluso la más esencialmente pacífica y humana que la mente del hombre haya aceptado todavía, sino que en su primera aparición ha traído a la tierra no la paz, sino la espada; no por nada violento o antisocial en la doctrina misma; simplemente por el fermento que cualquier idea nueva y creativa excita en las mentes de los hombres, ya sea que la acepten o la rechacen. Y una concepción del anarquismo que, por una parte, amenaza todos los intereses creados y, por otra, ofrece la visión de una vida libre y noble que debe ganarse mediante la lucha contra los males existentes,

es seguro que despertará la más feroz oposición y pondrá en contacto violento toda la fuerza represiva del antiguo mal con el tumultuoso estallido de una nueva esperanza.

«En condiciones de vida miserables, cualquier visión de la posibilidad de cosas mejores hace que la miseria actual sea más intolerable, y estimula a los que sufren a las luchas más enérgicas para mejorar su suerte, y si estas luchas sólo resultan inmediatamente en una miseria más aguda, el resultado es pura desesperación. En nuestra sociedad actual, por ejemplo, un trabajador asalariado explotado, que vislumbra lo que el trabajo y la vida podrían y deberían ser, encuentra la agotadora rutina y la miseria de su existencia casi intolerable; e incluso cuando tiene la resolución y el coraje de continuar trabajando constantemente lo mejor posible, y esperar hasta que las nuevas ideas hayan impregnado la sociedad para allanar el camino hacia tiempos mejores, el mero hecho de que tenga tales ideas y trate de difundirlas, le trae dificultades con sus empleadores. Cuántos miles de socialistas, y sobre todo de anarquistas, han perdido el trabajo e incluso la posibilidad de trabajar, únicamente por sus opiniones. Sólo el artesano especialmente dotado, si es un celoso propagandista, puede esperar conservar un empleo permanente.

¿Y qué le sucede a un hombre con su cerebro trabajando activamente con un fermento de nuevas ideas, con una visión ante sus ojos de una nueva esperanza que amanece para los hombres que trabajan y agonizan, con el conocimiento de que su sufrimiento y el de sus compañeros en la miseria no son causados por la crueldad del destino, sino por la injusticia de otros seres humanos, – qué le sucede a tal hombre cuando ve a sus seres queridos morir de hambre, cuando él mismo se muere de hambre? Algunas naturalezas en tal situación, y las que no son de ninguna manera las menos sociales o las menos sensibles, se volverán violentas, e incluso sentirán que su violencia es social y no antisocial, que al golpear cuando y como pueden, están golpeando, no por ellos mismos, sino por la naturaleza humana, ultrajada y despojada en sus personas y en las de sus compañeros de sufrimiento. Y nosotros, que no nos encontramos en esta horrible situación, ¿debemos quedarnos parados y condenar fríamente a estas lastimosas víctimas de las Furias y las Parcas? ¿Debemos tachar de malhechores a estos seres humanos que actúan con heroica abnegación, sacrificando sus vidas en señal de protesta, allí donde naturalezas menos sociales y menos enérgicas se tumbarían y arrastrarían en abyecta sumisión a la injusticia y al mal? ¿Debemos

unirnos al clamor ignorante y brutal que estigmatiza a esos hombres como monstruos de la maldad, que corren gratuitamente en una sociedad armoniosa e inocentemente pacífica? No. Odiamos el asesinato con un odio que puede parecer absurdamente exagerado a los apologistas de las masacres de los Matabeles, a los insensibles que consienten los ahorcamientos y los bombardeos, pero nos negamos, en estos casos de homicidio o de intento de homicidio, como los que estamos tratando, a ser culpables de la cruel injusticia de hacer recaer toda la responsabilidad del hecho sobre el autor inmediato. La culpa de estos homicidios recae sobre cada hombre y mujer que, intencionadamente o por fría indiferencia, ayuda a mantener las condiciones sociales que llevan a los seres humanos a la desesperación. El hombre que lanza toda su vida al intento, a costa de su propia vida, de protestar contra los males de sus semejantes, es un santo comparado con los sostenedores activos y pasivos de la crueldad y la injusticia, aunque su protesta destruya otras vidas además de la suya. El que esté libre de pecado en la sociedad que tire la primera piedra a uno de ellos»³.

³ De un panfleto publicado por el Freedom Group de Londres.

Que todo acto de violencia política se atribuya hoy en día a los anarquistas no es nada sorprendente. Sin embargo, es un hecho conocido por casi todos los que están familiarizados con el movimiento anarquista que un gran número de actos, por los que los anarquistas tuvieron que sufrir, se originaron en la prensa capitalista o fueron instigados, si no perpetrados directamente, por la policía.

Durante varios años se cometieron en España actos de violencia de los que se responsabilizó a los anarquistas, que fueron perseguidos como fieras y encarcelados. Más tarde se descubrió que los autores de estos actos no eran anarquistas, sino miembros de la policía. El escándalo se extendió tanto que los periódicos conservadores españoles exigieron la detención y el castigo del jefe de la banda, Juan Rull, que posteriormente fue condenado a muerte y ejecutado. Las sensacionales pruebas, sacadas a la luz durante el juicio, obligaron al inspector de policía Momento a exonerar completamente a los anarquistas de cualquier relación con los actos cometidos durante un largo periodo. Esto dio lugar a la destitución de varios funcionarios de la policía, entre ellos el inspector Tressols, quien, en venganza, reveló el hecho de que detrás de la banda de policías lanzadores de bombas había otros de posi-

ción muy superior, que les proporcionaban fondos y los protegían.

Este es uno de los muchos ejemplos sorprendentes de cómo se fabrican las conspiraciones anarquistas.

Que la policía estadounidense puede perjurar con la misma facilidad, que es igual de despiadada, igual de brutal y astuta que sus colegas europeos, ha quedado demostrado en más de una ocasión. Basta recordar la tragedia del once de noviembre de 1887, conocida como el motín de Haymarket.

Nadie que esté familiarizado con el caso puede dudar de que los anarquistas, asesinados judicialmente en Chicago, murieron como víctimas de una prensa mentirosa y sedienta de sangre y de una cruel conspiración policial. ¿No ha dicho el propio juez Gary: «No porque hayáis causado la bomba de Haymarket, sino porque sois anarquistas, estáis en juicio».

El análisis imparcial y minucioso que hizo el gobernador Altgeld de esa mancha en el escudo americano verificó la brutal franqueza del juez Gary. Fue esto lo que indujo a Altgeld a indultar a los tres anarquistas, ganándose así la estima duradera de todos los hombres y mujeres amantes de la libertad en el mundo.

Cuando nos acercamos a la tragedia del 6 de septiembre de 1901, nos encontramos con uno de los

ejemplos más sorprendentes de la poca responsabilidad de las teorías sociales en un acto de violencia política. «León Czolgosz, anarquista, incitado a cometer el acto por Emma Goldman». Sin duda, ¿no ha incitado a la violencia incluso antes de su nacimiento, y no seguirá haciéndolo más allá de la muerte? Todo es posible con los anarquistas.

Hoy, incluso, nueve años después de la tragedia, después de que se haya demostrado cien veces que Emma Goldman no tuvo nada que ver con el suceso, que no existe prueba alguna que indique que Czolgosz se llamara alguna vez anarquista, nos encontramos con la misma mentira, fabricada por la policía y perpetuada por la prensa. Ningún alma viviente escuchó jamás a Czolgosz hacer esa declaración, ni existe una sola palabra escrita que demuestre que el muchacho haya pronunciado esa acusación. Nada más que la ignorancia y la histeria insana, que nunca han sido capaces de resolver el más simple problema de causa y efecto.

¡El Presidente de una República libre asesinado! ¿Qué otra cosa puede ser la causa, excepto que el Attentäter debe haber estado loco, o que fue incitado al acto?

¡Una República libre! Cómo se mantendrá un mito, cómo seguirá engañando, embaucando, y cegando in-

cluso a los comparativamente inteligentes a sus monstruosos absurdos. ¡Una República libre! Y sin embargo, en poco más de treinta años, una pequeña banda de parásitos ha robado con éxito al pueblo estadounidense y ha pisoteado los principios fundamentales, establecidos por los padres de este país, que garantizan a todo hombre, mujer y niño «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». Durante treinta años han estado aumentando su riqueza y poder a expensas de la gran masa de trabajadores, ampliando así el ejército de desempleados, la parte de la humanidad hambrienta, sin hogar y sin amigos, que recorre el país de este a oeste, de norte a sur, en una vana búsqueda de trabajo. Durante muchos años se ha dejado el hogar al cuidado de los más pequeños, mientras los padres agotan su vida y sus fuerzas por una mera miseria. Durante treinta años los robustos hijos de Estados Unidos han sido sacrificados en el campo de batalla de la guerra industrial, y las hijas ultrajadas en los corruptos entornos de las fábricas. Durante largos y cansados años se ha llevado a cabo este proceso de socavar la salud, el vigor y el orgullo de la nación, sin que los desheredados y oprimidos hayan protestado demasiado. Enloquecidos por el éxito y la victoria, los poderes monetarios de esta «tierra libre nuestra» se volvieron más y más audaces

en sus desalmados y crueles esfuerzos por competir con las podridas y decadentes tiranías europeas por la supremacía del poder.

Mi país, es el tuyo, dulce tierra de la libertad.

¿Quién puede decir cuántas veces este niño estadounidense se había glorificado en la celebración del 4 de julio, o del Día de la Decoración, cuando honraba fielmente a los muertos de la nación? Quién sabe si él también estaba dispuesto a «luchar por su país y morir por su libertad», hasta que se dio cuenta de que aquellos a los que pertenecía no tenían país, porque les habían robado todo lo que habían producido; hasta que se dio cuenta de que la libertad y la independencia de sus sueños de juventud no eran más que una farsa. Pobre León Czolgosz, tu crimen consistió en una conciencia social demasiado sensible. A diferencia de tus hermanos americanos sin ideas y sin cerebro, tus ideales estaban por encima del vientre y de la cuenta bancaria. No es de extrañar que impresionaras al único ser humano entre toda la turba enfurecida en tu juicio -una mujer de la prensa- como un visionario, totalmente ajeno a tu entorno. Tus grandes y soñadores ojos debieron contemplar un nuevo y glorioso amanecer.

Ahora, un caso reciente de complots anarquistas fabricados por la policía. En esa ciudad ensangrentada,

Chicago, un joven llamado Averbuch atentó contra la vida del jefe de policía Shippy. Inmediatamente se lanzó el grito de que Averbuch era un anarquista, y que los anarquistas eran los responsables del acto. Se vigiló estrechamente a todos los que se sabía que tenían ideas anarquistas, se detuvo a varias personas, se confiscó la biblioteca de un grupo anarquista y se imposibilitaron todas las reuniones. No hace falta decir que, como en varias ocasiones anteriores, se me debe responsabilizar del acto. Evidentemente, la policía americana me atribuye poderes ocultos. Yo no conocía a Averbuch; de hecho, nunca había oído su nombre, y la única forma en que podría haber «conspirado» con él era en mi cuerpo astral. Pero, entonces, a la policía no le preocupa la lógica ni la justicia. Lo que buscan es un objetivo, para enmascarar su absoluta ignorancia de la causa, de la psicología de un acto político. ¿Era Averbuch un anarquista? No hay ninguna prueba positiva de ello. Sólo llevaba tres meses en el país, no conocía el idioma y, por lo que pude comprobar, era bastante desconocido para los anarquistas de Chicago.

¿Qué le llevó a actuar? Averbuch, como la mayoría de los jóvenes inmigrantes rusos, creía sin duda en la mítica libertad de América. Recibió su primer bautismo por el garrote de la policía durante la brutal dis-

persión del desfile de desempleados. Además, experimentó la igualdad y las oportunidades americanas en los vanos esfuerzos por encontrar un patrón económico. En resumen, una estancia de tres meses en la tierra gloriosa le hizo ver que los desheredados están en la misma situación en todo el mundo. En su tierra natal probablemente aprendió que la necesidad no conoce la ley: no había diferencia entre un policía ruso y uno estadounidense.

La cuestión para el estudiante social inteligente no es si los actos de Czolgosz o Averbuch fueron prácticos, como tampoco lo es la tormenta eléctrica. Lo que inevitablemente se grabará en el hombre y la mujer que piensan y sienten es que la visión del brutal apaleamiento de víctimas inocentes en una supuesta República libre, y la degradante lucha económica que destruye el alma, proporcionan la chispa que enciende la fuerza dinámica en las almas sobreexcitadas e indignadas de hombres como Czolgosz o Averbuch. Ninguna persecución, ningún acoso, ninguna represión puede detener este fenómeno social.

Pero, se pregunta a menudo, ¿no han cometido los anarquistas reconocidos actos de violencia? Ciertamente lo han hecho, aunque siempre dispuestos a asumir la responsabilidad. Mi argumento es

que fueron impulsados, no por las enseñanzas del anarquismo, sino por la tremenda presión de las condiciones, que hacían la vida insoportable a sus sensibles naturalezas. Obviamente, el anarquismo, o cualquier otra teoría social, que haga del hombre una unidad social consciente, actuará como levadura para la rebelión. Esto no es una mera afirmación, sino un hecho verificado por toda la experiencia. Un examen minucioso de las circunstancias que influyen en esta cuestión aclarará aún más mi posición.

Consideremos algunos de los actos anarquistas más importantes de las dos últimas décadas. Por extraño que parezca, uno de los hechos más significativos de violencia política ocurrió aquí en América, en relación con la huelga de Homestead de 1892.

Durante esa memorable época, la Carnegie Steel Company organizó una conspiración para aplastar a la Amalgamated Association of Iron and Steel Workers. A Henry Clay Frick, entonces presidente de la compañía, se le encomendó esa tarea democrática. No perdió tiempo en llevar a cabo la política de romper el sindicato, la política que había practicado con tanto éxito durante su reinado de terror en las regiones del coque. En secreto, y mientras las negociaciones de paz se prolongaban a propósito, Frick supervisó los preparativos

militares, la fortificación de la Acería de Homestead, la construcción de una alta valla de tablas, coronada con alambre de espino y provista de aspilleras para los tiradores. Y luego, en plena noche, intentó introducir en Homestead su ejército de matones contratados por Pinkerton, acto que precipitó la terrible matanza de los trabajadores del acero. No contento con la muerte de once víctimas, asesinadas en la escaramuza de Pinkerton, Henry Clay Frick, buen cristiano y americano libre, comenzó inmediatamente a acosar a las indefensas esposas y huérfanos, ordenándoles que salieran de las miserables casas de la Compañía.

Todo el país se despertó ante estos atropellos inhumanos. Cientos de voces se alzaron en protesta, pidiendo a Frick que desistiera, que no fuera demasiado lejos. Sí, cientos de personas protestaron, – como uno se opone a las molestas moscas. Sólo hubo uno que respondió activamente a la indignación en Homestead, – Alexander Berkman. Sí, era un anarquista. Se enorgullecía de ello, porque era la única fuerza que hacía soportable la discordia entre su anhelo espiritual y el mundo exterior. Sin embargo, no el anarquismo, como tal, sino la brutal matanza de los once trabajadores del acero fue el impulso para el acto de Alexander Berkman, su atentado contra la vida de Henry Clay Frick.

El historial de actos de violencia política en Europa ofrece numerosos y sorprendentes ejemplos de la influencia del entorno sobre los seres humanos sensibles.

El discurso judicial de Vaillant, que en 1894 hizo estallar una bomba en la Cámara de Diputados de París, da la verdadera nota clave de la psicología de tales actos:

«Señores, dentro de unos minutos van a dar su golpe, pero al recibir su veredicto tendré al menos la satisfacción de haber herido a la sociedad existente, esa sociedad maldita en la que se puede ver a un solo hombre gastando, inútilmente, lo suficiente para alimentar a miles de familias; una sociedad infame que permite a unos pocos individuos acaparar toda la riqueza social, mientras hay cientos de miles de desgraciados que no tienen ni siquiera el pan que no se niega a los perros, y mientras familias enteras se suicidan por falta de lo necesario para vivir.

«¡Ah, señores, si las clases dirigentes pudieran bajar entre los desgraciados! Pero no, prefieren permanecer sordos a sus llamamientos. Parece que una fatalidad les impulsa, como a la realeza del siglo XVIII, hacia el precipicio que les va a engullir, pues ¡ay de los que permanecen sordos a los gritos de los hambrientos, ay

de los que, creyéndose de esencia superior, se arrojan el derecho de explotar a los de abajo! Llega un momento en que el pueblo ya no razona; se levanta como un huracán, y pasa como un torrente. Entonces vemos cabezas sangrantes empaladas en picas.

«Entre los explotados, señores, hay dos clases de individuos. Los de una clase, sin darse cuenta de lo que son y de lo que podrían ser, toman la vida como viene, creen que han nacido para ser esclavos y se contentan con lo poco que se les da a cambio de su trabajo. Pero hay otros, por el contrario, que piensan, que estudian y que, mirando a su alrededor, descubren las iniquidades sociales. ¿Es su culpa si ven con claridad y sufren al ver sufrir a los demás? Entonces se lanzan a la lucha, y se hacen portadores de las reivindicaciones populares.

«Señores, yo soy uno de estos últimos. Dondequiera que he ido, he visto a desgraciados doblegados bajo el yugo del capital. En todas partes he visto las mismas heridas que hacen brotar lágrimas de sangre, incluso en las partes más remotas de los distritos habitados de América del Sur, donde tenía derecho a creer que el que estaba cansado de los dolores de la civilización podría descansar a la sombra de las palmeras y estudiar allí la naturaleza. Pues bien, allí incluso, más que en otras partes, he visto al capital venir, como un vampi-

ro, a chupar la última gota de sangre de los desgraciados parias.

«Luego volví a Francia, donde me estaba reservado ver a mi familia sufrir atrocemente. Esta fue la última gota de la copa de mi dolor. Cansado de llevar esta vida de sufrimiento y cobardía, llevé esta bomba a los principales responsables de la miseria social.

«Se me reprochan las heridas de los que fueron alcanzados por mis proyectiles. Permítanme señalar de paso que, si los burgueses no hubieran masacrado o provocado masacres durante la Revolución, es probable que todavía estuvieran bajo el yugo de la nobleza. Por otra parte, hay que contar los muertos y heridos en Tonquin, Madagascar, Dahomey, añadiendo los miles, sí, los millones de desgraciados que mueren en las fábricas, en las minas y dondequiera que se haga sentir el poder triturador del capital. Añádase también los que mueren de hambre, y todo ello con el asentimiento de nuestros diputados. Al lado de todo esto, ¡qué poco peso tienen los reproches que ahora se me hacen!

«Es cierto que lo uno no borra lo otro; pero, al fin y al cabo, ¿no estamos actuando a la defensiva cuando respondemos a los golpes que recibimos desde arriba? Sé muy bien que se me dirá que debería haberme limitado a hablar para reivindicar las demandas del pueblo.

Pero, ¡qué se puede esperar! Hace falta una voz fuerte para que los sordos oigan. Demasiado tiempo han respondido a nuestras voces con el encarcelamiento, la cuerda, las descargas de fusilería. No os equivoquéis; la explosión de mi bomba no es sólo el grito del rebelde Vaillant, sino el grito de toda una clase que reivindica sus derechos, y que pronto añadirá actos a las palabras. Porque, tenlo por seguro, en vano se aprobarán leyes. Las ideas de los pensadores no se detendrán; así como en el siglo pasado todas las fuerzas gubernamentales no pudieron impedir que los Diderots y los Voltaires difundieran ideas emancipadoras entre el pueblo, así todas las fuerzas gubernamentales existentes no impedirán que los Reclus, los Darwins, los Spencer, los Ibsens, los Mirbeaus, difundan las ideas de justicia y libertad que aniquilarán los prejuicios que mantienen a la masa en la ignorancia. Y estas ideas, acogidas por los desgraciados, florecerán en actos de rebeldía como lo han hecho en mí, hasta el día en que la desaparición de la autoridad permita a todos los hombres organizarse libremente según su elección, en que cada uno pueda gozar del producto de su trabajo, y en que esos males morales llamados prejuicios se desvanezcan, permitiendo a los seres humanos vivir en armonía, sin otro

deseo que el de estudiar las ciencias y amar a sus semejantes.

«Concluyo, señores, diciendo que una sociedad en la que se ven tales desigualdades sociales como las que vemos a nuestro alrededor, en la que vemos todos los días suicidios causados por la pobreza, la prostitución floreciendo en cada esquina de la calle, – una sociedad cuyos principales monumentos son los cuarteles y las prisiones, – tal sociedad debe ser transformada lo antes posible, so pena de ser eliminada, y eso rápidamente, de la raza humana. Salve a quien trabaje, sin importar los medios, por esta transformación. Es esta idea la que me ha guiado en mi duelo con la autoridad, pero como en este duelo sólo he herido a mi adversario, ahora le toca a él golpearme a mí.

«Señores, dentro de unos minutos van a dar su golpe, pero al recibir su veredicto tendré al menos la satisfacción de haber herido a la sociedad existente, esa sociedad maldita en la que se puede ver a un solo hombre gastando, inútilmente, lo suficiente para alimentar a miles de familias; una sociedad infame que permite a unos pocos individuos acaparar toda la riqueza social, mientras hay cientos de miles de desgraciados que no tienen ni siquiera el pan que no se niega a los perros,

y mientras familias enteras se suicidan por falta de lo necesario para vivir.

«¡Ah, señores, si las clases dirigentes pudieran bajar entre los desgraciados! Pero no, prefieren permanecer sordos a sus llamamientos. Parece que una fatalidad les impulsa, como a la realeza del siglo XVIII, hacia el precipicio que les va a engullir, pues ¡ay de los que permanecen sordos a los gritos de los hambrientos, ay de los que, creyéndose de esencia superior, se arrojan el derecho de explotar a los de abajo! Llega un momento en que el pueblo ya no razona; se levanta como un huracán, y pasa como un torrente. Entonces vemos cabezas sangrantes empaladas en picas.

«Entre los explotados, señores, hay dos clases de individuos. Los de una clase, sin darse cuenta de lo que son y de lo que podrían ser, toman la vida como viene, creen que han nacido para ser esclavos y se contentan con lo poco que se les da a cambio de su trabajo. Pero hay otros, por el contrario, que piensan, que estudian y que, mirando a su alrededor, descubren las iniquidades sociales. ¿Es su culpa si ven con claridad y sufren al ver sufrir a los demás? Entonces se lanzan a la lucha, y se hacen portadores de las reivindicaciones populares.

«Señores, yo soy uno de estos últimos. Dondequiera que he ido, he visto a desgraciados doblegados bajo

el yugo del capital. En todas partes he visto las mismas heridas que hacen brotar lágrimas de sangre, incluso en las partes más remotas de los distritos habitados de América del Sur, donde tenía derecho a creer que el que estaba cansado de los dolores de la civilización podría descansar a la sombra de las palmeras y estudiar allí la naturaleza. Pues bien, allí incluso, más que en otras partes, he visto al capital venir, como un vampiro, a chupar la última gota de sangre de los desgraciados parias.

.»Luego volví a Francia, donde me estaba reservado ver a mi familia sufrir atrocemente. Esta fue la última gota de la copa de mi dolor. Cansado de llevar esta vida de sufrimiento y cobardía, llevé esta bomba a los principales responsables de la miseria social.

«Se me reprochan las heridas de los que fueron alcanzados por mis proyectiles. Permítanme señalar de paso que, si los burgueses no hubieran masacrado o provocado masacres durante la Revolución, es probable que todavía estuvieran bajo el yugo de la nobleza. Por otra parte, hay que contar los muertos y heridos en Tonquin, Madagascar, Dahomey, añadiendo los miles, sí, los millones de desgraciados que mueren en las fábricas, en las minas y dondequiera que se haga sentir el poder triturador del capital. Añádase también los

que mueren de hambre, y todo ello con el asentimiento de nuestros diputados. Al lado de todo esto, ¡qué poco peso tienen los reproches que ahora se me hacen!

«Es cierto que lo uno no borra lo otro; pero, al fin y al cabo, ¿no estamos actuando a la defensiva cuando respondemos a los golpes que recibimos desde arriba? Sé muy bien que se me dirá que debería haberme limitado a hablar para reivindicar las demandas del pueblo. Pero, ¡qué se puede esperar! Hace falta una voz fuerte para que los sordos oigan. Demasiado tiempo han respondido a nuestras voces con el encarcelamiento, la cuerda, las descargas de fusilería. No os equivoquéis; la explosión de mi bomba no es sólo el grito del rebelde Vaillant, sino el grito de toda una clase que reivindica sus derechos, y que pronto añadirá actos a las palabras. Porque, tenlo por seguro, en vano se aprobarán leyes. Las ideas de los pensadores no se detendrán; así como en el siglo pasado todas las fuerzas gubernamentales no pudieron impedir que los Diderots y los Voltaires difundieran ideas emancipadoras entre el pueblo, así todas las fuerzas gubernamentales existentes no impedirán que los Reclus, los Darwins, los Spencer, los Ibsens, los Mirbeaus, difundan las ideas de justicia y libertad que aniquilarán los prejuicios que mantienen a la masa en la ignorancia. Y estas ideas, acogidas por los

desgraciados, florecerán en actos de rebeldía como lo han hecho en mí, hasta el día en que la desaparición de la autoridad permita a todos los hombres organizarse libremente según su elección, en que cada uno pueda gozar del producto de su trabajo, y en que esos males morales llamados prejuicios se desvanezcan, permitiendo a los seres humanos vivir en armonía, sin otro deseo que el de estudiar las ciencias y amar a sus semejantes.

«Concluyo, señores, diciendo que una sociedad en la que se ven tales desigualdades sociales como las que vemos a nuestro alrededor, en la que vemos todos los días suicidios causados por la pobreza, la prostitución floreciendo en cada esquina de la calle, – una sociedad cuyos principales monumentos son los cuarteles y las prisiones, – tal sociedad debe ser transformada lo antes posible, so pena de ser eliminada, y eso rápidamente, de la raza humana. Salve a quien trabaje, sin importar los medios, por esta transformación. Es esta idea la que me ha guiado en mi duelo con la autoridad, pero como en este duelo sólo he herido a mi adversario, ahora le toca a él golpearme a mí.

«Ahora, señores, a mí me importa poco la pena que podáis infligir, pues, mirando a esta asamblea con los ojos de la razón, no puedo dejar de sonreír al ver que

vosotros, átomos perdidos en la materia, y razonando sólo porque poseéis una prolongación de la médula espinal, os arrogáis el derecho de juzgar a uno de vuestros semejantes.

«¡Ah! señores, qué poca cosa es vuestra asamblea y vuestro veredicto en la historia de la humanidad; y la historia humana, a su vez, es igualmente una cosa muy pequeña en el torbellino que la lleva a través de la inmensidad, y que está destinada a desaparecer, o al menos a transformarse, para comenzar de nuevo la misma historia y los mismos hechos, un juego verdaderamente perpetuo de fuerzas cósmicas que se renuevan y transfieren para siempre.»

¿Dirá alguien que Vaillant era un ignorante, un vicioso o un lunático? ¿No era su mente singularmente clara y analítica? No es de extrañar que las mejores fuerzas intelectuales de Francia hablaran en su favor, y firmaran la petición al presidente Carnot, pidiéndole que conmutara la pena de muerte de Vaillant.

Carnot no quiso escuchar ninguna súplica; insistió en algo más que una libra de carne, quería la vida de Vaillant, y entonces... sucedió lo inevitable:

Durante una procesión religiosa en 1896, en Barcelona, se lanzó una bomba. Inmediatamente fueron detenidos trescientos hombres y mujeres. Algunos eran

anarquistas, pero la mayoría eran sindicalistas y socialistas. Fueron arrojados a la terrible bastilla de Montjuich y sometidos a las más horribles torturas. Después de que algunos fueron asesinados o se volvieron locos, sus casos fueron tratados por la prensa liberal de Europa, lo que dio lugar a la liberación de algunos supervivientes.

El principal responsable de este resurgimiento de la Inquisición fue Cánovas del Castillo, Primer Ministro de España. Fue él quien ordenó torturar a las víctimas, quemarles la carne, triturarles los huesos y cortarles la lengua. Practicante del arte de la brutalidad durante su régimen en Cuba, Cánovas permaneció absolutamente sordo a los llamamientos y protestas de la conciencia civilizada despierta.

En 1897 Cánovas del Castillo fue asesinado a tiros por un joven italiano, Angiolillo. Este último era editor en su tierra natal, y sus audaces declaraciones pronto atrajeron la atención de las autoridades. Comenzó la persecución, y Angiolillo huyó de Italia a España, de ahí a Francia y Bélgica, para finalmente establecerse en Inglaterra. Allí encontró trabajo como compositor y enseguida se hizo amigo de todos sus colegas. Uno de ellos describió así a Angiolillo: «Su aspecto sugería más al periodista que al discípulo de Gutenberg.

Sus delicadas manos, además, delataban que no había crecido en el «caso». Con su hermoso y franco rostro, su suave cabello oscuro, su expresión alerta, parecía el tipo mismo del vivaz sureño. Angiolillo hablaba italiano, español y francés, pero no inglés; el poco francés que sabía no era suficiente para mantener una conversación prolongada. Sin embargo, Angiolillo pronto comenzó a adquirir el idioma inglés; aprendió rápidamente, de forma lúdica, y no tardó en hacerse muy popular entre sus compañeros compositores. Sus maneras distinguidas y a la vez modestas, y su consideración hacia sus colegas, le hicieron ganarse el corazón de todos los muchachos.»

Angiolillo pronto se familiarizó con los relatos detallados de la prensa. Leyó la gran ola de simpatía humana con las víctimas indefensas de Montjuich. En Trafalgar Square vio con sus propios ojos los resultados de aquellas atrocidades, cuando los pocos españoles, que escaparon de las garras de Castillo, vinieron a buscar asilo en Inglaterra. Allí, en la gran reunión, estos hombres se abrieron las camisas y mostraron las horribles cicatrices de la carne quemada. Angiolillo lo vio, y el efecto superó mil teorías; el impulso fue más allá de las palabras, más allá de los argumentos, más allá incluso de él mismo.

El señor Antonio Cánovas del Castillo, primer ministro de España, se encontraba en Santa Águeda. Como es habitual en estos casos, todos los extraños se mantuvieron alejados de su excelsa presencia. Sin embargo, se hizo una excepción en el caso de un italiano de aspecto distinguido y elegantemente vestido, representante, según se supo, de una importante revista. El distinguido caballero era Angiolillo.

El señor Cánovas, a punto de salir de su casa, salió a la veranda. De repente, Angiolillo se enfrentó a él. Sonó un disparo, y Cánovas era un cadáver.

La esposa del Primer Ministro se precipitó sobre la escena. «¡Asesino! Asesino!», gritó, señalando a Angiolillo. Éste se inclinó. «Perdone, señora», dijo, «la respeto como dama, pero lamento que haya sido la esposa de ese hombre».

Tranquilamente, Angiolillo se enfrentó a la muerte. La muerte en su forma más terrible – para el hombre cuya alma era como la de un niño.

Fue garroteado. Su cuerpo yacía, bañado por el sol, hasta que el día se ocultó en el crepúsculo. Y la gente vino, y señalando con el dedo del terror y el miedo, dijeron: «Allí – el criminal – el cruel asesino.»

¡Qué estúpida, qué cruel es la ignorancia! Siempre malinterpreta, siempre condena.

Un notable paralelismo con el caso de Angiolillo se encuentra en el acto de Gaetano Bresci, cuyo Attentat sobre el rey Umberto hizo famosa una ciudad americana.

Bresci llegó a este país, a esta tierra de oportunidades, donde no hay más que intentar encontrar el éxito dorado. Sí, él también intentaría tener éxito. Trabajaría duro y fielmente. El trabajo no le causaba ningún temor, si le ayudaba a conseguir la independencia, la honrría y el respeto por sí mismo.

Así, lleno de esperanza y entusiasmo, se instaló en Paterson, Nueva Jersey, y allí encontró un trabajo lucrativo por seis dólares a la semana en una de las fábricas de tejidos de la ciudad. Seis dólares enteros a la semana eran, sin duda, una fortuna para Italia, pero no lo suficiente para respirar en el nuevo país. Amaba su pequeño hogar. Era un buen marido y un padre devoto de su bambina Bianca, a la que adoraba. Trabajó y trabajó durante varios años. Llegó a ahorrar cien dólares de sus seis dólares semanales.

¡VAILLANT! Sante Caserio era un anarquista. Podía haber escapado, haberse salvado; pero se quedó, soportó las consecuencias.

Sus razones para el acto están expuestas de una manera tan sencilla, digna e infantil, que uno recuerda el

conmovedor homenaje que rindió a Caserio su maestra de la escuelita del pueblo, Ada Negri, la poeta italiana, quien habló de él como de una planta dulce y tierna, de textura demasiado fina y sensible para soportar la cruel tensión del mundo.

«¡Señores del jurado! No me propongo hacer una defensa, sino sólo una explicación de mi acto.

«Desde mi temprana juventud empecé a enterarme de que la sociedad actual está mal organizada, tan mal que cada día se suicidan muchos desgraciados, dejando a las mujeres y a los niños en el más terrible desamparo. Los trabajadores, por miles, buscan trabajo y no lo encuentran. Las familias pobres piden comida y tiemblan de frío; sufren la mayor miseria; los pequeños piden comida a sus miserables madres, y éstas no pueden dársela, porque no tienen nada. Las pocas cosas que contenía el hogar ya han sido vendidas o empeñadas. Lo único que pueden hacer es pedir limosna; a menudo son detenidos como vagabundos.

«Me fui de mi lugar de origen porque a menudo me emocionaba ver a niñas de ocho o diez años obligadas a trabajar quince horas al día por la mísera paga de veinte céntimos. Las jóvenes de dieciocho o veinte años también trabajan quince horas diarias, por una burda remuneración. Y eso ocurre no sólo con mis compatrio-

tas, sino con todos los trabajadores, que sudan todo el día por un mendrugo de pan, mientras su trabajo produce riqueza en abundancia. Los trabajadores se ven obligados a vivir en las condiciones más miserables, y su alimentación consiste en un poco de pan, unas cuantas cucharadas de arroz y agua; por lo que a los treinta o cuarenta años están agotados, y van a morir a los hospitales. Además, como consecuencia de la mala alimentación y el exceso de trabajo, estas infelices criaturas son devoradas por centenares por la pelagra, una enfermedad que, en mi país, ataca, como dicen los médicos, a quienes están mal alimentados y llevan una vida de trabajo y privaciones.

«He observado que hay un gran número de personas que pasan hambre, y muchos niños que sufren, mientras que el pan y la ropa abundan en las ciudades. He visto muchas y grandes tiendas llenas de ropa y artículos de lana, y también he visto almacenes llenos de trigo y maíz de la India, adecuados para los que tienen necesidad. Y, por otra parte, vi miles de personas que no trabajan, que no producen nada y viven del trabajo de los demás; que gastan cada día miles de francos en sus diversiones; que corrompen a las hijas de los trabajadores; que poseen viviendas de cuarenta o cin-

cuenta habitaciones; veinte o treinta caballos, muchos criados; en una palabra, todos los placeres de la vida.

«Yo creía en Dios; pero al ver una desigualdad tan grande entre los hombres, reconocí que no fue Dios quien creó al hombre, sino el hombre quien creó a Dios. Y descubrí que los que quieren que se respete su propiedad, tienen interés en predicar la existencia del paraíso y del infierno, y en mantener al pueblo en la ignorancia.

«No hace mucho, Vaillant lanzó una bomba en la Cámara de Diputados, para protestar contra el sistema actual de la sociedad. No mató a nadie, sólo hirió a algunas personas; sin embargo, la justicia burguesa lo condenó a muerte. Y no satisfechos con la condena del culpable, empezaron a perseguir a los anarquistas, y a detener no sólo a los que habían conocido a Vaillant, sino incluso a los que simplemente habían asistido a alguna conferencia anarquista.

«El gobierno no pensó en sus esposas e hijos. No consideró que los hombres encarcelados no eran los únicos que sufrían, y que sus pequeños lloraban por el pan. La justicia burguesa no se preocupó por estos inocentes, que aún no saben lo que es la sociedad. No tienen la culpa de que sus padres estén en la cárcel; sólo quieren comer.

«El gobierno siguió registrando casas privadas, abriendo cartas privadas, prohibiendo conferencias y reuniones, y practicando las más infames opresiones contra nosotros. Incluso ahora, cientos de anarquistas son arrestados por haber escrito un artículo en un periódico, o por haber expresado una opinión en público.

«Señores del jurado, ustedes son representantes de la sociedad burguesa. Si quieren mi cabeza, tómenla; pero no crean que al hacerlo van a detener la propaganda anarquista. Tened cuidado, porque los hombres recogen lo que han sembrado».

Bresci tenía un ideal. Una tontería, lo sé, para un trabajador tener un ideal: el periódico anarquista publicado en Paterson, *La Questione Sociale*.

Cada semana, aunque cansado del trabajo, ayudaba a montar el periódico. Hasta las últimas horas ayudaba, y cuando el pequeño pionero había agotado todos los recursos y sus compañeros estaban desesperados, Bresci traía alegría y esperanza, cien dólares, todos los ahorros de años. Eso mantendría el periódico a flote.

En su tierra natal la gente se moría de hambre. Las cosechas habían sido escasas, y los campesinos se veían cara a cara con el hambre. Apelaron a su buen rey Umberto; él les ayudaría. Y lo hizo. Las esposas

de los campesinos que habían acudido al palacio del Rey, sostenían en silencio mudo a sus demacrados niños. Seguramente eso lo conmovería. Y entonces los soldados dispararon y mataron a esos pobres tontos.

Bresci, que trabajaba en la fábrica de tejidos de Paterson, leyó la horrible masacre. Su ojo mental contempló a las mujeres indefensas y a los niños inocentes de su tierra natal, masacrados ante el buen Rey. Su alma retrocedió horrorizada. Por la noche escuchó los gemidos de los heridos. Algunos podían ser sus camaradas, su propia carne. ¿Por qué, por qué estos asesinatos?

La pequeña reunión del grupo anarquista italiano en Paterson terminó casi en una pelea. Bresci había exigido sus cien dólares. Sus compañeros le rogaron, le imploraron que les diera una tregua. El periódico se hundiría si le devolvían el préstamo. Pero Bresci insistió en su devolución.

Qué cruel y estúpida es la ignorancia. Bresci consiguió el dinero, pero perdió la buena voluntad, la confianza de sus compañeros. No querían saber nada más de alguien cuya codicia era mayor que sus ideales.

El veintinueve de julio de 1900, el rey Umberto fue fusilado en Monza. El joven tejedor italiano de Paterson, Gaetano Bresci, había acabado con la vida del buen Rey.

Paterson fue puesto bajo vigilancia policial, todos los conocidos como anarquistas fueron acosados y perseguidos, y el acto de Bresci se atribuyó a las enseñanzas del anarquismo. Como si las enseñanzas del anarquismo en su forma más extrema pudieran igualar la fuerza de aquellas mujeres y niños asesinados, que habían peregrinado hacia el Rey en busca de ayuda. Como si cualquier palabra hablada, siempre tan elocuente, pudiera arder en un alma humana con un calor tan blanco como la sangre vital que goteaba gota a gota de aquellas formas moribundas. El hombre ordinario rara vez se conmueve ni por la palabra ni por los hechos; y aquellos cuyo parentesco social es la mayor fuerza viva no necesitan ninguna apelación para responder - incluso como lo hace el acero al imán- a los males y horrores de la sociedad.

Si una teoría social es un fuerte factor que induce a los actos de violencia política, cómo vamos a explicar los recientes brotes violentos en la India, donde el anarquismo apenas ha nacido. Más que cualquier otra filosofía antigua, las enseñanzas hindúes han exaltado la resistencia pasiva, la deriva de la vida, el Nirvana, como el más alto ideal espiritual. Sin embargo, el malestar social en la India crece cada día, y sólo recientemente ha dado lugar a un acto de violencia política,

el asesinato de Sir Curzon Wylie por el hindú Madan Lal Dhingra.

Si un fenómeno así puede ocurrir en un país social e individualmente impregnado desde hace siglos de un espíritu de pasividad, ¿se puede poner en duda el tremendo efecto revolucionario que ejercen sobre el carácter humano las grandes iniquidades sociales? ¿Se puede dudar de la lógica, de la justicia de estas palabras?

«La represión, la tiranía y el castigo indiscriminado de hombres inocentes han sido las consignas del gobierno de la dominación extranjera en la India desde que comenzamos el boicot comercial a los productos ingleses. Las cualidades de tigre de los británicos son muy evidentes ahora en la India. Piensan que con la fuerza de la espada mantendrán a la India. Es esta arrogancia la que ha provocado la bomba, y cuanto más tiranicen a un pueblo indefenso y desarmado, más crecerá el terrorismo. Podemos despreciar el terrorismo por considerarlo extravagante y ajeno a nuestra cultura, pero es inevitable mientras continúe esta tiranía, ya que no hay que culpar a los terroristas, sino a los tiranos. Es el único recurso de un pueblo indefenso y desarmado cuando se encuentra al borde de la deses-

peración. Nunca es un crimen por su parte. El crimen es del tirano»⁴.

Incluso los científicos conservadores están empujando a darse cuenta de que la herencia no es el único factor que moldea el carácter humano. El clima, la alimentación, la ocupación; es más, el color, la luz y el sonido deben ser considerados en el estudio de la psicología humana.

Si esto es cierto, cuánto más correcta es la afirmación de que los grandes abusos sociales influyen y deben influir en las diferentes mentes y temperamentos de manera diferente. Y cuán absolutamente falaz es la noción estereotipada de que las enseñanzas del anarquismo, o ciertos exponentes de estas enseñanzas, son responsables de los actos de violencia política.

El anarquismo, más que cualquier otra teoría social, valora la vida humana por encima de las cosas. Todos los anarquistas están de acuerdo con Tolstoi en esta verdad fundamental: si la producción de cualquier mercancía requiere el sacrificio de la vida humana, la sociedad debe prescindir de esa mercancía, pero no puede prescindir de esa vida. Esto, sin embargo, no indica que el anarquismo enseñe la sumisión. ¿Cómo

⁴ El Hindustán Libre.

podría hacerlo, cuando sabe que todo el sufrimiento, toda la miseria, todos los males, resultan del mal de la sumisión?

¿No ha dicho algún antepasado americano, hace muchos años, que la resistencia a la tiranía es la obediencia a Dios? Y ni siquiera era anarquista. Diría que la resistencia a la tiranía es el más alto ideal del hombre. Mientras exista la tiranía, en cualquier forma, la aspiración más profunda del hombre debe resistirse a ella tan inevitablemente como el hombre debe respirar.

En comparación con la violencia generalizada del capital y del gobierno, los actos de violencia política no son más que una gota en el océano. El hecho de que sean tan pocos los que se resisten es la prueba más contundente de lo terrible que debe ser el conflicto entre sus almas y las iniquidades sociales insoportables.

En tensión, como una cuerda de violín, lloran y gimen por la vida, tan implacable, tan cruel, tan terriblemente inhumana. En un momento desesperado la cuerda se rompe. Los oídos no afinados no escuchan más que la discordia. Pero los que sienten el grito agónico comprenden su armonía; oyen en él el cumplimiento del momento más apremiante de la naturaleza humana.

Así es la psicología de la violencia política.

Capítulo 4: Las prisiones: Un crimen y un fracaso social

EN 1849 Feodor Dostoyevsky escribió en la pared de su celda de la prisión la siguiente historia de El cura y el diablo:

«¡Hola, padre gordito!’ le dijo el diablo al cura. ¿Qué te hizo mentir tanto a esa pobre gente engañada? ¿Qué torturas del infierno has representado? ¿No sabes que ya están sufriendo las torturas del infierno en su vida terrenal? ¿No sabes que tú y las autoridades del Estado sois mis representantes en la tierra? Sois vosotros los que les hacéis sufrir las penas del infierno con las que les amenazáis. ¿No lo sabes? Pues entonces, ¡venid conmigo!».

«El diablo agarró al sacerdote por el cuello, lo levantó en el aire y lo llevó a una fábrica, a una fundición

de hierro. Vio a los obreros que corrían y se apresuraban a ir de un lado a otro, y que trabajaban bajo un calor abrasador. Muy pronto el aire espeso y pesado y el calor son demasiado para el sacerdote. Con lágrimas en los ojos, suplica al diablo: «¡Déjame ir! Déjame salir de este infierno».

«‘Oh, mi querido amigo, debo mostrarte muchos más lugares’. El demonio se apodera nuevamente de él y lo arrastra hasta una granja. Allí ve a los obreros trillando el grano. El polvo y el calor son insufribles. El capataz lleva un cuchillo y golpea sin piedad a todo aquel que cae al suelo vencido por el duro trabajo o el hambre.

«A continuación, el sacerdote es llevado a las cabañas donde estos mismos trabajadores viven con sus familias: agujeros sucios, fríos, humeantes y malolientes. El diablo sonríe. Señala la pobreza y las penurias que se viven aquí.

«‘Bueno, ¿no es esto suficiente?’, pregunta. Y parece que incluso él, el diablo, se compadece de la gente. El piadoso siervo de Dios apenas puede soportarlo. Con las manos levantadas suplica: ‘Déjenme ir de aquí’. Sí, sí. Esto es el infierno en la tierra».

«‘Bueno, entonces, ya ves. Y todavía les prometes otro infierno. ¡Los atormentas, los torturas hasta la

muerte mentalmente cuando ya están casi muertos físicamente! Vamos. Te mostraré otro infierno, uno más, el peor».

«Le llevó a una prisión y le mostró un calabozo, con su aire viciado y las numerosas formas humanas, desprovistas de toda salud y energía, tendidas en el suelo, cubiertas de alimañas que devoraban sus pobres cuerpos desnudos y demacrados.

«‘Quítate tus ropas de seda’, dijo el diablo al sacerdote, ‘ponte en los tobillos pesadas cadenas como las que llevan estos desgraciados; tumbate en el frío e inhumano suelo, y luego háblales de un infierno que aún les espera’.

«‘¡No, no!’’, respondió el sacerdote, ‘no puedo pensar en nada más espantoso que esto. Le ruego que me deje salir de aquí».

«‘Sí, esto es el infierno. No puede haber un infierno peor que éste. ¿No lo sabías? ¿No sabías que estos hombres y mujeres a los que estás asustando con la imagen de un infierno en el más allá, no sabías que están en el infierno aquí mismo, antes de morir?’»

Esto fue escrito hace cincuenta años en la oscura Rusia, en la pared de una de las prisiones más horribles. Sin embargo, ¿quién puede negar que lo mismo

se aplica con igual fuerza a la época actual, incluso a las prisiones estadounidenses?

Con todas nuestras presumidas reformas, nuestros grandes cambios sociales y nuestros descubrimientos de gran alcance, los seres humanos siguen siendo enviados al peor de los infiernos, donde son ultrajados, degradados y torturados, para que la sociedad pueda ser «protegida» de los fantasmas de su propia creación.

¿La cárcel, una protección social? ¿Qué mente monstruosa ha concebido semejante idea? Lo mismo que decir que la salud puede ser promovida por un contagio generalizado.

Tras dieciocho meses de horror en una prisión inglesa, Oscar Wilde dio al mundo su gran obra maestra, La balada de la cárcel de Reading:

Las acciones más viles, como las hierbas venenosas florecen bien en el aire de la cárcel; Sólo lo que es bueno en el hombre lo que se pierde y se marchita allí. La pálida angustia guarda la pesada puerta, y el guardián es la desesperación. La sociedad sigue perpetuando este aire venenoso, sin darse cuenta de que de él no pueden salir más que los resultados más venenosos.

En la actualidad gastamos 3.500.000 dólares al día, 1.000.095.000 dólares al año, para mantener las insti-

tuciones penitenciarias, y eso en un país democrático, una suma casi tan grande como la producción combinada de trigo, valorada en 750.000.000 dólares, y la producción de carbón, valorada en 350.000.000 dólares. El profesor Bushnell de Washington, D.C., estima el costo de las prisiones en 6.000.000.000 de dólares anuales, y el Dr. G. Frank Lydston, un eminente escritor estadounidense sobre el crimen, da 5.000.000.000 de dólares anuales como una cifra razonable. Un gasto inaudito para mantener vastos ejércitos de seres humanos enjaulados como bestias salvajes.¹

Sin embargo, los crímenes van en aumento. Así nos enteramos de que en América hay hoy cuatro veces y media más crímenes por cada millón de habitantes que hace veinte años.

El aspecto más horrible es que nuestro crimen nacional es el asesinato, no el robo, la malversación o la violación, como en el Sur. Londres es cinco veces más grande que Chicago y, sin embargo, en esta última ciudad se producen ciento dieciocho asesinatos anuales, mientras que en Londres sólo se producen veinte. Chicago tampoco es la ciudad líder en delincuencia, ya que sólo ocupa el séptimo lugar en la lista, que enca-

¹ *Crime and Criminals*, W. C. Owen.

bezan cuatro ciudades del Sur, y San Francisco y Los Ángeles. En vista de esta terrible situación, parece ridículo hablar de la protección que la sociedad obtiene de sus prisiones.

La mente media es lenta para captar una verdad, pero cuando la institución más organizada y centralizada, mantenida con un gasto nacional excesivo, ha demostrado ser un completo fracaso social, el más lerdado debe empezar a cuestionar su derecho a existir. Ya ha pasado el tiempo en que podemos contentarnos con nuestro tejido social simplemente porque está «ordenado por derecho divino» o por la majestad de la ley.

Las investigaciones, la agitación y la educación generalizadas en las prisiones durante los últimos años son una prueba concluyente de que los hombres están aprendiendo a escarbar en lo más profundo de la sociedad, hasta las causas de la terrible discrepancia entre la vida social y la individual.

¿Por qué, entonces, las prisiones son un crimen social y un fracaso? Para responder a esta pregunta vital nos corresponde buscar la naturaleza y la causa de los delitos, los métodos empleados para enfrentarlos y los efectos que estos métodos producen para librar a la sociedad de la maldición y el horror de los delitos.

Primero, en cuanto a la naturaleza del crimen:

Havelock Ellis divide el crimen en cuatro fases, la política, la pasional, la insana y la ocasional. Dice que el criminal político es la víctima de un intento de un gobierno más o menos despótico de preservar su propia estabilidad. No es necesariamente culpable de un delito antisocial; simplemente trata de derribar un determinado orden político que puede ser en sí mismo antisocial. Esta verdad se reconoce en todo el mundo, excepto en Estados Unidos, donde todavía prevalece la tonta idea de que en una democracia no hay lugar para los criminales políticos. Sin embargo, John Brown fue un criminal político; también lo fueron los anarquistas de Chicago; también lo son todos los huelguistas. En consecuencia, dice Havelock Ellis, el criminal político de nuestro tiempo o lugar puede ser el héroe, el mártir, el santo de otra época. Lombroso llama al criminal político el verdadero precursor del movimiento progresista de la humanidad.

«El criminal por pasión suele ser un hombre de nacimiento sano y vida honesta, que bajo la tensión de algún gran e inmerecido agravio ha hecho justicia por sí mismo»².

² *The Criminal*, Havelock Ellis.

El Sr. Hugh C. Weir, en *The Menace of the Police*, cita el caso de Jim Flaherty, un criminal por pasión que, en lugar de ser salvado por la sociedad, se convierte en un borracho y reincidente, con una familia arruinada y sumida en la pobreza como resultado.

Un tipo más patético es Archie, la víctima de la novela de Brand Whitlock, *El giro de la balanza*, la mayor exposición americana del crimen en ciernes. Archie, incluso más que Flaherty, fue empujado al crimen y a la muerte por la cruel inhumanidad de su entorno y por el acoso sin escrúpulos de la maquinaria de la ley. Archie y Flaherty no son más que los tipos de muchos miles, que demuestran cómo los aspectos legales del crimen, y los métodos para tratarlos, ayudan a crear la enfermedad que está minando toda nuestra vida social.

«El delincuente demente realmente no puede ser considerado un criminal más que un niño, ya que está mentalmente en la misma condición que un infante o un animal»³.

La ley ya lo reconoce, pero sólo en raros casos de naturaleza muy flagrante, o cuando la riqueza del culpable permite el lujo de la locura criminal. Se ha puesto

³ *The Criminal*.

de moda ser víctima de la paranoia. Pero, en general, la «soberanía de la justicia» sigue castigando a los criminales dementes con toda la severidad de su poder. Así, el Sr. Ellis cita las estadísticas del Dr. Richter que muestran que en Alemania ciento seis locos, de ciento cuarenta y cuatro criminales dementes, fueron condenados a penas severas.

El delincuente ocasional «representa, con mucho, la clase más numerosa de nuestra población carcelaria, y por lo tanto es la mayor amenaza para el bienestar social.» ¿Cuál es la causa que obliga a un vasto ejército de la familia humana a dedicarse al crimen, a preferir la horrible vida dentro de los muros de la prisión a la vida fuera de ella? Ciertamente esa causa debe ser un amo de hierro, que no deja a sus víctimas ninguna vía de escape, pues el ser humano más depravado ama la libertad.

Esta terrible fuerza está condicionada por nuestro cruel acuerdo social y económico. No pretendo negar los factores biológicos, fisiológicos o psicológicos en la creación de la delincuencia; pero apenas hay un criminólogo avanzado que no admita que las influencias sociales y económicas son las más implacables, los gérmenes más venenosos de la delincuencia. Incluso si se admite que hay tendencias criminales innatas, no es

menos cierto que estas tendencias encuentran una rica nutrición en nuestro entorno social.

Hay una estrecha relación, dice Havelock Ellis, entre los delitos contra la persona y el precio del alcohol, entre los delitos contra la propiedad y el precio del trigo. Cita a Quetelet y a Lacassagne, el primero ve a la sociedad como la preparadora del crimen, y a los criminales como los instrumentos que lo ejecutan. Los segundos consideran que «el medio social es el medio de cultivo de la criminalidad; que el criminal es el microbio, un elemento que sólo adquiere importancia cuando encuentra el medio que lo hace fermentar; cada sociedad tiene los criminales que merece»⁴.

El período industrial más «próspero» hace imposible que el trabajador gane lo suficiente para mantener la salud y el vigor. Y como la prosperidad es, en el mejor de los casos, una condición imaginaria, miles de personas se suman constantemente a la hueste de los desempleados. De este a oeste, de sur a norte, este vasto ejército deambula en busca de trabajo o de comida, y todo lo que encuentran es el manicomio o los tugurios. Aquellos a los que les queda una chispa de autoesti-

⁴ *The Criminal.*

ma, prefieren el desafío abierto, prefieren el crimen a la posición demacrada y degradada de la pobreza.

Edward Carpenter estima que las cinco sextas partes de los delitos procesables consisten en alguna violación de los derechos de propiedad; pero esa es una cifra demasiado baja. Una investigación minuciosa demostraría que nueve de cada diez delitos pueden atribuirse, directa o indirectamente, a nuestras iniquidades económicas y sociales, a nuestro sistema de explotación y robo sin remordimientos. No hay delincuente tan estúpido que no reconozca este terrible hecho, aunque no sea capaz de explicarlo.

Una colección de filosofía criminal, que Havelock Ellis, Lombroso y otros hombres eminentes han compilado, muestra que el criminal siente con demasiada intensidad que es la sociedad la que le impulsa a delinquir. Un ladrón milanés le dijo a Lombroso: «Yo no robo, sólo quito a los ricos sus superfluidades; además, ¿no roban los abogados y los comerciantes?». Un asesino escribió: «Sabido que las tres cuartas partes de las virtudes sociales son vicios cobardes, pensé que un asalto abierto a un rico sería menos innoble que la combinación cautelosa del fraude.» Otro escribió: «Me encarcelan por robar media docena de huevos. Los ministros que roban millones son honrados. Pobre Italia».

Un convicto educado le dijo al Sr. Davitt: «Las leyes de la sociedad están enmarcadas con el propósito de asegurar la riqueza del mundo al poder y al cálculo, privando así a la mayor parte de la humanidad de sus derechos y oportunidades. ¿Por qué habrían de castigarme a mí por tomar por medios algo similares a los que han tomado más de lo que tenían derecho?». El mismo hombre añadió: «La religión roba al alma su independencia; el patriotismo es el culto estúpido del mundo por el que el bienestar y la paz de los habitantes fueron sacrificados por los que se benefician de él, mientras que las leyes de la tierra, al frenar los deseos naturales, hacían la guerra al espíritu manifiesto de la ley de nuestros seres. Comparado con esto», concluyó, «robar es una actividad honorable»⁵.

En verdad, hay más verdad en esta filosofía que en todos los libros de derecho y moral de la sociedad.

Siendo los factores económicos, políticos, morales y físicos los microbios del crimen, ¿cómo se enfrenta la sociedad a la situación?

Los métodos para hacer frente a la delincuencia han sufrido, sin duda, varios cambios, pero principalmente en un sentido teórico. En la práctica, la sociedad

⁵ *The Criminal.*

ha conservado el motivo primitivo para tratar con el delincuente, es decir, la venganza. También ha adoptado la idea teológica; es decir, el castigo; mientras que los métodos legales y «civilizados» consisten en la disuasión o el terror, y la reforma. Veremos en seguida que los cuatro modos han fracasado totalmente, y que hoy no estamos más cerca de una solución que en la edad oscura.

El impulso natural del hombre primitivo de devolver el golpe, de vengar un agravio, está desfasado. En cambio, el hombre civilizado, desprovisto de coraje y audacia, ha delegado en una maquinaria organizada el deber de vengar sus agravios, en la tonta creencia de que el Estado está justificado para hacer lo que él ya no tiene la hombría ni la consistencia para hacer. La «majestad de la ley» es una cosa que razona; no se rebajaría a los instintos primitivos. Su misión es de naturaleza «superior». Es cierto que todavía está impregnada del embrollo teológico, que proclama el castigo como medio de purificación, o la expiación vicaria del pecado. Pero legal y socialmente el estatuto ejerce el castigo, no meramente como una inflicción de dolor sobre el ofensor, sino también por su efecto aterrador sobre otros.

Sin embargo, ¿cuál es el verdadero fundamento del castigo? La noción del libre albedrío, la idea de que el hombre es en todo momento un agente libre para el bien o para el mal; si elige lo segundo, se le debe hacer pagar el precio. Aunque esta teoría ha sido explotada desde hace mucho tiempo, y arrojada al basurero, sigue siendo aplicada diariamente por toda la maquinaria del gobierno, convirtiéndola en el más cruel y brutal atormentador de la vida humana. La única razón de su permanencia es la noción, aún más cruel, de que cuanto mayor sea el terror que el castigo propague, más seguro será su efecto preventivo.

La sociedad utiliza los métodos más drásticos para tratar al delincuente social. ¿Por qué no disuaden? Aunque en América se supone que un hombre es considerado inocente hasta que se demuestre su culpabilidad, los instrumentos de la ley, la policía, llevan a cabo un reino de terror, haciendo arrestos indiscriminados, golpeando, apaleando, intimidando a la gente, utilizando el bárbaro método del «tercer grado», sometiendo a sus desafortunadas víctimas al aire viciado de la comisaría, y al lenguaje aún más viciado de sus guardianes. Sin embargo, los delitos se multiplican rápidamente y la sociedad paga el precio. Por otra parte, es un secreto a voces que cuando el desafortunado ciudadano ha

recibido toda la «misericordia» de la ley, y en aras de la seguridad es escondido en el peor de los infiernos, comienza su verdadero calvario. Despojado de sus derechos como ser humano, degradado a mero autómatas sin voluntad ni sentimientos, dependiente por completo de la misericordia de los brutales guardianes, pasa diariamente por un proceso de deshumanización, comparado con el que la venganza salvaje era un mero juego de niños.

No hay una sola institución penal o reformatorio en los Estados Unidos donde los hombres no sean torturados «para que sean buenos», por medio de la cachiporra, el garrote, la camisa de fuerza, la cura de agua, el «zumbador» (un aparato eléctrico que se coloca a lo largo del cuerpo humano), el aislamiento, la plaza de toros y la dieta de hambre. En estas instituciones se rompe su voluntad, se degrada su alma y se somete su espíritu a la mortal monotonía y rutina de la vida en prisión. En Ohio, Illinois, Pennsylvania, Missouri y en el Sur, estos horrores se han vuelto tan flagrantes como para llegar al mundo exterior, mientras que en la mayoría de las otras prisiones siguen prevaleciendo los mismos métodos cristianos. Pero los muros de las prisiones rara vez permiten que se escapen los gritos agónicos de las víctimas; los muros de las prisiones son

gruesos y embozan el sonido. La sociedad podría abolir con mayor inmunidad todas las prisiones de una vez, que esperar la protección de estas cámaras de horror del siglo XX.

Año tras año, las puertas de los infiernos carcelarios devuelven al mundo una tripulación humana demacrada, deformada, sin voluntad, naufragada, con la marca de Caín en sus frentes, sus esperanzas aplastadas, todas sus inclinaciones naturales frustradas. Sin más que el hambre y la inhumanidad, estas víctimas pronto se hunden en el crimen como única posibilidad de existencia. No es nada raro encontrar hombres y mujeres que han pasado la mitad de su vida -o casi toda su existencia- en la cárcel. Conozco a una mujer en Blackwell's Island, que había entrado y salido treinta y ocho veces; y a través de un amigo me entero de que un joven de diecisiete años, al que había cuidado y atendido en la penitenciaría de Pittsburg, nunca había conocido el significado de la libertad. Del reformatorio a la penitenciaría había sido el camino de la vida de este muchacho, hasta que, destrozado en su cuerpo, murió víctima de la venganza social. Estas experiencias personales están corroboradas por numerosos datos que demuestran de forma abrumadora la absoluta

inutilidad de las prisiones como medio de disuasión o reforma.

Personas bienintencionadas están trabajando ahora por un nuevo punto de partida en la cuestión de las prisiones: la rehabilitación, para devolver al preso la posibilidad de convertirse en un ser humano. Por muy encomiable que sea esto, me temo que es imposible esperar buenos resultados por verter buen vino en una botella mohosa. Nada que no sea una reconstrucción completa de la sociedad librará a la humanidad del cáncer del crimen. Sin embargo, si se afilara el filo de nuestra conciencia social, las instituciones penales podrían recibir una nueva capa de barniz. Pero el primer paso que hay que dar es la renovación de la conciencia social, que se encuentra en un estado bastante ruinoso. Es necesario, lamentablemente, despertarla al hecho de que el crimen es una cuestión de grado, que todos tenemos los rudimentos del crimen en nosotros, más o menos, según nuestro entorno mental, físico y social; y que el criminal individual es simplemente un reflejo de las tendencias del conjunto.

Con la conciencia social despertada, el individuo medio puede aprender a rechazar el «honor» de ser el sabueso de la ley. Puede dejar de perseguir, despreciar y desconfiar del delincuente social, y darle la oportu-

nidad de vivir y respirar entre sus semejantes. Las instituciones son, por supuesto, más difíciles de alcanzar. Son frías, impenetrables y crueles; aun así, con la conciencia social avivada, podría ser posible liberar a las víctimas de las prisiones de la brutalidad de los funcionarios de prisiones, los guardias y los cuidadores. La opinión pública es un arma poderosa; los guardianes de las presas humanas, incluso, le temen. Se les puede enseñar un poco de humanidad, sobre todo si se dan cuenta de que su trabajo depende de ello.

Pero el paso más importante es exigir para el preso el derecho a trabajar mientras está en la cárcel, con alguna recompensa monetaria que le permita apartar un poco para el día de su liberación, el comienzo de una nueva vida.

Es casi ridículo esperar mucho de la sociedad actual si tenemos en cuenta que los trabajadores, los propios esclavos asalariados, se oponen al trabajo de los convictos. No entraré en la crueldad de esta objeción, sino que me limitaré a considerar su impracticabilidad. Para empezar, la oposición planteada hasta ahora por los trabajadores organizados se ha dirigido contra molinos de viento. Los presos siempre han trabajado; sólo que el Estado ha sido su explotador, así como el empleador individual ha sido el ladrón del trabajo orga-

nizado. Los Estados han puesto a los convictos a trabajar para el gobierno, o bien han cultivado el trabajo de los convictos para los particulares. Veintinueve de los Estados siguen este último plan. El gobierno federal y diecisiete estados lo han desechado, al igual que las principales naciones de Europa, ya que conduce a un espantoso exceso de trabajo y abuso de los presos, así como a un interminable chanchullo.

«Rhode Island, el Estado dominado por Aldrich, ofrece quizás el peor ejemplo. Bajo un contrato de cinco años, fechado el 7 de julio de 1906, y renovable por cinco años más a opción de los contratistas privados, la mano de obra de los reclusos de la Penitenciaría de Rhode Island y de la Cárcel del Condado de Providence se vende a la Reliance-Sterling Mfg. Co. a razón de un poco menos de 25 centavos al día por hombre. Esta compañía es realmente un gigantesco Prison Labor Trust, ya que también arrienda la mano de obra de los convictos de las penitenciarías de Connecticut, Michigan, Indiana, Nebraska y Dakota del Sur, y los reformatorios de Nueva Jersey, Indiana, Illinois y Wisconsin, once establecimientos en total.

«La enormidad del chanchullo en el contrato de Rhode Island puede estimarse por el hecho de que esta misma Compañía paga 62 1/2 centavos al día en Ne-

braska por el trabajo de los convictos, y que Tennessee, por ejemplo, obtiene 1,10 dólares al día por el trabajo de un convicto de la Gray-Dudley Hardware Co.; Missouri obtiene 70 centavos al día de la Star Overall Mfg. Co.; Virginia Occidental 65 centavos al día de la Kraft Mfg. Co, y Maryland 55 centavos al día de Oppenheim, Oberndorf & Co., fabricantes de camisas. La propia diferencia de precios apunta a un enorme chanchullo. Por ejemplo, la Reliance-Sterling Mfg. Co. fabrica camisas, cuyo costo por mano de obra libre no es inferior a 1,20 dólares por docena, mientras que paga a Rhode Island treinta centavos por docena. Además, el Estado no cobra a este Trust ningún alquiler por el uso de su enorme fábrica, no cobra nada por la electricidad, la calefacción, la luz, ni siquiera el drenaje, y no cobra impuestos. Qué injerencia!»⁶.

Se estima que más de doce millones de dólares en camisas y monos de trabajo son producidos anualmente en este país por el trabajo de las prisiones. Es una industria de mujeres, y la primera reflexión que surge es que una inmensa cantidad de mano de obra femenina libre es así desplazada. La segunda considera-

⁶ Citado en las publicaciones del Comité Nacional de Trabajo en Prisión.

ción es que los convictos masculinos, que deberían estar aprendiendo oficios que les darían alguna oportunidad de ser autosuficientes después de su liberación, son mantenidos en este trabajo en el que no pueden ganar un dólar. Esto es aún más grave si tenemos en cuenta que gran parte de este trabajo se lleva a cabo en los reformatorios, que tanto afirman estar formando a sus reclusos para que se conviertan en ciudadanos útiles.

La tercera consideración, y la más importante, es que los enormes beneficios que se obtienen de la mano de obra de los convictos son un incentivo constante para que los contratistas exijan a sus infelices víctimas tareas totalmente superiores a sus fuerzas, y los castiguen cruelmente cuando su trabajo no está a la altura de las exigencias excesivas.

Otra palabra sobre la condena de los convictos a tareas en las que no pueden esperar ganarse la vida después de ser liberados. Indiana, por ejemplo, es un Estado que ha hecho un gran derroche por estar a la cabeza de las mejoras penológicas modernas. Sin embargo, según el informe presentado en 1908 por la escuela de formación de su «reformatorio», 135 se dedicaban a la fabricación de cadenas, 207 a la de camisas y 255 a la fundición, un total de 597 en tres ocupaciones. Pero

en este llamado reformatorio había 59 ocupaciones representadas por los internos, 39 de las cuales estaban relacionadas con las actividades del campo. Indiana, al igual que otros estados, afirma que está capacitando a los internos de su reformatorio en ocupaciones con las que podrán ganarse la vida cuando sean liberados. De hecho, las pone a trabajar en la fabricación de cadenas, camisas y escobas, estas últimas en beneficio de la Louisville Fancy Grocery Co. La fabricación de escobas es un oficio monopolizado en gran medida por los ciegos, la fabricación de camisas la realizan las mujeres, y sólo hay una fábrica de cadenas libre en el Estado, y en ella un convicto liberado no puede esperar conseguir empleo. Todo es una cruel farsa.

Si, entonces, los Estados pueden ser instrumentales en el robo de sus víctimas indefensas de tan tremendas ganancias, ¿no es hora de que los trabajadores organizados dejen de aullar y de insistir en una remuneración decente para el convicto, incluso como las organizaciones laborales reclaman para sí mismas? De este modo, los trabajadores matarían el germen que convierte al preso en un enemigo de los intereses del trabajo. He dicho en otra parte que miles de convictos, incompetentes y sin oficio, sin medios de subsistencia, son devueltos anualmente al redil social. Estos hombres y muje-

res deben vivir, pues incluso un ex convicto tiene necesidades. La vida en la cárcel los ha convertido en seres antisociales, y las puertas rígidamente cerradas que se les abren al salir de la cárcel no pueden disminuir su amargura. El resultado inevitable es que forman un núcleo favorable del que salen esquirols, pata negra, detectives y policías, muy dispuestos a cumplir las órdenes del amo. De este modo, el trabajo organizado, con su estúpida oposición al trabajo en la cárcel, derrota sus propios fines. Ayuda a crear humos venenosos que sofocan cualquier intento de mejora económica. Si el obrero quiere evitar estos efectos, debe insistir en el derecho del convicto a trabajar, debe encontrarlo como un hermano, acogerlo en su organización y, con su ayuda, volverse contra el sistema que los machaca a ambos.

Por último, pero no menos importante, es la creciente comprensión de la barbarie y la insuficiencia de la sentencia definitiva. Aquellos que creen en un cambio, y que aspiran a él, están llegando rápidamente a la conclusión de que hay que dar al hombre la oportunidad de hacer las cosas bien. ¿Y cómo va a hacerlo con diez, quince o veinte años de prisión por delante? La esperanza de la libertad y de la oportunidad es el único incentivo para la vida, especialmente para la vi-

da del prisionero. La sociedad ha pecado tanto tiempo contra él, que al menos debería dejarle eso. No estoy muy convencido de que lo haga, ni de que pueda producirse ningún cambio real en esa dirección hasta que las condiciones que engendran tanto al preso como al carcelero sean abolidas para siempre.

¡De su boca una rosa roja, roja!
De su corazón una blanca.
Porque ¿quién puede decir por qué extra-
ña manera
Cristo saca a la luz su voluntad,
Desde que el báculo estéril que llevaba el
peregrino
floreció a la vista del gran Papa.

Capítulo 5: El patriotismo: Una amenaza para la libertad

«¿Qué es el patriotismo? ¿Es amar el lugar donde nacimos, el lugar donde se desplegaron nuestros sueños y esperanzas de la infancia, nuestras aspiraciones más profundas? ¿Es el lugar en el que, en nuestra ingenuidad infantil, veíamos las nubes cruzar el cielo a toda velocidad y nos preguntábamos por qué no podíamos movernos tan rápido? El lugar donde contamos miles de estrellas parpadeantes, temiendo que cada una de ellas sea uno de los ojos del Señor y capaz de perforar los grandes secretos de nuestras pequeñas almas... ¿El lugar donde escuchamos el canto de los pájaros y anhelamos tener alas para volar, como ellos, a tierras lejanas? ¿O el lugar donde nos sentábamos en el regazo de nuestra madre, fascinados por maravi-

llosas historias de hazañas y conquistas increíbles? En definitiva, ¿el patriotismo se define por el amor a un trozo de esta tierra donde cada centímetro cuadrado representa recuerdos preciosos, queridos por nuestro corazón, y que nos recuerda una infancia feliz, alegre y traviesa?

Si esto fuera patriotismo, sería difícil apelar a estos sentimientos hoy en día en América, ya que nuestros patios de recreo se han convertido en fábricas, molinos y minas, y el ensordecedor estruendo de la maquinaria ha sustituido a la música de los pájaros. Ya no nos es posible escuchar bellas historias, soñar con nobles acciones, pues hoy nuestras madres nos hablan sólo de sus penas, sus lágrimas y su dolor.

¿Qué es el patriotismo? «El patriotismo, señor, es el último recurso de los canallas», dijo el Dr. Johnson. León Tolstoi, el antipatriota más famoso de nuestro tiempo, lo define así: el patriotismo es un principio que justifica la educación de individuos que cometerán asesinatos en masa; un negocio que requiere herramientas mucho mejores para matar a otros hombres que la fabricación de artículos de primera necesidad -zapatos, ropa o vivienda-; una actividad económica que garantiza unos beneficios mucho mejores y una gloria mucho mayor de la que jamás disfrutará el trabajador medio.

Gustave Hervé, otro gran antipatriota (1), considera el patriotismo como una superstición, mucho más peligrosa, brutal e inhumana que la religión. La superstición de la religión surge de la incapacidad del hombre para explicar los fenómenos naturales. De hecho, cuando el hombre primitivo oía el retumbar de los truenos o veía los relámpagos, no podía encontrar una explicación para ello. Por lo tanto, concluyeron que detrás de estos fenómenos había una fuerza más poderosa que ellos mismos. Del mismo modo, los hombres veían una entidad sobrenatural en la lluvia y en las diversas manifestaciones de la naturaleza. El patriotismo, en cambio, es una superstición creada y mantenida artificialmente por una red de mentiras y falsedades; una superstición que despoja al hombre de todo respeto por sí mismo y de su dignidad, y aumenta su arrogancia y su desprecio.

De hecho, el desprecio, la arrogancia y el egoísmo son los tres elementos básicos del patriotismo. Déjeme darles un ejemplo. Según la teoría del patriotismo, nuestro globo estaría dividido en pequeños territorios, cada uno de ellos rodeado por una valla metálica. Los que tienen la suerte de nacer en un determinado territorio se consideran más virtuosos, más nobles, más altos, más inteligentes que los que pueblan todos los

demás países. Y por ello, el deber de todo habitante de ese territorio es luchar, matar y morir en un intento de imponer su superioridad sobre todos los demás.

Los ocupantes de los otros territorios razonaron de la misma manera, por supuesto. El resultado es que desde los primeros años de vida, la mente del niño está envenenada por verdaderas historias de terror sobre los alemanes, los franceses, los italianos, los rusos, etc. Cuando el niño llega a la edad adulta, su cerebro está completamente intoxicado: cree que ha sido elegido por el Señor en persona para defender su patria contra el ataque o la invasión de cualquier extranjero. Por eso muchos ciudadanos reclaman a gritos más fuerzas militares, de tierra y de mar, más buques de guerra y municiones. Por eso, Estados Unidos ha gastado, en muy poco tiempo, cuatrocientos millones de dólares. Piensa en esa cifra: se han tomado cuatrocientos millones de dólares de la riqueza producida por el pueblo. Porque no son los ricos los que contribuyen económicamente a la causa patriótica. Tienen un espíritu cosmopolita y se sienten cómodos en todos los países. En Estados Unidos conocemos perfectamente este fenómeno. Los americanos ricos son franceses en Francia, alemanes en Alemania e ingleses en Inglaterra. Y despilfarran, con gracia cosmopolita, las fortunas que han acumu-

lado haciendo trabajar a los niños estadounidenses en sus fábricas y a los esclavos en sus campos de algodón. Su patriotismo les permite enviar mensajes de condolencia a un déspota como el zar de Rusia cuando le ocurre algo malo, como cuando el presidente Roosevelt, en nombre del pueblo estadounidense, ofreció sus condolencias después de que el archiduque Sergio fuera fusilado por los revolucionarios rusos.

Es el patriotismo el que ayudará al superasesino Porfirio Díaz (2) a segar miles de vidas en la Ciudad de México, o incluso a que los revolucionarios mexicanos sean arrestados en nuestro suelo y encerrados en cárceles estadounidenses, sin razón alguna.

El patriotismo no es para los que tienen riqueza y poder. Es un sentimiento que se aplica sólo al pueblo. Esto me recuerda la frase histórica de Federico el Grande, amigo íntimo de Voltaire: «La religión es un fraude, pero hay que mantenerla para las masas».

El patriotismo es una institución bastante cara y nadie lo dudará después de leer las siguientes estadísticas. El aumento del gasto en los principales ejércitos del mundo durante el último cuarto de siglo es tan meteórico que este hecho por sí solo debería hacer que cualquier persona con el más mínimo interés en cuestiones económicas se sentara y tomara nota. En el espa-

cio de 24 años, de 1881 a 1905, el gasto ha evolucionado de la siguiente manera:

Gran Bretaña: de 2.101.848.936 dólares a 4.143.226.885 dólares. Francia: de 3.324.500.000 a 3.455.109.900 dólares. Alemania: de 725.000.200 a 2.700.375.600 dólares. Estados Unidos: de 1.275.500.750 dólares a 2.650.900.450 dólares. Rusia: de 1.900.975.500 dólares a 5.250.445.100 dólares. Italia: 1.600.975.750 USD a 1.755.500.100 USD. Japón: de 182.900.500 a 700.925.475 dólares.

De 1881 a 1905, el gasto militar de Gran Bretaña se cuadruplicó, el de Estados Unidos se triplicó, el de Rusia se duplicó y el de Alemania, Francia y Japón aumentó en un 35, 15 y 500 por ciento respectivamente. Si comparamos los gastos militares de estas naciones con sus gastos totales durante este periodo de 24 años, el aumento es el siguiente:

La parte del gasto militar pasó del 20 al 37 % del presupuesto global en Gran Bretaña, del 15 al 23 % en Estados Unidos, del 16 al 18 % en Francia, del 12 al 15 % en Italia, del 12 al 14 % en Japón.

Por otra parte, es interesante observar que la proporción en Alemania disminuyó del 58 al 25 por ciento, debido al enorme aumento del gasto imperial en otras áreas, y al hecho de que el gasto militar para el perio-

do 1901-1905 fue proporcionalmente más alto que en cualquier periodo de cinco años anterior.

Las estadísticas muestran que los países en los que el gasto militar representó la mayor parte de la renta nacional total fueron, por orden, Gran Bretaña, Estados Unidos, Japón, Francia e Italia.

En cuanto a las armadas nacionales individuales, el aumento también es impresionante. De 1881 a 1905, los gastos navales aumentaron de la siguiente manera: Gran Bretaña, 300 %; Francia, 60 %; Alemania, 600 %; Estados Unidos, 525 %; Rusia, 300 %; Italia, 250 % y Japón, 700 %. Con la excepción de Gran Bretaña, Estados Unidos gasta más en su marina que cualquier otra nación; este gasto también representa una fracción mayor del presupuesto nacional que en cualquier otra potencia. De 1881 a 1905, el gasto naval de los Estados Unidos pasó de 6,2 dólares por cada 100 dólares gastados en el presupuesto del Estado, a 6,6 dólares, luego 8,1 dólares, 11,7 dólares y, finalmente, 16,4 dólares en el último periodo (1901-1905). Las cifras de gastos del periodo 1905-1910 mostrarán sin duda un crecimiento aún mayor.

El coste creciente del militarismo puede ilustrarse aún más si se calcula como un impuesto que afecta a todos los contribuyentes. De 1889 a 1905, en Gran

Bretaña, el gasto pasó de 18,47 dólares per cápita a 52,5; en Francia, de 19,66 a 23,62; en Alemania, de 10,17 a 15,51; en Estados Unidos, de 5,62 a 13,64; en Rusia, de 6,14 a 8,37; en Italia, de 9,59 a 11,24, y en Japón, de 86 céntimos a 3,11.

Estos cálculos muestran hasta qué punto el coste económico del militarismo pesa sobre la población. ¿Qué conclusión se puede sacar de estos datos? El aumento del presupuesto militar supera el crecimiento de la población en cada uno de los países mencionados. En otras palabras, las crecientes exigencias del militarismo amenazan con agotar los recursos humanos y materiales de cada una de estas naciones.

El horrible derroche de patriotismo debería ser suficiente para curar de esta enfermedad incluso a los hombres medianamente inteligentes. Sin embargo, las exigencias del patriotismo no terminan ahí. Al pueblo se le pide que sea patriótico, y por este lujo paga no apoyando a sus «defensores» sino sacrificando a sus propios hijos. El patriotismo exige una lealtad total a la bandera, lo que implica obediencia y la voluntad de matar al padre, la madre, el hermano o la hermana.

«Necesitamos un ejército permanente para proteger el país contra las invasiones extranjeras», dicen nuestros gobernantes. Todo hombre y mujer inteli-

gente sabe, sin embargo, que esto es un mito diseñado para asustar a la gente crédula para que obedezca. Los gobiernos de este planeta conocen perfectamente sus respectivos intereses y no se invaden mutuamente. Han aprendido que pueden ganar mucho más recurriendo al arbitraje internacional para resolver sus disputas que yendo a la guerra e intentando conquistar otros territorios. En realidad, como dijo Carlyle, «la guerra es una disputa entre dos ladrones demasiado cobardes para librar sus propias batallas; así que eligen a dos jóvenes de diferentes pueblos, les ponen un uniforme en la espalda, les dan un rifle y los sueltan como bestias salvajes para que se maten entre sí».

No hay que ser un científico de cohetes para encontrar la misma causa para todas las guerras. Por ejemplo, la guerra hispano-estadounidense, supuestamente un gran acontecimiento patriótico en la historia de Estados Unidos. ¡Cómo ardió nuestro corazón de indignación cuando nos enteramos de las atrocidades españolas! Reconozcámoslo, nuestra indignación no surgió espontáneamente. Fue alimentado por la prensa, durante meses y meses, y mucho después de que el carnicero Weyler (3) hubiera matado a muchos cubanos nobles y violado a muchas cubanas.

Sin embargo, hagamos justicia a la nación estadounidense: no sólo se levantó indignada y mostró su voluntad de luchar, sino que luchó con valentía. Sin embargo, cuando el humo se disipó, los muertos fueron enterrados y el coste de la guerra recayó sobre el pueblo en forma de aumento de los precios de los productos básicos y de los alquileres, cuando salimos de nuestra juega patriótica, nos dimos cuenta de repente de que la verdadera causa de la guerra hispano-estadounidense fue el precio del azúcar: o, para ser aún más explícitos, que las vidas, la sangre y el dinero del pueblo estadounidense se habían utilizado para proteger los intereses de los capitalistas estadounidenses, amenazados por el gobierno español.

No exagero en absoluto. Mi afirmación se basa en hechos y estadísticas indiscutibles, como también lo demuestra la actitud del gobierno estadounidense hacia los trabajadores cubanos. Cuando Cuba cayó en las garras de Estados Unidos, los soldados enviados a liberar Cuba recibieron la orden de disparar a los trabajadores cubanos durante la gran huelga de las fábricas de cigarros, que tuvo lugar poco después de la guerra hispanoamericana.

Y no somos los únicos que hacemos la guerra por estos motivos. Los verdaderos motivos de la terrible guerra ruso-japonesa, que tanta sangre y lágrimas costó, apenas comienzan a revelarse.

Y de nuevo vemos que detrás del cruel Moloch de la Guerra se encuentra el aún más cruel dios del Comercio. Kouropatkin, el Ministro de Guerra ruso durante este conflicto, ha revelado el verdadero secreto de las apariencias. El zar y sus grandes duques habían invertido dinero en las concesiones coreanas; impusieron la guerra sólo en interés de las fortunas que se acumulaban a un ritmo acelerado.

¿Es un ejército permanente la mejor manera de garantizar la paz? Este argumento es absolutamente ilógico: es como decir que el ciudadano más pacífico es el que está mejor armado. La experiencia demuestra que los individuos armados siempre quieren probar su fuerza. Lo mismo ocurre con los gobiernos. Los países verdaderamente pacíficos no movilizan sus recursos y energía en los preparativos de la guerra, evitando así el conflicto con sus vecinos.

Los que piden un aumento de los recursos del ejército y de la marina no piensan en ningún peligro exterior. Observan el crecimiento del descontento de las masas y del espíritu internacionalista entre los traba-

jadores. Esto es lo que realmente les preocupa. Es para enfrentarse a su enemigo interno que los gobernantes de varios países se están preparando ahora; un enemigo que, una vez despertado, resultará más peligroso que cualquier invasor extranjero.

Los poderosos que han esclavizado a las masas durante siglos han estudiado cuidadosamente su psicología. Saben que las personas en general son como niños cuya desesperación, pena y lágrimas pueden transformarse en alegría al ver un pequeño juguete. Y cuanto más bonito sea el juguete y más brillantes sean los colores, más atraerá a millones de niños.

El ejército y la marina son los juguetes del pueblo. Para hacerlas aún más atractivas y aceptables, se gastan cientos y miles de dólares para exhibirlas en todas partes. Este era el objetivo del gobierno americano cuando equipó una flota y la envió a recorrer la costa del Pacífico, para que todos los ciudadanos americanos pudieran estar orgullosos de los logros técnicos de Estados Unidos. La ciudad de San Francisco gastó cien mil dólares en la diversión de la flota, Los Ángeles sesenta mil, Seattle y Tacoma unos cien mil. Para entretener a la flota, ¿he dicho? Proporcionar buena comida y buen vino a unos pocos oficiales superiores mientras los «valientes» tenían que amotinarse para conseguir

una comida decente. Sí, se gastaron doscientos sesenta mil dólares en fuegos artificiales, espectáculos y festejos, en un momento en que miles de hombres, mujeres y niños de todo el país se morían de hambre en las calles, en un momento en que cientos de miles de desempleados estaban dispuestos a vender sus puestos de trabajo a cualquier precio.

¡Doscientos sesenta mil dólares! ¡Lo que se podría haber logrado con una suma tan grande! Pero en lugar de darles un techo y alimentarlos adecuadamente, los niños de estos pueblos fueron llevados a ver las maniobras de la flota, porque este espectáculo, como dijo un periodista, dejará «un recuerdo inefable en sus mentes».

Qué maravilloso recuerdo, ¿verdad? Todos los ingredientes para una masacre civilizada. Si las mentes de los niños están intoxicadas por tales recuerdos, ¿qué esperanza hay para el advenimiento de la verdadera hermandad humana?

Los estadounidenses decimos ser amantes de la paz. Se dice que odiamos el derramamiento de sangre, que nos oponemos a la violencia. Y sin embargo, saltamos de alegría cuando oímos que las máquinas voladoras podrán lanzar bombas llenas de dinamita sobre ciudadanos indefensos. Estamos dispuestos a colgar, electro-

cutar o linchar a cualquiera que, movido por la necesidad económica, arriesgue su propia vida en un atentado contra la vida de un magnate industrial. Sin embargo, nuestros corazones se hinchan de orgullo al pensar que Estados Unidos se convertirá en la nación más poderosa de la tierra, aplastando a otras naciones con su talón de hierro.

Esta es la lógica del patriotismo.

Si el patriotismo perjudica al hombre común, padece en comparación con el daño y la lesión que inflige al propio soldado, ese hombre engañado, víctima de la superstición y la ignorancia. ¿Qué ofrece el patriotismo al salvador de su país, al protector de su nación? Una vida de esclavitud sumisa, de depravación durante la paz; una vida de peligro, de riesgo mortal y de muerte durante la guerra.

En un reciente viaje de lectura por San Francisco, visité el Presidio, un lugar maravilloso con vistas a la bahía y al parque Golden Gate que podría tener zonas de juego para los niños, jardines y orquestas para entretener a la gente. En su lugar, construyeron un cuartel de edificios grises y lúgubres en los que los ricos no dejaban dormir ni a sus perros.

En estos miserables barracones se hacían los soldados como si fueran ganado; pierden su tiempo y su

juventud puliendo las botas y los botones de sus oficiales superiores. Allí también pude observar las diferencias de clase: los robustos hijos de una República libre, dispuestos en fila como prisioneros, están obligados a saludar cada vez que un gallardo enano pasa frente a ellos. ¡Ah! ¡Cómo la igualdad americana degrada la humanidad y exalta el uniforme!

La vida en el barracón tiende a desarrollar la perversión sexual (4). Poco a poco está dando resultados similares en los ejércitos europeos. Havelock Ellis, reconocido especialista en psicología sexual, ha realizado un estudio detallado sobre este tema.

«Algunos cuarteles son verdaderos burdeles para los hombres que se prostituyen... El número de soldados que quieren prostituirse es mucho mayor de lo que estamos dispuestos a admitir. En algunos regimientos la mayoría de los reclutas están dispuestos a venderse... En verano, los soldados de la Guardia Real y de otros regimientos son vistos comerciando desde última hora de la tarde en Hyde Park y en los alrededores de Albert Gate, no se esconden, algunos incluso pasean de uniforme. (...) El beneficio de estas actividades aporta una cómoda suma para reponer su escasa paga.

Esta perversión ha progresado en el ejército, hasta el punto de que se han creado casas especializadas en

esta forma de prostitución. Esta práctica no se limita a Inglaterra, sino que es universal. «Los soldados están tan solicitados en Francia como en Inglaterra o Alemania, y los burdeles especializados en prostitución militar existen tanto en París como en las ciudades de guarnición».

Si el Sr. Havelock Ellis hubiera investigado la perversión sexual en América, habría descubierto que la misma situación existe en nuestro ejército. El crecimiento de un ejército permanente sólo puede aumentar la extensión de la perversión sexual; los cuarteles son sus incubadoras.

Aparte de las deplorables consecuencias sexuales de la convivencia en los cuarteles, el ejército tiende a incapacitar al soldado para el trabajo cuando abandona sus filas. Los hombres cualificados rara vez se alistán, pero cuando lo hacen, tras unos años de experiencia militar, les resulta difícil volver a sus anteriores ocupaciones. Habiendo adquirido el gusto por la ociosidad, por ciertas formas de excitación y aventura, ninguna ocupación pacífica puede satisfacerlos. Liberados de sus obligaciones militares, se vuelven incapaces de realizar cualquier trabajo útil. Pero, por lo general, el reclutamiento se realiza principalmente entre la chusma o se ofrece a los presos que son liberados

con este fin. Aceptan para sobrevivir o porque se dejan llevar por sus inclinaciones criminales. Es bien sabido que nuestras cárceles están llenas de ex-soldados, mientras que por otro lado el ejército y la marina acogen a muchos ex-convictos. Estos individuos, cuando se acaba su tiempo, vuelven a su vida criminal anterior, incluso más violenta y depravada que antes.

De todos los fenómenos negativos que acabo de describir, ninguno me parece más perjudicial para la integridad humana que las consecuencias del patriotismo para el soldado Willam Buwalda. Como cometió la locura de creer que se podía ser soldado y seguir ejerciendo sus derechos como ser humano, las autoridades militares lo castigaron severamente. Es cierto que había servido a su país durante quince años, durante los cuales su historial había sido impecable.

Según el general Funston, que redujo la condena de Buwalda a tres años de prisión, «el primer deber de un oficial o de un soldado raso es obedecer ciega y lealmente al gobierno. Que apruebe o no el gobierno es irrelevante. Esta afirmación arroja luz sobre el verdadero carácter de la lealtad patriótica. Según el general Funston, alistarse en el ejército anula los principios de la Declaración de Independencia.

¡Qué extraño resultado consigue este patriotismo, que transforma a un ser pensante en una máquina leal!

Para justificar la escandalosa condena de Buwalda, el general Funston explicó a los estadounidenses que este soldado había cometido «un grave delito que equivale a traición». ¿Qué es esto exactamente? William Buwalda asistió a una reunión de 1.500 personas en San Francisco. Después de lo cual -¡oh horror! - estrechó la mano de la oradora: Emma Goldman. Un crimen terrible, en efecto, que el General Funston llama «un grave crimen militar, infinitamente más grave que la desertión».

¿Qué argumento más condenatorio se puede esgrimir contra el patriotismo que tachar a este hombre de criminal, meterlo en la cárcel y robarle el fruto de quince años de servicio leal?

Buwalda ha dado a su país los mejores años de su vida adulta. Pero nada de eso importa. Como todos los monstruos insaciables, el patriotismo inflexible exige una dedicación absoluta. No admite que un soldado es también un ser humano, que tiene derecho a sus propias opiniones y sentimientos, a sus propias inclinaciones e ideas. No, el patriotismo no lo admite. Buwalda tuvo que aprender esta lección, a un alto precio, pero no en vano. Cuando salió de la cárcel, había perdido su

puesto en el ejército, pero había recuperado su autoestima. Después de todo, eso vale tres años de prisión.

Un periodista publicó recientemente un artículo sobre el poder de los militares alemanes sobre los civiles. Cree, entre otras cosas, que si nuestra República no tuviera otra función que la de garantizar la igualdad de derechos a todos los ciudadanos, su existencia estaría ya plenamente justificada. Estoy convencido de que este periodista no estuvo en Colorado durante el régimen patriótico del general Ball. Probablemente habría cambiado de opinión si hubiera visto la forma en que, en nombre del patriotismo y de la República, se arrojaba a los hombres a las celdas comunales, y luego se les sacaba de ellas para llevarlos al otro lado de la frontera y someterlos a todo tipo de tratos indignos. Y el incidente de Colorado no es un hecho aislado en el desarrollo del poder militar en Estados Unidos. Rara vez se produce una huelga sin que el ejército o la milicia acudan en ayuda de los poseedores, y entonces estos hombres actúan con tanta arrogancia y brutalidad como los que llevan el uniforme del Kaiser. Además, tenemos la ley militar Dick. ¿Lo ha olvidado este periodista?

El gran problema de los periodistas es que suelen ignorar la actualidad o, por falta de honestidad, nunca

la mencionan. Y así, la Ley de la Polla Militar fue aprobada a toda prisa en el Congreso, sin ningún debate real ni cobertura de la prensa. Esta ley otorga al Presidente el derecho de convertir a un ciudadano pacífico en un asesino sanguinario, en teoría para defender a su país, en realidad para proteger los intereses del partido del que el Presidente es portavoz.

Nuestro periodista afirma que el militarismo nunca podrá adquirir tanto poder en América como en otros países, ya que no tenemos un reclutamiento obligatorio como en el Viejo Mundo. Este señor pasa por alto dos hechos muy importantes. En primer lugar, este reclutamiento ha creado en Europa un profundo odio contra el militarismo, un odio arraigado en todas las clases de la sociedad. Miles de jóvenes reclutas protestan en el momento de su alistamiento y, una vez en el ejército, suelen intentar, por todos los medios, desertar. En segundo lugar, nuestro periodista ignora que el servicio militar obligatorio ha creado un movimiento antimilitarista muy importante, que las potencias europeas temen más que nada. De hecho, el militarismo es el baluarte más fuerte del capitalismo. En cuanto se tambalee, el capitalismo se tambaleará sobre sus cimientos. Es cierto que en Estados Unidos no tenemos servicio militar obligatorio, los hombres no están obli-

gados a alistarse en el ejército, pero hemos desarrollado una fuerza mucho más exigente y rígida: la necesidad. Durante las crisis económicas, ¿no se dispara el número de alistados? Puede que la profesión militar no sea tan lucrativa u honorable como otras, pero ser soldado es mejor que vagar por el país buscando un trabajo, hacer cola en un comedor social o dormir en refugios nocturnos. Después de todo, un soldado recibe actualmente 13 dólares al mes, tres comidas al día y un lugar para dormir. Pero la necesidad no es un factor suficientemente fuerte para humanizar a los militares. No es de extrañar que nuestras autoridades militares se quejen de la «mala calidad» de los elementos que se alistan. Esta admisión es muy alentadora. Esto demuestra que el espíritu de independencia y el amor a la libertad siguen siendo lo suficientemente frecuentes entre los estadounidenses como para que prefieran morir de hambre antes que ponerse el uniforme.

Los hombres y mujeres pensantes del mundo están empezando a comprender que el patriotismo es un concepto demasiado estrecho y limitado para satisfacer las necesidades de nuestro tiempo. La centralización del poder ha creado un sentimiento internacional de solidaridad entre las naciones oprimidas del mundo, una solidaridad que revela una mayor comunidad

de intereses entre el obrero americano y sus hermanos de clase en el extranjero que entre un minero americano y su compatriota explotador, una solidaridad que no teme ninguna invasión extranjera, porque llevará a todos los obreros a decir un día a sus patronos: «Id y haceos matar, si queréis». Llevamos demasiado tiempo luchando por ti.

Esta solidaridad también despierta la conciencia de los soldados, que también forman parte de la gran familia humana. Esta solidaridad ha demostrado ser infalible más de una vez durante las luchas pasadas, y llevó a los soldados parisinos durante la Comuna de 1871 a negarse a obedecer cuando se les ordenó disparar a sus hermanos. Dio valor a los marineros que recientemente se amotinaron en los buques de guerra rusos. Y un día provocará el levantamiento de todos los oprimidos y la revuelta contra sus explotadores internacionales.

El proletariado europeo ha comprendido la gran fuerza de esta solidaridad y por ello ha iniciado una guerra contra el patriotismo y su espectro, el nihilismo. Miles de hombres llenan las cárceles de Francia, Alemania, Rusia y los países escandinavos porque se han atrevido a desafiar una superstición muy antigua. Y este movimiento no se limita a la clase obrera, sino que implica a todas las clases de la sociedad, siendo sus

principales portavoces hombres y mujeres eminentes en las artes, las ciencias y las letras.

Estados Unidos seguirá un día el mismo camino. El espíritu del militarismo ya está impregnado en todos los ámbitos de la vida social. Estoy convencido de que el militarismo se convertirá en un peligro mayor en Estados Unidos que en cualquier otra parte del mundo, porque el capitalismo sabe cómo corromper a quienes desea destruir.

El proceso ya está en marcha en las escuelas. Por supuesto, el gobierno defiende el viejo concepto jesuítico: «Dame la mente de un niño y la formaré». A los niños se les enseña el valor de las tácticas militares, se les habla de grandes victorias y se pervierten las mentes jóvenes en interés del gobierno. Además, se publican grandes carteles para animar a los jóvenes del país a alistarse. «¡Una oportunidad para viajar por el mundo!», gritan los chiflados del gobierno. Y así, los jóvenes inocentes son forzados moralmente al patriotismo y el Moloch militar sigue conquistando la nación.

Durante las huelgas, el trabajador estadounidense sufría terriblemente las intervenciones de los soldados, ya fueran enviados contra él por el estado local o por el gobierno federal. Por lo tanto, es natural que el trabajador desprecie a los parásitos uniformados y exprese su

oposición a ellos. Sin embargo, una simple diatriba no será suficiente para resolver este grave problema. Necesitamos una propaganda que eduque al soldado: una literatura antipatriótica que le haga conocer los verdaderos horrores de su profesión y le haga consciente de su relación con aquellos cuyo trabajo le permite existir. Esto es precisamente lo que más temen las autoridades. Un soldado que asiste a una reunión revolucionaria ya está cometiendo un delito de alta traición. Es seguro que también condenarán al mismo castigo al soldado que lea un panfleto revolucionario. ¿Acaso la autoridad no ha denunciado desde tiempos inmemoriales todo paso hacia el progreso como una traición? Los que luchan seriamente por la reconstrucción social son perfectamente capaces de llevar a cabo esta tarea, ya que probablemente sea más importante llevar el mensaje de la verdad a los cuarteles que a las fábricas.

Una vez que hayamos desenmascarado la mentira patriótica, habremos allanado el camino para el advenimiento de la gran estructura en la que todas las nacionalidades se unirán en hermandad universal: una sociedad verdaderamente libre.»

Capítulo 6: Francisco Ferrer y la Escuela Moderna

La experiencia ha llegado a ser considerada como la mejor escuela de la vida. El hombre o la mujer que no aprende las lecciones fundamentales en esta escuela es considerado un tonto. Sin embargo, curiosamente, aunque las instituciones sigan perpetuando los errores, sin aprender nada de la experiencia, seguimos consintiéndolo.

En Barcelona vivía y trabajaba un hombre llamado Francisco Ferrer. Fue un maestro de niños en su profesión, reconocido y querido por sus compatriotas. Fuera de España, sólo unas pocas personas cultas conocían su obra. Para el mundo, este maestro no existía.

El 1 de septiembre de 1909, el gobierno español - bajo las órdenes de la Iglesia Católica- detuvo a Fran-

cisco Ferrer. El trece de octubre, tras un simulacro de juicio, fue colocado en un foso de la prisión de Montjuich, inmovilizado contra una horrible pared que fue testigo de muchas visiones de horror, y fusilado. Al instante, Ferrer, el oscuro profesor, se convirtió en una figura universal, despertando la indignación de todo el mundo civilizado contra este asesinato sin sentido.

El asesinato de Francisco Ferrer no fue el primer crimen cometido por el gobierno español y la Iglesia Católica. La historia de estas instituciones es un largo río de fuego y sangre. Todavía no han aprendido de la experiencia, ni se han dado cuenta de que cada frágil ser humano asesinado por la Iglesia y el Estado se convierte en un poderoso gigante que un día liberará a la humanidad de su peligroso abrazo.

Francisco Ferrer nació en 1859 de padres de origen humilde. Eran católicos y, por tanto, esperaban educar a su hijo en la misma fe. Poco sabían que el niño se convertiría en el heraldo de una gran verdad, que su mente se negaría a seguir el camino trillado. Muy pronto, Ferrer empezó a cuestionar la fe de sus padres. Quería saber por qué este Dios, que le hablaba de bondad y amor, perturbaba el sueño de su inocente hijo con terrores de tortura, sufrimiento e infierno. Despierto, y con una mente viva y curiosa, no tardó en descubrir el

espantoso aspecto de este oscuro monstruo, la Iglesia católica. No quería oír hablar de ello.

Francisco Ferrer no sólo era un escéptico, un buscador de la verdad; también era un rebelde. Su espíritu se levantó con justa indignación contra el férreo régimen de su país, y cuando una banda de rebeldes, dirigida por el valiente patriota, el general Villacampa, bajo la bandera del ideal republicano, atacó ese régimen, no hubo luchador más ardiente que el joven Francisco Ferrer. El ideal republicano, que espero que nadie confunda con el republicanismo en este país. Cualquiera que sean las objeciones que tenga, como anarquista, a los republicanos de los países latinos, sé que son superiores al partido corrupto y reaccionario que en América está destruyendo todo vestigio de libertad y justicia. Basta pensar en Mazzini, en Garibaldi y en otros muchos para darse cuenta de que sus esfuerzos no sólo se dirigían al derrocamiento del despotismo, sino especialmente contra la Iglesia católica, que, desde sus orígenes, ha sido enemiga de todo progreso y liberalismo.

En Estados Unidos ocurre lo contrario. El republicanismo apoya los intereses creados, el imperialismo, la corrupción y la supresión de cualquier apariencia de libertad. Su ideal es la melosa y aterradora respe-

tabilidad de un McKinley y la brutal arrogancia de un Roosevelt.

Los rebeldes republicanos españoles han sido derrotados. Fue necesario más de un valiente intento para partir la roca del tiempo, para cortar la cabeza de esa monstruosa hidra, la Iglesia católica y el trono español. Detenciones, persecuciones y castigos siguieron al heroico intento de la pequeña banda. Los que escaparon del baño de sangre tuvieron que huir a tierras extranjeras por su seguridad. Francisco Ferrer estaba entre estos últimos. Se fue a Francia.

¡Cómo debe haberse desarrollado su espíritu en esta nueva tierra! Francia, cuna de la libertad, de las ideas, de la acción. París, el siempre joven y ardiente París, con su vida palpitante después de la penumbra de su país atrasado, – cómo debe haberle inspirado. Qué oportunidades, qué maravillosa suerte para un joven idealista.

Francisco Ferrer no perdió el tiempo. Se lanzó a los distintos movimientos liberales como un muerto de hambre, conoció a todo tipo de gente, aprendió, asimiló y maduró. Allí también vio en acción la École Moderne, que iba a desempeñar un papel tan importante y fatal en su vida.

La École Moderne en Francia se creó mucho antes de la época de Ferrer. Su iniciadora, aunque a pequeña escala, fue la maravillosa Louise Michel. Consciente o inconscientemente, nuestro gran Louise había pensado mucho antes que el futuro pertenecía a la generación más joven; que si no se salvaba a la juventud del espíritu destructivo de la escuela burguesa, los males sociales seguirían existiendo. Tal vez pensó, como Ibsen, que la atmósfera está saturada de fantasmas, que el hombre y la mujer adultos tienen tantas supersticiones que superar. Nada más escapar de las garras mortales de un fantasma, vuelven a caer bajo las garras de otros noventa y nueve. Luego, pocos alcanzan la cima de la regeneración completa.

Pero el niño no tiene tradiciones que superar. Su mente no está abarrotada de ideas preconcebidas, su corazón no se ha vuelto insensible con las discriminaciones de clase y casta. El niño es para el profesor lo que la arcilla es para el escultor. Que el mundo reciba una obra de arte o una triste imitación depende en gran medida del poder creativo del maestro.

Louise Michel estaba especialmente calificada para comprender los deseos de los niños. ¿No tenía ella misma un carácter infantil, tan suave y tierno, sencillo y generoso? Su mente estaba marcada por todas las

injusticias sociales. Siempre que el pueblo de París se rebelaba contra cualquier injusticia, se ponía en primera fila. Y como tuvo que sufrir la cárcel por su gran devoción a los oprimidos, la escuelita de Montmartre pronto dejó de existir. Pero la semilla se había sembrado y desde entonces había dado sus frutos en muchas ciudades de Francia.

La aventura más importante de la École Moderne fue la iniciativa de un gran hombre, viejo pero joven de espíritu, Paul Robin, que, con unos pocos amigos, había fundado una gran escuela en Cempuis, un hermoso lugar cerca de París. Paul Robin aspiraba a un ideal más elevado que las ideas meramente modernas de la educación. Quería demostrar con hechos concretos que la concepción burguesa de la herencia era un mero pretexto para liberar a la sociedad de sus terribles crímenes contra la juventud. La afirmación de que el niño debe sufrir por los males de sus padres, que debe permanecer en la suciedad y la pobreza, que debe convertirse en un borracho o en un criminal sólo porque sus padres no le dejaron otra herencia, era demasiado absurda para la bondad de Paul Robin. Creía que, independientemente del papel que pudiera desempeñar la herencia, había otros factores igualmente importantes, si no más, que podían erradicar, y lo harían, la lla-

mada causa principal: un entorno social y económico adecuado, la inspiración y la libertad de la naturaleza, el ejercicio saludable, el amor y la empatía y, sobre todo, una profunda comprensión de las necesidades del niño, destruirían las crueles, injustas y criminales marcas de infamia impuestas al joven inocente.

Paul Robin no seleccionó a sus alumnos; no acudió a los llamados mejores padres: tomó su material de donde lo encontró. En la calle, en los tugurios, en los orfanatos, en los hogares de expósitos, en los reformatorios, en todos esos lugares grises y horribles donde una sociedad benévola esconde a sus víctimas para apaciguar el remordimiento de su conciencia. Reunió a todos los niños abandonados temblorosos, sucios y mugrientos que el lugar podía albergar y los llevó a Cempuis. Allí, rodeados por el esplendor de la naturaleza, libres y sin restricciones, bien alimentados, limpios, profundamente amados y comprendidos, las pequeñas plantas humanas comenzaron a crecer, a florecer, a desarrollarse más allá de las expectativas de su amigo y maestro, Paul Robin.

Los niños se convertían en hombres y mujeres autónomos y amantes de la libertad. ¿Qué mayor peligro puede haber para que las instituciones que producen pobres perpetúen la pobreza? El Cempuis fue clausu-

rado por el gobierno francés bajo la acusación de co-educación, prohibida en Francia. Pero el Cempuis funcionó el tiempo suficiente para demostrar a todos los educadores progresistas su fantástico potencial y para servir de impulso a los métodos educativos modernos que están socavando lenta pero inexorablemente el sistema actual.

A Cempuis le siguieron muchas otras experiencias educativas, entre ellas las de Madeleine Vernet,¹ poeta y escritora de talento, autora de *L'Amour Libre*, y Sébastien Faure, con *La Ruche*, que visité durante mi estancia en París en 1907.

Hace varios años, el camarada Faure compró el terreno en el que construyó *La Colmena*. En un tiempo relativamente corto consiguió transformar esta tierra antes salvaje y sin cultivar en un lugar floreciente con todas las apariencias de una granja bien cuidada. Un gran patio cuadrado rodeado de tres edificios y un amplio camino de entrada que conduce al jardín y a los huertos llaman la atención del visitante. El huerto, cuidado como sólo un francés puede hacerlo, proporciona a *La Ruche* una gran variedad de verduras.

¹ *La Colmena*.

Sébastien Faure cree que si un niño está sometido a influencias conflictivas, su desarrollo se resiente. Sólo cuando las necesidades materiales están cubiertas, cuando la higiene del hogar y el entorno intelectual son satisfactorios, el niño puede desarrollarse como un ser libre y sano.

Refiriéndose a su escuela, Sébastien Faure dijo:

«He acogido a veinticuatro niños de ambos sexos, la mayoría huérfanos o cuyos padres eran demasiado pobres para pagar. Se les viste, se les aloja y se les educa a mi costa. Hasta el duodécimo año, recibirán una sólida educación elemental. Entre los trece y los quince años -mientras continúan sus estudios- aprenderán una profesión relacionada con sus disposiciones y aptitudes personales. Después, son libres de salir de La Colmena para empezar su vida fuera, con la seguridad de que pueden volver en cualquier momento y ser recibidos y acogidos con los brazos abiertos, como harían los padres con sus queridos hijos. Entonces, si desean trabajar allí, pueden hacerlo bajo las siguientes condicio-

nes: Un tercio del producto de su trabajo se destina a cubrir sus gastos; otro tercio va al fondo común previsto para la acogida de nuevos niños y el último tercio se dedica a sus usos personales.

«La salud de los niños a mi cargo en la actualidad es perfecta. El aire fresco, la rica alimentación, el ejercicio físico al aire libre, los largos paseos, la observancia de las normas de higiene, un interesante método de instrucción durante cortos períodos y, sobre todo, nuestra comprensiva y cariñosa atención a los niños han producido resultados admirables tanto física como intelectualmente.

«Sería un error decir que nuestros alumnos han hecho maravillas, pero teniendo en cuenta que pertenecen a la media, sin haber tenido ninguna oportunidad antes, los resultados son realmente muy gratificantes. Lo más importante que han adquirido -un rasgo raro en los escolares corrientes- es el amor al estudio, el deseo de aprender, de estar informados. Han

aprendido una nueva forma de trabajar, que agiliza la memoria y estimula la imaginación. Hacemos un esfuerzo especial para despertar el interés del niño por su entorno, para concienciarle de la importancia de la observación, la investigación y la reflexión, para que cuando los niños lleguen a la madurez no sean sordos y ciegos a las cosas que les conciernen. Nuestros hijos nunca aceptan nada con fe ciega, sin buscar el por qué y el cómo; y sólo se sienten satisfechos cuando sus preguntas reciben una respuesta precisa. Entonces sus mentes se ven libres de la duda y el miedo resultantes de las respuestas falsas o incompletas; son éstas las que pervierten el desarrollo del niño y crean una falta de confianza.

«Es increíble lo sinceros, amables y cariñosos que son nuestros pequeños con los demás. La armonía entre ellos y los adultos de The Hive es muy alentadora. Nos sentiríamos culpables si los niños nos temieran o nos respetaran sólo

porque somos sus mayores. No dejamos ninguna piedra sin remover para ganar su confianza y su amor; una vez conseguido esto, la comprensión sustituirá al deber, la confianza al miedo y el afecto a la severidad.

«Nadie se ha dado cuenta todavía del peso de la simpatía, la bondad y la generosidad que se esconden en el alma del niño. El esfuerzo de todo verdadero educador debe ser liberar este tesoro para estimular los impulsos del niño y apelar a sus mejores y más nobles tendencias. ¿Hay alguna recompensa mayor para aquellos cuyo trabajo en la vida es vigilar el crecimiento de la planta humana que ver cómo su naturaleza despliega sus pétalos y la ve desarrollarse en una verdadera individualidad? Mis compañeros de la Colmena no buscan mayor recompensa, y es a ellos y a sus esfuerzos, más que a los míos, a quienes nuestro jardín humano promete dar hermosos frutos»².

² *Mother Earth*, 1907.

En cuanto a la historia y los antiguos métodos educativos imperantes, Sébastien Faure dijo:

«Explicamos a nuestros hijos que la verdadera historia aún está por escribir: la historia de los que murieron, anónimamente, en el esfuerzo por ayudar a la humanidad a alcanzar una mayor plenitud»³.

Francisco Ferrer no pudo escapar a esta gran oleada de experiencias sobre la Escuela Moderna. Vio su potencial, no sólo en la teoría sino también en sus aplicaciones prácticas para las necesidades de la vida cotidiana... Debió darse cuenta de que España, más que ningún otro país, necesitaba precisamente este tipo de escuela si quería librarse del doble yugo de los curas y los soldados.

Si tenemos en cuenta que todo el sistema educativo de España está en manos de la Iglesia católica, y si recordamos, además, el lema de la Iglesia: «Inculcar el catolicismo en la mente del niño hasta los nueve años es prohibirle para siempre cualquier otra idea», comprenderemos la formidable tarea de Ferrer de lle-

³ Ibid.

var una nueva luz a su pueblo. El destino pronto le ayudó a realizar su gran sueño.

La señorita Meunier, partidaria de Francisco Ferrer, y una dama adinerada, se había interesado por la Escuela Moderna. Al morir, legó a Ferrer algunos bienes valiosos y doce mil francos de renta anual para la escuela.

Se dice que las mentes maliciosas no pueden concebir más que ideas maliciosas. Si esto es así, se pueden explicar fácilmente los despreciables métodos de la Iglesia Católica para ridiculizar la persona de Ferrer, con el fin de justificar su propio crimen. Así que la mentira de que Ferrer utilizaba su intimidad con la señorita Meunier para sacarle dinero se difundió en la prensa católica estadounidense.

Personalmente, considero que la intimidad de cualquier tipo entre un hombre y una mujer es sagrada y es asunto suyo. Así que no perdería el tiempo con este tema si no fuera una de las muchas mentiras que circulan sobre Ferrer. Por supuesto, quienes conocen la pureza del clero católico entenderán la insinuación. ¿Los sacerdotes católicos consideraron alguna vez a las mujeres como algo más que una mercancía sexual? Los documentos históricos descubiertos en claustros y monasterios me apoyan en esta idea. ¿Cómo pueden en-

tonces entender la cooperación entre un hombre y una mujer si no es sobre una base sexual?

En realidad, la señorita Meunier era mucho mayor que Ferrer. Habiendo pasado su infancia y adolescencia con un padre avaro y una madre sumisa, podía apreciar fácilmente la necesidad de amor y alegría en la vida de un niño. Debió darse cuenta de que Francisco Ferrer era un educador, no una máquina de hacer escuelas, no un fabricante de diplomas, sino alguien con un don para esta vocación.

Equipado con sus conocimientos, su experiencia y los medios económicos necesarios, sobre todo, imbuido del fuego divino de su misión, nuestro compañero regresó a España y comenzó allí su vida de trabajo. El 9 de septiembre de 1901 se inauguró la primera Escuela Moderna. Fue acogida con entusiasmo por los barceloneses, que le prometieron su apoyo. En un breve discurso en la inauguración de la escuela, Ferrer presentó su programa a sus amigos. Dijo:

«No soy un orador, ni un propagandista, ni un luchador, soy un maestro; amo a los niños más que nada. Creo que los entiendo. Quiero que mi contribución a la causa de la libertad sea una generación joven preparada para entrar en una nueva era.

Sus amigos le advirtieron que tuviera cuidado en su oposición a la Iglesia Católica. Sabían hasta dónde era capaz de llegar para deshacerse de un enemigo. Ferrer también lo sabía. Pero, como Brand, creía en el todo o nada. No construiría la Escuela Moderna sobre la misma mentira de siempre. Sería franco, honesto y abierto con los niños.

Francisco Ferrer se convirtió en un hombre a batir. Desde el primer día de apertura de la escuela, fue espiado. La escuela estaba vigilada, su pequeña casa en Mangat estaba vigilada. Le seguían a cada paso, incluso cuando iba a Francia o Inglaterra a hablar con sus colegas. Era un hombre al que había que disparar y sólo era cuestión de tiempo que su enemigo espía apretara la soga.

Estuvo a punto de conseguirlo en 1906, cuando Ferrer fue implicado en el atentado contra Alfonso. Las pruebas que le exoneraban eran demasiado claras incluso para los cuervos negros⁴; tuvieron que dejarle libre, aunque no de forma permanente. Esperaron. Oh, pueden esperar cuando están a punto de atrapar a una víctima.

⁴ Los cuervos negros: El clero católico.

El momento llegó finalmente, durante el levantamiento antimilitar en España en julio de 1909. En vano se buscará en los anales de la historia revolucionaria una demostración más notable contra el militarismo. Después de haber sido soldados forzados durante siglos, el pueblo español ya no podía soportar este yugo. Se negarían a participar en masacres inútiles. No veían ninguna razón para ayudar a un gobierno despótico a subyugar y oprimir a un pequeño pueblo que luchaba por su independencia, como hacían las valientes tribus del Rif. No, no se levantarían en armas contra ellos.

Durante mil ochocientos años, la Iglesia Católica ha predicado el evangelio de la paz. Pero cuando el pueblo quiso realmente hacer de este evangelio una realidad viva, presionó a las autoridades para que les obligaran a portar armas. Así que la dinastía española siguió los métodos asesinos de la dinastía rusa: obligar al pueblo a ir al campo de batalla.

Entonces, y sólo entonces, se agotó su capacidad de resistencia. Entonces, y sólo entonces, los trabajadores españoles se volvieron contra sus amos, contra aquellos que, como sanguijuelas, habían drenado sus fuerzas, sus vidas, su sangre. Sí, atacaron a las iglesias y a los sacerdotes, y aunque tuvieran mil vidas, nunca

podrían pagar los terribles atropellos y crímenes cometidos contra el pueblo español.

Francisco Ferrer fue detenido el 1 de septiembre de 1909. Hasta el 1 de octubre, sus amigos y compañeros ni siquiera sabían qué había sido de él. Ese día, el periódico L'Humanité recibió una carta en la que se revelaba la caricatura del juicio. Y al día siguiente, su compañera, Soledad Villafranca, recibió la siguiente carta:

«No hay razón para preocuparse; ya sabes, soy totalmente inocente. Hoy estoy especialmente optimista y feliz. Esta es la primera vez que he podido escribirte desde mi detención, y he podido disfrutar del sol que entra generosamente por la ventana de mi celda. Tú también debes ser feliz.

Es patético que Ferre creyera, hasta el 4 de octubre, que no sería condenado a muerte. Más patético aún es el hecho de que sus amigos y compañeros cometieran el error de atribuir al enemigo un sentido de la justicia. Una y otra vez, depositaron su fe en los tribunales, sólo para ver cómo sus hermanos eran asesinados ante sus ojos. No estaban dispuestos a salvar a Ferrer, ni siquiera una protesta de ningún tipo; nada.

«¿Por qué? Es imposible condenar a Ferrer; es inocente.

Pero todo es posible con la Iglesia Católica. ¿No es un alma condenada con experiencia, cuyos juicios a sus enemigos son las peores parodias de la justicia?

El 4 de octubre Ferrer envió la siguiente carta a L'Humanité:

«Celda de la prisión, 4 de octubre de 1909.

«Mis queridos amigos... A pesar de mi absoluta inocencia, el fiscal pide la pena de muerte, basándose en las denuncias de la policía, presentándose como el líder de los anarquistas en el mundo, dirigiendo los sindicatos en Francia, y culpable de conspiraciones e insurrecciones en todas partes, declarando que mis viajes a Londres y París no han tenido otro objeto que estos.

«Intentan asesinarme con mentiras tan infames.

«El mensajero está a punto de irse y no tengo tiempo de decir más. Todas las pruebas presentadas al juez de ins-

trucción por la policía no son más que un tejido de mentiras e insinuaciones calumniosas. Pero no habiendo hecho nada en absoluto, no hay pruebas contra mí..

«FERRER».

El 13 de octubre de 1909, el corazón de Ferrer, tan valiente, tan devoto, tan leal, se silenció. ¡Pobrecitos! Apenas se apagó el último latido agonizante de ese corazón, comenzó a latir cien veces más en los corazones del mundo civilizado, hasta convertirse en un tremendo rugido, lanzando su maldición a los instigadores de este siniestro crimen. ¡Asesinos vestidos de negro y de aspecto piadoso, suban al estrado!

¿Participó Francisco Ferrer en el levantamiento contra los militares? Según la primera acusación, publicada en un periódico católico de Madrid y firmada por el obispo y todos los prelados de Barcelona, ni siquiera se le acusó de participar. La acusación era que Francisco Ferrer era culpable de organizar escuelas ateas y de hacer circular literatura atea. Pero, en el siglo XX, los hombres no pueden ser quemados sólo por sus opiniones ateas. Había que inventar

algo más; de ahí la acusación de haber organizado el levantamiento.

En ninguna fuente auténtica examinada hasta ahora se puede encontrar evidencia de la conexión de Ferrer con el levantamiento. Pero, en cualquier caso, las autoridades no pidieron ni aceptaron ninguna prueba. Es cierto que había setenta y dos testigos, pero sus testimonios fueron todos en papel. Nunca se enfrentaron a Ferrer, ni él a ellos.

¿Es psicológicamente posible que Ferrer participara? Yo creo que no, y aquí están mis razones. Francisco Ferrer no sólo fue un gran educador, sino también, sin duda, un magnífico organizador. En ocho años, entre 1901 y 1909, organizó 109 escuelas en España y animó a la comunidad liberal de su país a fundar otras 108. En relación con su trabajo, Ferrer equipó una moderna imprenta, creó un equipo de traductores y distribuyó ciento cincuenta mil ejemplares de obras científicas y sociológicas modernas, además de una gran cantidad de libros de texto racionalistas. Nadie más que el organizador más metódico y eficiente podría haber logrado tal hazaña.

Por otra parte, ha quedado ampliamente demostrado que el levantamiento contra los militares no estaba organizado en absoluto; que sorprendió al propio pue-

blo, como muchas oleadas revolucionarias en situaciones anteriores. Los barceloneses, por ejemplo, tuvieron el control de su ciudad durante cuatro días y, según el testimonio de los turistas, nunca había reinado un orden y una paz mayores. El pueblo estaba tan poco preparado que cuando llegó el momento no supo qué hacer. En este sentido, eran como el pueblo de París durante la Comuna de 1871. Ellos tampoco estaban preparados. Mientras pasaban hambre, protegían los almacenes llenos hasta los topes de provisiones. Colocaron centinelas para vigilar la Banque de France, donde la burguesía guardaba su dinero robado. Los trabajadores de Barcelona también vigilaban el botín de sus amos.

¡Qué patética es la estupidez de los perdedores; qué terriblemente trágica! ¿Pero no estaban sus grilletes forjados tan profundamente en su carne que no podrían romperlos aunque quisieran? El miedo a la autoridad, a la ley, a la propiedad privada, ha consumido sus mentes cientos de veces – ¿cómo podrían deshacerse de él, de repente, sin estar preparados?

¿Quién puede concebir por un momento que un hombre como Ferrer se asocie a una acción tan espontánea y desorganizada? ¿No habría sabido que eso llevaría a la derrota, una derrota desastrosa para el pue-

blo? ¿Y no es más probable que, si él, el experimentado empresario, hubiera participado, hubiera organizado cuidadosamente la acción? Si faltaran todas las demás pruebas, este factor bastaría por sí solo para exonerar a Francisco Ferrer. Pero hay otros, igualmente convincentes.

El mismo día de la insurrección, el 25 de julio, Ferrer había organizado una conferencia con sus profesores y los miembros de la Liga para la Educación Racional. Se trata de revisar el trabajo del otoño y, en particular, la publicación de la importante obra de Elisée Reclus, *El hombre y la tierra*, y de Pierre Kropotkin, *La gran revolución*. ¿Es posible, es plausible, que Ferrer, al tanto de la sublevación, haya invitado a sangre fría a sus amigos y colegas a Barcelona en un día en que sus vidas corrían peligro? Sólo la mente criminal y viciosa de un jesuita podría concebir un asesinato tan deliberado.

Francisco Ferrer había planeado el trabajo de su vida; tenía todo que perder y nada que ganar, excepto la ruina y el desastre, ayudando al levantamiento. No es que dudara de la legitimidad de la rabia del pueblo, pero su trabajo, su esperanza, su propia naturaleza, se dirigía hacia otro objetivo.

Los frenéticos esfuerzos de la Iglesia católica, sus mentiras, su deshonestidad, sus calumnias, fueron en vano. Queda condenada por la conciencia humana despierta por haber repetido, una vez más, los innobles crímenes del pasado.

A Francisco Ferrer se le acusa de enseñar a los niños las ideas más terribles: odiar a Dios, por ejemplo. ¡Horror! Francisco Ferrer no creía en la existencia de un Dios. ¿Por qué enseñar a los niños a odiar algo que no existe? Es más probable que llevara a los niños al exterior, les mostrara el esplendor de la puesta de sol, el brillo del cielo estrellado, el imponente milagro de las montañas y los mares; que les explicara, a su manera directa y sencilla, la ley del desarrollo, de la evolución de la interrelación de toda la vida. Al hacerlo, hizo imposible que las malas semillas venenosas de la Iglesia católica arraigaran en las mentes de los niños para siempre.

Se ha dicho que Ferrer estaba preparando a los niños para destruir a los ricos. Historias de fantasmas para solteronas. ¿No es más probable que los preparara para ayudar a los pobres? Que les enseñara la humillación, la decadencia, el horror de la pobreza, que es un vicio y no una virtud; que les enseñara la dignidad y la importancia de todos los actos creativos, que son

los únicos que sostienen la vida y construyen la personalidad. ¿No es ésta la mejor y más eficaz manera de poner de manifiesto la absoluta inutilidad y el trauma del parasitismo?

Por último, se acusa a Ferrer de haber socavado el ejército inculcando ideas antimilitaristas. ¿De verdad? Debió creer, con Tolstoi, que la guerra es un crimen legal, que perpetúa el odio y la arrogancia, que devora los corazones de las naciones y las convierte en lunáticos delirantes.

Sin embargo, tenemos las propias palabras de Ferrer sobre sus ideas acerca de la educación moderna:

«Quisiera llamar la atención de mis lectores sobre esta idea: todo el valor de la educación reside en respetar la voluntad física, intelectual y moral del niño. Así como en la ciencia no es posible ninguna demostración al margen de los hechos, del mismo modo no hay verdadera educación que no esté libre de dogmatismo, que no deje la dirección de su esfuerzo al propio niño y que no se limite a ayudarlo a hacerlo. Pero no hay nada más fácil que desvirtuar este objetivo y nada más difícil que respe-

tarlo. La educación siempre impone, viola, constriñe; el verdadero educador es el que mejor puede proteger al niño contra sus propias ideas (del maestro), sus propios caprichos; el que mejor puede apelar a las propias energías del niño.

«Estamos convencidos de que la educación del futuro será de naturaleza totalmente espontánea; aún no podemos darnos cuenta de ello, pero la evolución de los métodos hacia una mayor comprensión del fenómeno de la vida, y el hecho de que todo progreso hacia la perfección requiere la superación de las limitaciones, todo ello indica que tenemos razón al esperar la liberación del niño a través de la ciencia.

«No tengamos miedo de decir que queremos hombres capaces de evolucionar constantemente, capaces de destruir y reconstruir su entorno, de renovarse también a sí mismos; hombres cuya independencia intelectual sea su mayor fuerza, que no les ate a nada, siempre

dispuestos a aceptar lo mejor, felices ante el triunfo de las nuevas ideas, que aspiren a vivir muchas vidas en una sola. La sociedad teme a estos hombres; no debemos esperar, por tanto, que quiera una educación que pueda ofrecernos esto.

«Seguiremos el trabajo de los científicos que estudian al niño con la mayor atención, y buscaremos con entusiasmo la forma de aplicar sus experimentos a la educación que deseamos construir, en dirección a una liberación aún más completa del individuo. Pero, ¿cómo podemos lograr nuestro objetivo? ¿No podría ser poniéndose a trabajar de inmediato para promover la creación de nuevas escuelas, que se regirán en lo posible por el espíritu de libertad que creemos que dominará toda la labor educativa en el futuro?

«Se ha realizado un ensayo que, por el momento, ya ha dado excelentes resultados. Podemos destruir todo lo que en la escuela actual se basa en la organización de la coacción, el entorno artificial que separa a

los niños de la vida y la naturaleza, la disciplina moral e intelectual utilizada para imponerles ideas prefabricadas, las creencias que corrompen y aniquilan sus inclinaciones naturales. Sin miedo a la decepción, podemos devolver al niño el entorno que le atrae, el entorno de la naturaleza en el que estará en contacto con todo lo que ama y en el que las huellas de la vida sustituirán a los tediosos libros de texto. Si no hacemos nada más, ya habremos preparado gran parte de la liberación del niño.

«En estas condiciones, ya podríamos aplicar libremente los datos científicos y trabajar con mayor eficacia.

«Sé perfectamente que tal vez no alcancemos todas nuestras esperanzas, que nos veremos obligados, por falta de conocimientos, a emplear métodos indeseables; pero una certeza nos sostendrá en nuestros esfuerzos, a saber, que aun sin alcanzar completamente nuestra meta, haremos más y mejor en nuestra imperfecta labor que la escuela actual.

Amo la libre espontaneidad del niño que no sabe nada, más que la deformidad intelectual de un niño sometido a nuestro actual sistema educativo»⁵.

Si Ferrer hubiera organizado realmente los disturbios, si hubiera luchado en las barricadas, si hubiera lanzado cien bombas, no habría sido tan peligroso para la Iglesia católica y para el despotismo como lo fue con su rechazo a la disciplina y a la coacción. La disciplina y la coacción, ¿no están detrás de todos los males del mundo? La esclavitud, el sometimiento, la pobreza, toda la miseria, toda la injusticia social, provienen de la disciplina y la coacción. Ferrer era peligroso, sin duda. Así moriría, el 19 de octubre de 1909, en una zanja de Montjuich. Sin embargo, ¿quién se atreverá a decir que su muerte fue en vano? Ante el revuelo de la indignación universal: Italia nombrando calles en memoria de Francisco Ferrer; Bélgica lanzando un movimiento para erigir un monumento; Francia llamando a sus hombres más ilustres al frente para continuar el legado del mártir; Inglaterra siendo el primer país en publicar una biografía: todos los países se unieron en la

⁵ *Mother Earth*, diciembre de 1909.

prosecución de la gran obra de Francisco Ferrer; incluso América, siempre atrasada en las ideas progresistas, ha dado origen a la Asociación Francisco Ferrer, siendo su objetivo la publicación de una vida completa de Ferrer y la fundación de Escuelas Modernas en todo el país, – frente a esta ola revolucionaria internacional, ¿quién dirá aquí que Ferrer murió en vano?

Esa muerte en Montjuich, qué maravillosa, dramática, desgarradora fue. Orgullosa y erguida, con su ojo interior vuelto hacia la luz, Francisco Ferrer no necesitó de ningún cura mentiroso que le diera valor, ni regañó a ningún fantasma por abandonarlo. La conciencia de que sus verdugos representaban una época moribunda y que él era la verdad viva le sostuvo en sus últimos momentos heroicos.

Una época moribunda y una verdad viva
Los vivos enterrando a los muertos.

Capítulo 7: La hipocresía del puritanismo

Hablando del puritanismo en relación con el arte americano, el Sr. Gutzon Borglum dijo: «El puritanismo nos ha hecho egocéntricos e hipócritas durante tanto tiempo, que la sinceridad y la reverencia por lo que es natural en nuestros impulsos han sido bastante criados en nosotros, con el resultado de que no puede haber ni verdad ni individualidad en nuestro arte».

El Sr. Borglum podría haber añadido que el puritanismo ha hecho imposible la vida misma. Más que el arte, más que el esteticismo, la vida representa la belleza en mil variaciones; es, en efecto, un gigantesco panorama de eterno cambio. El puritanismo, en cambio, se apoya en una concepción fija e inamovible de la vida; se basa en la idea calvinista de que la vida es una maldición, impuesta al hombre por la ira de Dios. Para redimirse, el hombre debe hacer una penitencia cons-

tante, debe repudiar todo impulso natural y saludable, y dar la espalda a la alegría y la belleza.

El puritanismo celebró su reinado de terror en Inglaterra durante los siglos XVI y XVII, destruyendo y aplastando toda manifestación de arte y cultura. Fue el espíritu del puritanismo el que privó a Shelley de sus hijos, porque no quiso plegarse a los dictados de la religión. Fue el mismo espíritu estrecho el que alejó a Byron de su tierra natal, porque ese gran genio se rebeló contra la monotonía, la torpeza y la mezquindad de su país. También fue el puritanismo el que obligó a algunas de las mujeres más libres de Inglaterra a caer en la mentira convencional del matrimonio: Mary Wollstonecraft y, más tarde, George Eliot. Y recientemente el puritanismo ha exigido otro peaje: la vida de Oscar Wilde. De hecho, el puritanismo nunca ha dejado de ser el factor más pernicioso en el dominio de John Bull, actuando como censor de la expresión artística de su pueblo, y estampando su aprobación sólo en la torpeza de la respetabilidad de la clase media.

Por lo tanto, es puro patriotismo británico el que señala a América como el país del provincianismo puritano. Es muy cierto que nuestra vida está atrofiada por el puritanismo, y que éste está matando lo que es natural y saludable en nuestros impulsos. Pero es

igualmente cierto que es a Inglaterra a quien debemos el trasplante de este espíritu en suelo americano. Nos lo legaron los padres peregrinos. Huyendo de la persecución y la opresión, los peregrinos de la fama del Mayflower establecieron en el Nuevo Mundo un reino de tiranía puritana y crimen. La historia de Nueva Inglaterra, y especialmente de Massachusetts, está llena de horrores que han convertido la vida en tristeza, la alegría en desesperación, la naturalidad en enfermedad, la honestidad y la verdad en horribles mentiras e hipocresías. El trampolín y el poste para azotar, así como otros numerosos dispositivos de tortura, eran los métodos ingleses favoritos para la purificación de los americanos.

Boston, la ciudad de la cultura, ha pasado a los anales del puritanismo como la «ciudad sangrienta». Rivalizó con Salem, incluso, en su cruel persecución de las opiniones religiosas no autorizadas. En el ahora famoso Common una mujer semidesnuda, con un bebé en brazos, fue azotada públicamente por el delito de libertad de expresión; y en el mismo lugar Mary Dyer, otra mujer cuáquera, fue ahorcada en 1659. De hecho, Boston ha sido el escenario de más de un crimen gratuito cometido por el puritanismo. En Salem, en el verano de 1692, murieron dieciocho personas por brujería. Tam-

poco fue Massachusetts el único que expulsó al diablo con fuego y azufre. Como dijo justamente Canning: «Los padres peregrinos infestaron el Nuevo Mundo para restablecer el equilibrio del Viejo». Los horrores de esa época han encontrado su expresión más suprema en el clásico estadounidense *La letra escarlata*.

El puritanismo ya no emplea el tornillo y el látigo, pero todavía tiene un control muy pernicioso sobre las mentes y los sentimientos del pueblo estadounidense. Nada más puede explicar el poder de un Comstock. Al igual que los Torquemadas de los días anteriores a la Segunda Guerra Mundial, Anthony Comstock es el autócrata de la moral estadounidense; dicta las normas del bien y del mal, de la pureza y del vicio. Como un ladrón en la noche, se cuela en la vida privada de la gente, en sus relaciones más íntimas. El sistema de espionaje establecido por este hombre, Comstock, avergüenza a la infame Tercera División de la policía secreta rusa. ¿Por qué el público tolera semejante atropello a sus libertades? Simplemente porque Comstock no es más que la expresión ruidosa del puritanismo criado en la sangre anglosajona, y de cuya esclavitud ni siquiera los liberales han logrado emanciparse del todo. Los elementos sin visión y de plomo de las viejas Uniones Cristianas de Templanza de Hombres y Mujeres,

las Ligas de Pureza, las Uniones Americanas del Sábado y el Partido de la Prohibición, con Anthony Comstock como su santo patrón, son los enterradores del arte y la cultura estadounidenses.

Europa puede al menos presumir de un arte y una literatura audaces que profundizan en los problemas sociales y sexuales de nuestro tiempo, ejerciendo una severa crítica de todas nuestras farsas. Como con el bisturí de un cirujano se disecan todos los cadáveres puritanos, y se despeja así el camino para la liberación del hombre de los pesos muertos del pasado. Pero con el puritanismo como control constante de la vida americana, no es posible ni la verdad ni la sinceridad. Nada más que la penumbra y la mediocridad para dictar la conducta humana, restringir la expresión natural y sofocar nuestros mejores impulsos. El puritanismo en este siglo XX es tan enemigo de la libertad y la belleza como lo era cuando desembarcó en Plymouth Rock. Repudia, como algo vil y pecaminoso, nuestros sentimientos más profundos; pero siendo absolutamente ignorante en cuanto a las funciones reales de las emociones humanas, el puritanismo es en sí mismo el creador de los vicios más indecibles.

Toda la historia del ascetismo demuestra que esto es demasiado cierto. La Iglesia, al igual que el purita-

nismo, ha combatido la carne como algo malo; había que someterla y ocultarla a toda costa. El resultado de esta actitud viciosa sólo está empezando a ser reconocido por los pensadores y educadores modernos. Se dan cuenta de que «la desnudez tiene un valor higiénico así como un significado espiritual, mucho más allá de sus influencias para calmar la inquisición natural de los jóvenes o actuar como preventivo de la emoción mórbida. Es una inspiración para los adultos que han superado hace tiempo cualquier curiosidad juvenil. La visión de la forma humana esencial y eterna, lo más cercano a nosotros en todo el mundo, con su vigor y su belleza y su gracia, es uno de los principales tónicos de la vida»¹ Pero el espíritu del purismo ha pervertido tanto la mente humana que ha perdido el poder de apreciar la belleza de la desnudez, obligándonos a ocultar la forma natural bajo el argumento de la castidad. Sin embargo, la castidad en sí misma no es más que una imposición artificial sobre la naturaleza, que expresa una falsa vergüenza de la forma humana. La idea moderna de la castidad, especialmente en referencia a la mujer, su mayor víctima, no es más que la exageración sensual de nuestros impulsos naturales. «La cas-

¹ La Psicología del Sexo, Havelock Ellis.

tividad varía con la cantidad de ropa», y de ahí que los cristianos y puristas se apresuren siempre a cubrir al «pagano» con jirones, y convertirlo así a la bondad y la castidad.

El puritanismo, con su perversión del significado y las funciones del cuerpo humano, especialmente en lo que respecta a la mujer, la ha condenado al celibato, o a la cría indiscriminada de una raza enferma, o a la prostitución. La enormidad de este crimen contra la humanidad es evidente cuando consideramos los resultados. La continencia sexual absoluta se impone a la mujer soltera, bajo pena de ser considerada inmoral o caída, con el resultado de producir neurastenia, impotencia, depresión y una gran variedad de dolencias nerviosas que implican una disminución de la capacidad de trabajo, un disfrute limitado de la vida, insomnio y preocupación por los deseos e imaginaciones sexuales. El arbitrario y pernicioso dictado de la continencia total probablemente también explica la desigualdad mental de los sexos. Así, Freud cree que la inferioridad intelectual de tantas mujeres se debe a la inhibición del pensamiento que se les impone con el fin de la represión sexual. Habiendo reprimido así los deseos sexuales naturales de la mujer soltera, el puritanismo, en cambio, bendice a su hermana casada por su incontinente fe-

cundidad en el matrimonio. De hecho, no sólo la bendice, sino que obliga a la mujer, sobreexcitada por la represión anterior, a tener hijos, independientemente de su debilitada condición física o de su incapacidad económica para criar una familia numerosa. La prevención, incluso mediante métodos seguros determinados científicamente, está absolutamente prohibida; es más, la sola mención del tema se considera criminal.

Gracias a esta tiranía puritana, la mayoría de las mujeres pronto se encuentran al límite de sus recursos físicos. Enfermas y desgastadas, son totalmente incapaces de dar a sus hijos los cuidados más elementales. Eso, sumado a la presión económica, obliga a muchas mujeres a arriesgarse al máximo antes que seguir dando vida. La costumbre de procurar abortos ha alcanzado en América proporciones tan vastas que resultan casi inconcebibles. Según recientes investigaciones en este sentido, se cometen diecisiete abortos por cada cien embarazos. Este temible porcentaje representa sólo los casos que llegan a conocimiento de los médicos. Teniendo en cuenta el secreto en el que esta práctica está necesariamente envuelta, y la consiguiente ineficacia y negligencia profesional, el puritanismo exige continuamente miles de víctimas a su propia estupidez e hipocresía.

La prostitución, aunque perseguida, encarcelada y encadenada, es sin embargo el mayor triunfo del puritanismo. Es su hijo más querido, a pesar de toda la santurronería hipócrita. La prostituta es la furia de nuestro siglo, barriendo los países «civilizados» como un huracán, y dejando un rastro de enfermedades y desastres. El único remedio que ofrece el puritanismo para este hijo mal nacido es una mayor represión y una persecución más despiadada. El último atropello lo representa la Ley Page, que impone al Estado de Nueva York el terrible fracaso y crimen de Europa, es decir, el registro e identificación de las desafortunadas víctimas del puritanismo. De manera igualmente estúpida, el purismo pretende controlar el terrible flagelo de su propia creación: las enfermedades venéreas. Lo más descorazonador es que este espíritu de obtusa estrechez de miras ha envenenado incluso a nuestros llamados liberales, y los ha cegado para que se unan a la cruzada contra las mismas cosas nacidas de la hipocresía del puritanismo: la prostitución y sus resultados. Con una ceguera deliberada, el puritanismo se niega a ver que el verdadero método de prevención es el que deja claro a todos que «las enfermedades venéreas no son algo misterioso o terrible, el castigo del pecado de la carne, una especie de mal vergonzoso marcado por

la maldición purista, sino una enfermedad ordinaria que puede ser tratada y curada». Por sus métodos de oscuridad, disfraz y ocultación, el puritanismo ha proporcionado condiciones favorables para el crecimiento y la propagación de estas enfermedades. Su fanatismo se demuestra de nuevo de manera más sorprendente por la actitud insensata con respecto al gran descubrimiento del profesor Ehrlich, velando hipócritamente la importante cura de la sífilis con vagas alusiones a un remedio para «cierto veneno».

La capacidad casi ilimitada del puritanismo para el mal se debe a su intrincamiento detrás del Estado y la ley. Pretendiendo salvaguardar al pueblo contra la «inmoralidad», ha impregnado la maquinaria del gobierno y ha añadido a su usurpación de la tutela moral la censura legal de nuestras opiniones, sentimientos e incluso de nuestra conducta.

El arte, la literatura, el teatro, la privacidad de los correos, de hecho, nuestros gustos más íntimos, están a merced de este tirano inexorable. Anthony Comstock, o algún otro policía igualmente ignorante, ha recibido el poder de profanar el genio, de ensuciar y mutilar la más sublime creación de la naturaleza: la forma humana. Los libros que tratan de las cuestiones más vitales de nuestras vidas, y que intentan arrojar

luz sobre problemas peligrosamente oscurecidos, son tratados legalmente como delitos penales, y sus indefensos autores son arrojados a la cárcel o conducidos a la destrucción y la muerte.

Ni siquiera en los dominios del Zar se ultraja diariamente la libertad personal en la medida en que se hace en América, el reducto de los eunucos puritanos. Aquí el único día de recreación que le queda a las masas, el domingo, ha sido convertido en algo horrible y totalmente imposible. Todos los escritores sobre las costumbres primitivas y la civilización antigua coinciden en que el sábado era un día de fiesta, libre de cuidados y obligaciones, un día de regocijo general y de alegría. En todos los países europeos, esta tradición sigue aportando cierto alivio a la monotonía y la estupidéz de nuestra era cristiana. En todas partes, las salas de conciertos, los teatros, los museos y los jardines se llenan de hombres, mujeres y niños, especialmente de trabajadores con sus familias, llenos de vida y alegría, olvidando las reglas y convenciones ordinarias de su existencia cotidiana. Es en ese día cuando las masas demuestran lo que la vida podría significar realmente en una sociedad sana, con el trabajo despojado de su finalidad lucrativa y destructora del alma.

El puritanismo ha robado al pueblo incluso ese día. Naturalmente, sólo los trabajadores se ven afectados: nuestros millonarios tienen sus lujosas casas y elaborados clubes. Los pobres, sin embargo, están condenados a la monotonía y a la monotonía del domingo americano. La sociabilidad y la diversión de la vida al aire libre en Europa se cambian por la penumbra de la iglesia, el salón de campo sofocante y saturado de gérmenes, o la atmósfera brutalizante de la taberna. En los Estados de la Prohibición la gente carece incluso de esto último, a menos que pueda invertir sus escasos ingresos en cantidades de licor adulterado. En cuanto a la Prohibición, todo el mundo sabe que es una farsa. Al igual que todos los demás logros del puritanismo, no ha hecho más que introducir el «diablo» más profundamente en el sistema humano. En ningún otro lugar se encuentran tantos borrachos como en nuestras ciudades de la Prohibición. Pero mientras uno pueda usar caramelos perfumados para abatir el fétido aliento de la hipocresía, el puritanismo triunfa. Ostensiblemente, la Prohibición se opone al licor por razones de salud y economía, pero siendo el propio espíritu de la Prohibición anormal, no consigue sino crear una vida anormal.

Todos los estímulos que agilizan la imaginación y elevan el espíritu son tan necesarios para nuestra vida como el aire. Vigoriza el cuerpo y profundiza nuestra visión del compañerismo humano. Sin estímulos, en una u otra forma, es imposible el trabajo creativo, ni tampoco el espíritu de bondad y generosidad. El hecho de que algunos grandes genios hayan visto su reflejo en la copa con demasiada frecuencia, no justifica que el puritanismo intente encadenar toda la gama de emociones humanas. Un Byron y un Poe han conmovido a la humanidad más profundamente de lo que todos los puritanos pueden esperar hacer. Los primeros han dado a la vida sentido y color; los segundos están convirtiendo la sangre roja en agua, la belleza en fealdad, la variedad en uniformidad y decadencia. El puritanismo, en cualquier expresión, es un germen venenoso. En la superficie todo puede parecer fuerte y vigoroso; sin embargo, el veneno se abre paso persistentemente, hasta que todo el tejido está condenado. Con Hippolyte Taine, todo espíritu verdaderamente libre se ha dado cuenta de que «el puritanismo es la muerte de la cultura, la filosofía, el humor y el buen compañerismo; sus características son la torpeza, la monotonía y la penumbra».

Capítulo 8: El tráfico de mujeres

Nuestros reformadores han hecho de repente un gran descubrimiento: la trata de blancas. Los periódicos están llenos de estas «condiciones inauditas», y los legisladores ya están planeando una nueva serie de leyes para controlar el horror.

Es significativo que cada vez que se quiere desviar la atención del público de un gran mal social, se inicia una cruzada contra la indecencia, el juego, los salones, etc. ¿Y cuál es el resultado de tales cruzadas? Los juegos de azar aumentan, los salones hacen un animado negocio a través de las entradas traseras, la prostitución está en su apogeo, y el sistema de proxenetas y cadetes no hace más que agravarse.

¿Cómo es posible que una institución, conocida casi por todos los niños, haya sido descubierta tan repentinamente? ¿Cómo es posible que este mal, conocido

por todos los sociólogos, se convierta ahora en un tema tan importante?

Suponer que la reciente investigación sobre la trata de blancas (y, por cierto, una investigación muy superficial) ha descubierto algo nuevo es, como mínimo, muy insensato. La prostitución ha sido, y es, un mal generalizado, y sin embargo la humanidad sigue con su negocio, perfectamente indiferente a los sufrimientos y angustias de las víctimas de la prostitución. Tan indiferente, de hecho, como la humanidad ha permanecido a nuestro sistema industrial, o a la prostitución económica.

Sólo cuando las penas humanas se convierten en un juguete de colores chillones, el pueblo se interesa, al menos por un tiempo. El pueblo es un bebé muy voluble que debe tener juguetes nuevos cada día. El grito «justo» contra la trata de blancas es un juguete de este tipo. Sirve para divertir a la gente durante un tiempo, y ayudará a crear unos cuantos empleos políticos más gordos: parásitos que acechan por el mundo como inspectores, investigadores, detectives, etc.

¿Cuál es realmente la causa del comercio de mujeres? No sólo las mujeres blancas, sino también las amarillas y las negras. La explotación, por supuesto; el despiadado Moloch del capitalismo que se ceba con

la mano de obra mal pagada, llevando así a miles de mujeres y niñas a la prostitución. Con la Sra. Warren estas chicas sienten: «¿Por qué desperdiciar su vida trabajando por unos pocos chelines a la semana en un fregadero, dieciocho horas al día?»

Naturalmente, nuestros reformistas no dicen nada sobre esta causa. Lo saben muy bien, pero no vale la pena decir nada al respecto. Es mucho más rentable hacerse el fariseo, fingir una moral ultrajada, que ir al fondo de las cosas.

Sin embargo, hay una excepción encomiable entre los jóvenes escritores: Reginald Wright Kauffman, cuya obra *The House of Bondage* (La casa de la esclavitud) es el primer intento serio de tratar el mal social, no desde un punto de vista filisteo sentimental. Periodista de amplia experiencia, el Sr. Kauffman demuestra que nuestro sistema industrial no deja a la mayoría de las mujeres otra alternativa que la prostitución. Las mujeres retratadas en *The House of Bondage* pertenecen a la clase trabajadora. Si el autor hubiera retratado la vida de las mujeres en otros ámbitos, se habría encontrado con el mismo estado de cosas.

En ninguna parte se trata a la mujer según el mérito de su trabajo, sino como sexo. Por lo tanto, es casi inevitable que ella pague por su derecho a existir, a

mantener una posición en cualquier línea, con favores sexuales. Por lo tanto, es sólo una cuestión de grado si se vende a un hombre, dentro o fuera del matrimonio, o a muchos hombres. Lo admitan o no nuestros reformistas, la inferioridad económica y social de la mujer es responsable de la prostitución.

Justo en este momento, nuestra buena gente está conmocionada por la revelación de que sólo en la ciudad de Nueva York una de cada diez mujeres trabaja en una fábrica, que el salario medio que reciben las mujeres es de seis dólares a la semana por cuarenta y ocho a sesenta horas de trabajo, y que la mayoría de las trabajadoras asalariadas se enfrentan a muchos meses de inactividad, lo que deja el salario medio en unos 280 dólares al año. A la vista de estos horrores económicos, ¿es de extrañar que la prostitución y la trata de blancas se hayan convertido en factores tan dominantes?

Para que las cifras anteriores no se consideren una exageración, es bueno examinar lo que dicen algunas autoridades sobre la prostitución:

«Una causa prolífica de la depravación femenina se puede encontrar en las diversas tablas, que muestran la descripción del empleo perseguido, y los salarios recibidos, por las mujeres antes de su caída, y será una cuestión para el economista político decidir hasta qué

punto la mera consideración comercial debe ser una disculpa por parte de los empleadores para una reducción en sus tasas de remuneración, y si el ahorro de un pequeño porcentaje en los salarios no está más que compensado por la enorme cantidad de impuestos que se imponen al público en general para sufragar los gastos incurridos a causa de un sistema de vicio, que es el resultado directo, en muchos casos, de la insuficiente compensación del trabajo honesto».¹

Nuestros reformistas actuales harían bien en consultar el libro del Dr. Sanger. Allí encontrarán que de los 2.000 casos que observó, muy pocos provenían de las clases medias, de condiciones ordenadas o de hogares agradables. La gran mayoría eran chicas y mujeres trabajadoras, algunas empujadas a la prostitución por pura necesidad, otras a causa de una vida cruel y miserable en el hogar, otras a causa de naturalezas físicas frustradas y lisiadas (de las que hablaré más adelante). Además, a los defensores de la pureza y la moralidad les vendrá bien saber que de los dos mil casos, 490 eran mujeres casadas, mujeres que vivían con sus maridos.

¹ Dr. Sanger, La historia de la prostitución.

Evidentemente no había mucha garantía para su «seguridad y pureza» en la santidad del matrimonio.²

El Dr. Alfred Blaschko, en *Prostitution in the Nineteenth Century*, es aún más enfático al caracterizar las condiciones económicas como uno de los factores más vitales de la prostitución.

«Aunque la prostitución ha existido en todas las épocas, se dejó que el siglo XIX la desarrollara hasta convertirla en una institución social gigantesca. El desarrollo de la industria con vastas masas de personas en el mercado competitivo, el crecimiento y la congestión de las grandes ciudades, la inseguridad y la incertidumbre del empleo, han dado a la prostitución un impulso nunca soñado en ningún período de la historia humana.»

Y de nuevo Havelock Ellis, aunque no es tan absoluto al tratar la causa económica, se ve obligado a admitir que es indirecta y directamente la causa principal. Así, encuentra que un gran porcentaje de las prostitutas se recluta entre la clase de los sirvientes, aunque estos últimos tienen menos cuidados y mayor seguridad. Por

² Es un hecho significativo que el libro de la Dra. Sanger haya sido excluido de los correos de Estados Unidos. Evidentemente, las autoridades no están interesadas en que el público sea informado sobre la verdadera causa de la prostitución.

otra parte, el Sr. Ellis no niega que la rutina diaria, el trabajo pesado, la monotonía de la suerte de la sirvienta, y especialmente el hecho de que nunca puede participar de la compañía y la alegría de un hogar, no es un factor insignificante para forzarla a buscar recreación y olvido en la alegría y el brillo de la prostitución. En otras palabras, la sirvienta, al ser tratada como una trabajadora, sin tener nunca derecho a sí misma, y desgastada por los caprichos de su ama, sólo puede encontrar una salida, como la trabajadora de la fábrica o de la tienda, en la prostitución.

El lado más divertido de la cuestión que ahora se plantea al público es la indignación de nuestra «gente buena y respetable», especialmente los diversos caballeros cristianos, que siempre se encuentran en las primeras filas de cada cruzada. ¿Es que desconocen absolutamente la historia de la religión, y especialmente de la religión cristiana? ¿O es que esperan cegar a la generación actual sobre el papel desempeñado en el pasado por la Iglesia en relación con la prostitución? Cualquiera que sea su razón, deberían ser los últimos en clamar contra las desafortunadas víctimas de hoy, ya que todo estudiante inteligente sabe que la prostitución es de origen religioso, mantenida y fomentada durante muchos siglos, no como una vergüenza, sino

como una virtud, aclamada como tal por los propios dioses.

«Parece que el origen de la prostitución se encuentra principalmente en una costumbre religiosa, la religión, el gran conservador de la tradición social, preservando en una forma transformada una libertad primitiva que estaba pasando fuera de la vida social general. El ejemplo típico es el registrado por Heródoto, en el siglo V antes de Cristo, en el templo de Mylitta, la Venus babilónica, donde toda mujer, una vez en su vida, debía acudir a entregarse al primer forastero que le arrojara una moneda en su regazo, para adorar a la diosa. Costumbres muy similares existían en otras partes de Asia occidental, en el norte de África, en Chipre y otras islas del Mediterráneo oriental, y también en Grecia, donde el templo de Afrodita en la fortaleza de Corinto poseía más de mil hieródulos, dedicados al servicio de la diosa.

«La teoría de que la prostitución religiosa se desarrolló, como regla general, a par-

tir de la creencia de que la actividad generativa de los seres humanos poseía una influencia misteriosa y sagrada en la promoción de la fertilidad de la Naturaleza, es mantenida por todos los escritores autorizados sobre el tema. Sin embargo, gradualmente, y cuando la prostitución se convirtió en una institución organizada bajo la influencia sacerdotal, la prostitución religiosa desarrolló lados utilitarios, ayudando así a aumentar los ingresos públicos.

«El ascenso del cristianismo al poder político produjo pocos cambios en la política. Los principales padres de la Iglesia toleraron la prostitución. En el siglo XIII se encuentran burdeles bajo protección municipal. Constituían una especie de servicio público, los directores de los mismos eran considerados casi como servidores públicos».³

A esto hay que añadir lo siguiente de la obra del Dr. Sanger:

³ Havelock Ellis, *Sexo y Sociedad*.

«El Papa Clemente II. emitió una bula según la cual las prostitutas serían toleradas si pagaban una cierta cantidad de sus ganancias a la Iglesia. «El Papa Sixto IV. fue más práctico; de un solo burdel, que él mismo había construido, recibió un ingreso de 20.000 ducados».

En los tiempos modernos la Iglesia es un poco más cuidadosa en ese sentido. Al menos, no exige abiertamente tributos a las prostitutas. Le resulta mucho más rentable ir a por inmuebles, como la Iglesia de la Trinidad, por ejemplo, para alquilar trampas mortales a un precio exorbitante a quienes viven de y por la prostitución.

Por mucho que me gustaría, mi espacio no admite hablar de la prostitución en Egipto, Grecia, Roma y durante la Edad Media. Las condiciones de este último período son particularmente interesantes, ya que la prostitución estaba organizada en gremios, presididos por una reina del burdel. Estos gremios empleaban la huelga como medio para mejorar su condición y mantener un precio estándar. Ciertamente, ese es un método más práctico que el utilizado por el esclavo asalariado moderno en la sociedad.

Sería unilateral y extremadamente superficial sostener que el factor económico es la única causa de la prostitución. Hay otras no menos importantes y vitales. Eso también lo saben nuestros reformistas, pero se atreven a discutirlo aún menos que la institución que mina la vida misma de hombres y mujeres. Me refiero a la cuestión del sexo, cuya sola mención provoca espasmos morales a la mayoría de la gente.

Es un hecho admitido que la mujer está siendo criada como una mercancía sexual, y sin embargo se la mantiene en absoluta ignorancia del significado y la importancia del sexo. Todo lo que se refiere a este tema se suprime, y las personas que intentan aportar luz a esta terrible oscuridad son perseguidas y encarceladas. Sin embargo, es cierto que mientras una niña no sepa cómo cuidarse a sí misma, no conozca la función de la parte más importante de su vida, no debemos sorprendernos si se convierte en una presa fácil de la prostitución, o de cualquier otra forma de relación que la degrade a la posición de un objeto para la mera gratificación sexual.

Es debido a esta ignorancia que toda la vida y la naturaleza de la niña se ve frustrada y paralizada. Hace mucho tiempo que hemos tomado como un hecho evidente que el chico puede seguir la llamada de lo sal-

vaje; es decir, que el chico puede, tan pronto como su naturaleza sexual se afirma, satisfacer esa naturaleza; pero nuestros moralistas se escandalizan ante la sola idea de que la naturaleza de una chica se afirme. Para el moralista la prostitución no consiste tanto en que la mujer venda su cuerpo, sino en que lo venda fuera del matrimonio. Que esto no es una mera afirmación lo demuestra el hecho de que el matrimonio por consideraciones monetarias es perfectamente legítimo, santificado por la ley y la opinión pública, mientras que cualquier otra unión es condenada y repudiada. Sin embargo, una prostituta, si se define correctamente, no significa otra cosa que «cualquier persona para la que las relaciones sexuales están subordinadas a la ganancia».⁴

«Son prostitutas aquellas mujeres que venden su cuerpo para el ejercicio del acto sexual y hacen de ello una profesión.»⁵

De hecho, Banger va más allá; sostiene que el acto de la prostitución es

⁴ Guyot, *La Prostitution*.

⁵ Bangert, *Criminalité et Condition Economique*.

«intrínsecamente igual al de un hombre o una mujer que contrae matrimonio por razones económicas.»

Por supuesto, el matrimonio es el objetivo de toda chica, pero como miles de chicas no pueden casarse, nuestras estúpidas costumbres sociales las condenan a una vida de celibato o de prostitución. La naturaleza humana se impone al margen de todas las leyes, y no hay ninguna razón plausible para que la naturaleza se adapte a una concepción perversa de la moral.

La sociedad considera las experiencias sexuales de un hombre como atributos de su desarrollo general, mientras que experiencias similares en la vida de una mujer se consideran una terrible calamidad, una pérdida de honor y de todo lo que es bueno y noble en un ser humano. Esta doble moral ha contribuido en gran medida a la creación y perpetuación de la prostitución. Implica mantener a los jóvenes en la más absoluta ignorancia en materia de sexo, cuya supuesta «inocencia», junto con una naturaleza sexual sobreexcitada y sofocada, contribuye a provocar un estado de cosas que nuestros puritanos están tan ansiosos por evitar o prevenir.

No es que la gratificación del sexo deba conducir necesariamente a la prostitución; es la persecución cruel, despiadada y criminal de quienes se atreven a desviarse del camino trillado, la responsable de ello.

Las muchachas, meras niñas, trabajan en habitaciones abarrotadas y sobrecalentadas de diez a doce horas diarias en una máquina, lo que tiende a mantenerlas en un constante estado de sobreexcitación sexual. Muchas de estas chicas no tienen casa ni comodidades de ningún tipo; por lo tanto, la calle o algún lugar de diversión barata es el único medio de olvidar su rutina diaria. Esto, naturalmente, las pone en contacto con el otro sexo. Es difícil decir cuál de los dos factores lleva al clímax la condición de exceso de sexo de la muchacha, pero ciertamente lo más natural es que se produzca un clímax. Ese es el primer paso hacia la prostitución. Tampoco hay que responsabilizar a la chica por ello. Por el contrario, es culpa de la sociedad, de nuestra incomprensión, de nuestra falta de aprecio por la vida en ciernes; especialmente es culpa criminal de nuestros moralistas, que condenan a una chica para toda la eternidad, porque se ha apartado del «camino de la virtud»; es decir, porque su primera experiencia sexual ha tenido lugar sin la sanción de la Iglesia.

La chica se siente una completa marginada, con las puertas del hogar y de la sociedad cerradas en su cara. Toda su formación y tradición es tal que la propia niña se siente depravada y caída, y por lo tanto no tiene ningún terreno en el que apoyarse, ni ningún asidero que la levante, en lugar de arrastrarla hacia abajo. Así, la sociedad crea las víctimas de las que después intenta en vano deshacerse. El hombre más mezquino, depravado y decrépito todavía se considera demasiado bueno para tomar como esposa a la mujer cuya gracia estaba muy dispuesta a comprar, aunque con ello pudiera salvarla de una vida de horror. Tampoco puede acudir a su propia hermana en busca de ayuda. En su estupidez, ésta se considera demasiado pura y casta, sin darse cuenta de que su propia posición es en muchos aspectos aún más deplorable que la de su hermana de la calle.

«La esposa que se casó por dinero, comparada con la prostituta», dice Havelock Ellis, «es la verdadera costra. Se le paga menos, da mucho más a cambio en trabajo y cuidados, y está absolutamente ligada a su amo. La prostituta nunca cede el derecho sobre su propia persona, conserva su

libertad y sus derechos personales, ni está siempre obligada a someterse al abrazo del hombre».

La mujer mejor que tú tampoco se da cuenta de la afirmación apologética de Lecky de que «aunque sea el tipo supremo del vicio, es también la guardiana más eficiente de la virtud. Si no fuera por ella, los hogares felices estarían contaminados y abundarían las prácticas antinaturales y perjudiciales».

Los moralistas están siempre dispuestos a sacrificar a la mitad de la raza humana en aras de alguna institución miserable que no pueden superar. De hecho, la prostitución no es más una salvaguarda para la pureza del hogar que las leyes rígidas son una salvaguarda contra la prostitución. El cincuenta por ciento de los hombres casados son patrones de burdeles. Es a través de este elemento virtuoso que las mujeres casadas -incluso los niños- se infectan con enfermedades venéreas. Sin embargo, la sociedad no tiene una palabra de condena para el hombre, mientras que ninguna ley es demasiado monstruosa para ser puesta en marcha contra la víctima indefensa. No sólo es presa de los que la utilizan, sino que está absolutamente a merced de todos los policías y de los miserables detectives

de guardia, de los funcionarios de la comisaría, de las autoridades de todas las cárceles.

En un libro reciente de una mujer que fue durante doce años la dueña de una «casa», se encuentran las siguientes cifras: «Las autoridades me obligaban a pagar cada mes multas entre 14,70 y 29,70 dólares, las chicas pagaban de 5,70 a 9,70 dólares a la policía». Teniendo en cuenta que la escritora hizo su negocio en una ciudad pequeña, que las cantidades que da no incluyen los sobornos y multas extra, uno puede ver fácilmente los tremendos ingresos que el departamento de policía obtiene del dinero de la sangre de sus víctimas, a las que ni siquiera protege. Ay de los que se niegan a pagar su peaje; se les acorrala como si fueran ganado, «aunque sólo sea para causar una impresión favorable a los buenos ciudadanos de la ciudad, o si los poderes necesitan un dinero extra». Para la mente retorcida que cree que una mujer caída es incapaz de tener emociones humanas sería imposible darse cuenta de la pena, la desgracia, las lágrimas, el orgullo herido que teníamos cada vez que nos arrastraban».

Extraño, ¿no es cierto, que una mujer que ha mantenido una «casa» sea capaz de sentir eso? Pero más extraño aún es que un buen mundo cristiano desangre y desplume a esas mujeres, y no les dé nada a cambio,

salvo oblación y persecución. ¡Oh, por la caridad de un mundo cristiano!

Se hace mucho hincapié en la importación de esclavos blancos a América. ¿Cómo podría América conservar su virtud si Europa no la ayudara? No voy a negar que esto puede ser el caso en algunos casos, como tampoco voy a negar que hay emisarios de Alemania y otros países que atraen a los esclavos económicos a América; pero niego absolutamente que la prostitución sea reclutada en una medida apreciable desde Europa. Puede ser cierto que la mayoría de las prostitutas de la ciudad de Nueva York sean extranjeras, pero eso es porque la mayoría de la población es extranjera. En cuanto vayamos a cualquier otra ciudad americana, a Chicago o al Medio Oeste, encontraremos que el número de prostitutas extranjeras es, con mucho, minoritario.

Igualmente exagerada es la creencia de que la mayoría de las chicas de la calle de esta ciudad se dedican a este negocio antes de llegar a América. La mayoría de las chicas hablan un inglés excelente, están americanizadas en sus hábitos y apariencia, algo absolutamente imposible a menos que hayan vivido en este país muchos años. Es decir, fueron empujadas a la prostitución por las condiciones americanas, por la

costumbre completamente americana de exhibir excesivamente las galas y la ropa, lo cual, por supuesto, necesita dinero, dinero que no puede ganarse en las tiendas o en las fábricas.

En otras palabras, no hay ninguna razón para creer que un grupo de hombres se arriesgue y gaste en conseguir productos extranjeros, cuando las condiciones americanas están inundando el mercado con miles de chicas. Por otra parte, hay suficientes pruebas que demuestran que la exportación de chicas americanas con fines de prostitución no es en absoluto un factor pequeño.

Así, Clifford G. Roe, exfiscal del condado de Cook (Illinois), acusa abiertamente a las muchachas de Nueva Inglaterra de ser enviadas a Panamá para el uso expreso de los hombres al servicio del Tío Sam. El Sr. Roe añade que «parece haber un ferrocarril subterráneo entre Boston y Washington por el que viajan muchas chicas». ¿No es significativo que el ferrocarril conduzca a la misma sede de la autoridad federal? Que el Sr. Roe dijo más de lo que se deseaba en ciertos sectores se demuestra por el hecho de que perdió su puesto. No es práctico para los hombres en la oficina contar cuentos de la escuela.

La excusa que se da para las condiciones en Panamá es que no hay burdeles en la Zona del Canal. Esa es la vía de escape habitual de un mundo hipócrita que no se atreve a afrontar la verdad. No en la Zona del Canal, no en los límites de la ciudad, por lo tanto la prostitución no existe.

Junto al Sr. Roe, está James Bronson Reynolds, que ha realizado un estudio exhaustivo de la trata de blancas en Asia. Como ciudadano estadounidense acérrimo y amigo del futuro Napoleón de América, Theodore Roosevelt, es seguramente el último en desacreditar la virtud de su país. Sin embargo, nos informa de que en Hong Kong, Shanghai y Yokohama se encuentran los establos de Augean del vicio americano. Allí las prostitutas americanas se han hecho tan notorias que en Oriente «chica americana» es sinónimo de prostituta. El Sr. Reynolds recuerda a sus compatriotas que mientras los americanos en China están bajo la protección de nuestros representantes consulares, los chinos en América no tienen ninguna protección. Todo aquel que conozca la brutal y bárbara persecución que sufren chinos y japoneses en la costa del Pacífico, estará de acuerdo con el Sr. Reynolds.

En vista de los hechos mencionados, es bastante absurdo señalar a Europa como el pantano de donde

proviene todas las enfermedades sociales de América. Igual de absurdo es proclamar el mito de que los judíos proporcionan el mayor contingente de presas voluntarias. Estoy seguro de que nadie me acusará de tener tendencias nacionalistas. Me complace decir que me he desarrollado fuera de ellas, como de muchos otros prejuicios. Por lo tanto, si me molesta la afirmación de que las prostitutas judías son importadas, no es por ninguna simpatía judaica, sino por los hechos inherentes a la vida de estas personas. Nadie, salvo los más superficiales, afirmará que las chicas judías emigran a tierras extrañas, a menos que tengan algún vínculo o relación que las lleve allí. La muchacha judía no es aventurera. Hasta hace pocos años nunca había salido de casa, ni siquiera hasta el siguiente pueblo o ciudad, salvo para visitar a algún pariente. ¿Es entonces creíble que las muchachas judías dejen a sus padres o familias, viajen miles de kilómetros a tierras extrañas, por la influencia y las promesas de fuerzas extrañas? Vayan a cualquiera de los grandes vapores que llegan y comprueben ustedes mismos si estas muchachas no vienen con sus padres, hermanos, tías u otros parientes. Puede haber excepciones, por supuesto, pero afirmar que un gran número de chicas judías son impor-

tadas para la prostitución, o cualquier otro propósito, es simplemente no conocer la psicología judía.

Los que se sientan en una casa de cristal hacen mal en tirar piedras sobre ella; además, la casa de cristal americana es más bien delgada, se romperá fácilmente, y el interior es cualquier cosa menos una visión lucrativa.

Atribuir el aumento de la prostitución a la supuesta importación, al crecimiento del sistema de cadetes, o a causas similares, es muy superficial. Ya me he referido a lo primero. En cuanto al sistema de cadetes, por aborrecible que sea, no debemos ignorar el hecho de que es esencialmente una fase de la prostitución moderna, una fase acentuada por la supresión y el injerto, resultante de las cruzadas esporádicas contra el mal social.

El proxeneta es, sin duda, un pobre espécimen de la familia humana, pero ¿en qué sentido es más despreciable que el policía que le quita el último centavo a la paseante de la calle y luego la encierra en la comisaría? ¿Por qué el cadete es más criminal, o una mayor amenaza para la sociedad, que los propietarios de los grandes almacenes y las fábricas, que engordan con el sudor de sus víctimas, para luego llevarlas a la calle? No abogo por el cadete, pero no veo por qué debe ser perseguido sin piedad, mientras que los verdaderos

autores de toda iniquidad social gozan de inmunidad y respeto. Entonces, también, es bueno recordar que no es el cadete quien hace la prostitución. Son nuestra farsa y nuestra hipocresía las que crean tanto a la prostituta como al cadete.

Hasta 1894 se sabía muy poco en América del proxeneta. Entonces fuimos atacados por una epidemia de virtud. El vicio debía ser abolido, el país purificado a toda costa. Por lo tanto, el cáncer social fue expulsado de la vista, pero más profundamente en el cuerpo. Los dueños de los burdeles, así como sus desafortunadas víctimas, fueron entregados a la tierna misericordia de la policía. La consecuencia inevitable de los sobornos exorbitantes, y la penitenciaría, siguieron.

Mientras que estaban comparativamente protegidas en los burdeles, donde representaban un cierto valor monetario, las chicas se encontraban ahora en la calle, absolutamente a merced de la policía avariciosa. Desesperadas, necesitadas de protección y anhelantes de afecto, estas muchachas resultaron naturalmente una presa fácil para los cadetes, a su vez resultado del espíritu de nuestra era comercial. Así, el sistema de los cadetes fue la consecuencia directa de la persecución policial, del chanchullo y del intento de supresión de la prostitución. Sería una auténtica locura confundir

esta fase moderna del mal social con las causas de este último.

La mera supresión y las leyes bárbaras no pueden servir sino para amargar y degradar aún más a las desafortunadas víctimas de la ignorancia y la estupidez. Esta última ha alcanzado su máxima expresión en la propuesta de ley para convertir en delito el trato humano a las prostitutas, castigando con cinco años de prisión y 10.000 dólares de multa a quien acoja a una prostituta. Tal actitud no hace más que exponer la terrible falta de comprensión de las verdaderas causas de la prostitución, como factor social, además de manifestar el espíritu puritano de los días de la Letra Escarlata.

No hay un solo escritor moderno sobre el tema que no se refiera a la absoluta inutilidad de los métodos legislativos para hacer frente a la cuestión. Así, el Dr. Blaschko encuentra que la supresión gubernamental y las cruzadas morales no logran nada más que llevar el mal a canales secretos, multiplicando sus peligros para la sociedad. Havelock Ellis, el más completo y humano estudioso de la prostitución, demuestra con una gran cantidad de datos que cuanto más estrictos son los métodos de persecución, peor es la situación. Entre otros datos nos enteramos de que en Francia, «en 1560, Carlos IX abolió los burdeles mediante un edicto,

pero el número de prostitutas no hizo más que aumentar, mientras que muchos burdeles nuevos aparecieron en formas insospechadas, y fueron más peligrosos. A pesar de toda esa legislación, o a causa de ella, no ha habido país en el que la prostitución haya desempeñado un papel más conspicuo»⁶.

Sólo una opinión pública educada, liberada del acoso legal y moral a la prostitución, puede contribuir a mejorar las condiciones actuales. Cerrar los ojos e ignorar el mal como un factor social de la vida moderna, no puede sino agravar las cosas. Debemos elevarnos por encima de nuestras tontas nociones de «mejor que tú» y aprender a reconocer en la prostituta un producto de las condiciones sociales. Esta comprensión eliminará la actitud de hipocresía y asegurará una mayor comprensión y un trato más humano. En cuanto a la erradicación total de la prostitución, nada puede lograrlo si no es con una transvaloración completa de todos los valores aceptados, especialmente los morales, junto con la abolición de la esclavitud industrial.

⁶ Sexo y sociedad.

Capítulo 9: El sufragio femenino

Nos jactamos de la era del avance, de la ciencia y del progreso. ¿No es extraño, entonces, que sigamos creyendo en el culto a los fetiches? Es cierto que nuestros fetiches tienen una forma y un fondo diferentes, pero en su poder sobre la mente humana siguen siendo tan desastrosos como los de antaño.

Nuestro fetiche moderno es el sufragio universal. Los que aún no lo han conseguido luchan en sangrientas revoluciones para obtenerlo, y los que han disfrutado de su reinado llevan pesados sacrificios al altar de esta omnipotente divinidad. ¡Ay del hereje que se atreva a cuestionar esa divinidad!

La mujer, aún más que el hombre, es una adoradora de fetiches, y aunque sus ídolos cambien, siempre está de rodillas, siempre con las manos en alto, siempre ciega al hecho de que su dios tiene los pies de barro. Así,

la mujer ha sido la mayor defensora de todas las deidades desde tiempos inmemoriales. Así, también, ha tenido que pagar el precio que sólo los dioses pueden exigir: su libertad, la sangre de su corazón, su propia vida.

La memorable máxima de Nietzsche, «Cuando vayas a la mujer, llévate el látigo», se considera muy brutal, pero Nietzsche expresó en una frase la actitud de la mujer hacia sus dioses.

La religión, especialmente la cristiana, ha condenado a la mujer a una vida de inferioridad, de esclavitud. Ha frustrado su naturaleza y encadenado su alma, y sin embargo la religión cristiana no tiene mayor partidario, ninguno más devoto, que la mujer. De hecho, se puede decir que la religión habría dejado de ser un factor en la vida del pueblo desde hace mucho tiempo, si no fuera por el apoyo que recibe de la mujer. Las más ardientes trabajadoras de la iglesia, las más incansables misioneras de todo el mundo, son mujeres, siempre sacrificando en el altar de los dioses que han encadenado su espíritu y esclavizado su cuerpo.

El monstruo insaciable, la guerra, despoja a la mujer de todo lo que le es querido y precioso. Le quita sus hermanos, sus amantes, sus hijos, y a cambio le da una vida de soledad y desesperación. Sin embargo, la ma-

yor defensora y adoradora de la guerra es la mujer. Es ella la que inculca a sus hijos el amor por la conquista y el poder; es ella la que susurra las glorias de la guerra en los oídos de sus pequeños, y la que mece a su bebé para que se duerma con las melodías de las trompetas y el ruido de los cañones. También es la mujer la que corona al vencedor a su regreso del campo de batalla. Sí, es la mujer la que paga el precio más alto a ese monstruo insaciable que es la guerra.

Luego está el hogar. ¡Qué terrible fetiche es! Cómo mina la energía vital de la mujer, esta moderna prisión de barrotes dorados. Su aspecto brillante ciega a la mujer al precio que tendría que pagar como esposa, madre y ama de casa. Sin embargo, la mujer se aferra tenazmente al hogar, al poder que la mantiene esclavizada.

Puede decirse que porque la mujer reconoce el terrible peaje que se le hace pagar a la Iglesia, al Estado y al hogar, quiere el sufragio para liberarse. Eso puede ser cierto para unos pocos; la mayoría de las sufragistas repudian totalmente tal blasfemia. Por el contrario, insisten siempre en que es el sufragio de la mujer el que la hará mejor cristiana y guardiana del hogar, una ciudadana incondicional del Estado. Así, el sufragio es sólo un medio para fortalecer la omnipotencia de los

mismos dioses a los que la mujer ha servido desde tiempos inmemoriales.

Por lo tanto, no es de extrañar que sea igual de devota, igual de celosa, igual de postrada ante el nuevo ídolo, el sufragio femenino. Como antaño, soporta la persecución, el encarcelamiento, la tortura y todas las formas de condena, con una sonrisa en el rostro. Como antaño, los más ilustrados, incluso, esperan un milagro de la deidad del siglo XX, el sufragio. La vida, la felicidad, la alegría, la libertad, la independencia... todo eso, y más, ha de surgir del sufragio. En su ciega devoción, la mujer no ve lo que la gente de intelecto percibió hace cincuenta años: que el sufragio es un mal, que sólo ha contribuido a esclavizar a la gente, que no ha hecho más que cerrar los ojos para que no vean cómo se les ha sometido astutamente.

La demanda de la mujer por el sufragio igualitario se basa en gran medida en el argumento de que la mujer debe tener el mismo derecho en todos los asuntos de la sociedad. Nadie podría, posiblemente, refutar eso, si el sufragio fuera un derecho. Ay, de la ignorancia de la mente humana, que puede ver un derecho en una imposición. ¿O acaso no es la más brutal imposición que un grupo de personas dicte leyes que otro grupo se vea obligado a obedecer por la fuerza? Sin embargo,

la mujer clama por esa «oportunidad de oro» que ha traído tanta miseria al mundo, y ha robado al hombre su integridad y confianza en sí mismo; una imposición que ha corrompido completamente al pueblo, y lo ha convertido en presa absoluta en manos de políticos sin escrúpulos.

¡El pobre, estúpido y libre ciudadano americano! Libre de morir de hambre, libre de vagar por las carreteras de este gran país, disfruta del sufragio universal y, por ese derecho, ha forjado cadenas alrededor de sus miembros. La recompensa que recibe son las estrictas leyes laborales que prohíben el derecho de boicot, de piquetes, de hecho, de todo, excepto el derecho a ser robado de los frutos de su trabajo. Sin embargo, todos estos resultados desastrosos del fetiche del siglo XX no han enseñado nada a la mujer. Pero, entonces, la mujer purificará la política, nos aseguran.

No hace falta decir que no me opongo al sufragio de la mujer por el motivo convencional de que no está a la altura. No veo razones físicas, psicológicas ni mentales para que la mujer no tenga el mismo derecho al voto que el hombre. Pero eso no puede cegarme ante la absurda idea de que la mujer logrará aquello en lo que el hombre ha fracasado. Si no empeora las cosas, ciertamente no puede mejorarlas. Asumir, por lo tanto,

que ella tendrá éxito en la purificación de algo que no es susceptible de purificación, es acreditarla con poderes sobrenaturales. Puesto que la mayor desgracia de la mujer ha sido que se la considerara como ángel o demonio, su verdadera salvación radica en haber sido colocada en la tierra; es decir, en ser considerada humana y, por tanto, sujeta a todas las locuras y errores humanos. ¿Debemos creer, entonces, que dos errores harán un bien? ¿Debemos suponer que el veneno ya inherente a la política disminuirá si las mujeres entran en la arena política? Los sufragistas más ardientes difícilmente sostendrían tal locura.

De hecho, los más avanzados estudiosos del sufragio universal se han dado cuenta de que todos los sistemas de poder político existentes son absurdos, y son completamente inadecuados para hacer frente a las cuestiones apremiantes de la vida. Este punto de vista también se ve confirmado por una declaración de una persona que es una ferviente creyente en el sufragio femenino, la Dra. Helen L. Sumner. En su hábil obra sobre el Sufragio Igualitario, dice: «En Colorado, encontramos que el sufragio igualitario sirve para mostrar de la manera más sorprendente la podredumbre esencial y el carácter degradante del sistema existente». Por supuesto, el Dr. Sumner tiene

en mente un sistema particular de votación, pero lo mismo se aplica con igual fuerza a toda la maquinaria del sistema representativo. Con tal base, es difícil entender cómo la mujer, como factor político, se beneficiaría a sí misma o al resto de la humanidad.

Pero, dicen nuestros devotos del sufragio, miren los países y Estados donde existe el sufragio femenino. Veán lo que la mujer ha logrado: en Australia, Nueva Zelanda, Finlandia, los países escandinavos y en nuestros propios cuatro estados, Idaho, Colorado, Wyoming y Utah. La distancia da encanto – o, para citar una fórmula polaca – «está bien donde no estamos». Así, uno supondría que esos países y Estados son diferentes a otros países o Estados, que tienen mayor libertad, mayor igualdad social y económica, una apreciación más fina de la vida humana, una comprensión más profunda de la gran lucha social, con todas las cuestiones vitales que implica para la raza humana.

Las mujeres de Australia y Nueva Zelanda pueden votar y ayudar a hacer las leyes. ¿Son las condiciones laborales allí mejores que en Inglaterra, donde las sufragistas están llevando a cabo una lucha tan heroica? ¿Existe una mayor maternidad, niños más felices y libres que en Inglaterra? ¿No se considera allí a la mujer

como una mera mercancía sexual? ¿Se ha emancipado de la doble moral puritana de hombres y mujeres? Ciertamente, nadie, salvo la mujer política común y corriente, se atreverá a responder afirmativamente a estas preguntas. Si es así, parece ridículo señalar a Australia y Nueva Zelanda como la meca de los logros del sufragio igualitario.

Por otra parte, es un hecho para aquellos que conocen las condiciones políticas reales en Australia, que la política ha amordazado al trabajo mediante la promulgación de las leyes laborales más estrictas, haciendo que las huelgas sin la sanción de un comité de arbitraje sean un crimen igual a la traición.

No quiero decir ni por un momento que el sufragio femenino sea responsable de esta situación. Lo que quiero decir, sin embargo, es que no hay razón para señalar a Australia como un país que ha hecho maravillas con la mujer, ya que su influencia no ha podido liberar a los trabajadores de la esclavitud del caciquismo político.

Finlandia ha concedido a la mujer la igualdad de sufragio, e incluso el derecho a sentarse en el Parlamento. ¿Ha contribuido esto a desarrollar un mayor heroísmo, un celo más intenso que el de las mujeres de Rusia? Finlandia, al igual que Rusia, se resiente ba-

jo el terrible látigo del sangriento zar. ¿Dónde están las finlandesas Perovskaias, Spiridonovas, Figners, Breshkovskaias? ¿Dónde están las innumerables jóvenes finlandesas que van alegremente a Siberia por su causa? Finlandia está tristemente necesitada de liberadores heroicos. ¿Por qué no los ha creado la papeleta? El único vengador finlandés de su pueblo fue un hombre, no una mujer, y utilizó un arma más eficaz que la papeleta.

En cuanto a nuestros propios Estados en los que las mujeres votan, y que son constantemente señalados como ejemplos de maravillas, ¿qué se ha logrado allí a través del voto que las mujeres no disfruten en gran medida en otros Estados; o que no podrían lograr mediante esfuerzos enérgicos sin el voto?

Es cierto que en los Estados sufragistas se garantiza a las mujeres la igualdad de derechos a la propiedad; pero ¿de qué sirve ese derecho a la masa de mujeres sin propiedades, a los miles de trabajadores asalariados, que viven de la mano a la boca? Que la igualdad de sufragio no afectó ni puede afectar a su condición lo admite incluso el Dr. Sumner, que ciertamente está en posición de saberlo. Como ardiente sufragista, y habiendo sido enviada a Colorado por la Collegiate Equal Suffrage League del Estado de Nueva York para

recoger material a favor del sufragio, sería la última en decir algo despectivo; sin embargo, se nos informa que «el sufragio igualitario no ha afectado más que ligeramente las condiciones económicas de las mujeres». Que las mujeres no reciben igual salario por igual trabajo, y que, aunque la mujer en Colorado ha disfrutado del sufragio escolar desde 1876, las maestras son pagadas menos que en California». Por otra parte, la Srta. Sumner no tiene en cuenta el hecho de que aunque las mujeres han tenido el sufragio escolar durante treinta y cuatro años, y la igualdad de sufragio desde 1894, el censo sólo en Denver hace unos meses reveló el hecho de quince mil niños escolares defectuosos. Y eso, también, con la mayoría de las mujeres en el departamento educativo, y también a pesar de que las mujeres de Colorado han aprobado las «leyes más estrictas para la protección de los niños y los animales». Las mujeres de Colorado «han tomado gran interés en las instituciones del Estado para el cuidado de niños dependientes, defectuosos y delincuentes.» Qué horrible acusación contra el cuidado y el interés de la mujer, si una ciudad tiene quince mil niños defectuosos. ¿Qué hay de la gloria del sufragio femenino, ya que ha fracasado totalmente en la cuestión social más importante, el niño? ¿Y dónde está el sentido superior de la

justicia que la mujer debía aportar al campo político? ¿Dónde estaba en 1903, cuando los propietarios de las minas emprendieron una guerra de guerrillas contra el Sindicato de Mineros del Oeste; cuando el general Bell estableció un reino de terror, sacando a los hombres de la cama por la noche, secuestrándolos a través de la línea fronteriza, arrojándolos a los corrales de toros, declarando «al infierno con la Constitución, el club es la Constitución»? ¿Dónde estaban las mujeres políticas entonces, y por qué no ejercieron el poder de su voto? Pero lo hicieron. Ayudaron a derrotar al hombre más justo y liberal, el gobernador Waite. Éste tuvo que dejar paso al instrumento de los reyes de las minas, el gobernador Peabody, el enemigo del trabajo, el zar de Colorado. «Ciertamente el sufragio masculino no podría haber hecho nada peor». Concedido. ¿En qué consisten entonces las ventajas del sufragio femenino para la mujer y la sociedad? La tan repetida afirmación de que la mujer purificará la política tampoco es más que un mito. No lo corrobora la gente que conoce las condiciones políticas de Idaho, Colorado, Wyoming y Utah.

La mujer, esencialmente purista, es naturalmente intolerante e implacable en su esfuerzo por hacer a los demás tan buenos como ella cree que deben ser. Así, en

Idaho, ha privado del derecho de voto a su hermana de la calle, y ha declarado a todas las mujeres de «carácter lascivo» no aptas para votar. «Lascivo» no se interpreta, por supuesto, como prostitución en el matrimonio. Ni que decir tiene que la prostitución ilegal y el juego han sido prohibidos. En este sentido, la ley debe ser necesariamente de género femenino: siempre prohíbe. En eso todas las leyes son maravillosas. No van más allá, pero sus mismas tendencias abren todas las compuertas del infierno. La prostitución y el juego nunca han hecho un negocio más floreciente que desde que la ley se ha puesto en contra de ellos.

En Colorado, el puritanismo de la mujer se ha expresado en una forma más drástica. «Los hombres de vida notoriamente sucia, y los hombres relacionados con los salones, han sido retirados de la política desde que las mujeres tienen el voto»¹ ¿Podría el hermano Comstock hacer más? ¿Podrían todos los padres puritanos haber hecho más? Me pregunto cuántas mujeres se dan cuenta de la gravedad de esta hazaña. Me pregunto si entienden que es precisamente lo que, en lugar de elevar a la mujer, la ha convertido en una espía política, una despreciable fisgona en los asuntos priva-

¹ Equal Suffrage, Dr. Helen Sumner.

dos de la gente, no tanto por el bien de la causa, sino porque, como dijo una mujer de Colorado, «les gusta entrar en las casas en las que nunca han estado, y averiguar todo lo que puedan, políticamente y de otra manera»² Sí, y en el alma humana y sus más mínimos rincones. Porque nada satisface tanto el ansia de la mayoría de las mujeres como el escándalo. ¿Y cuándo ha disfrutado ella de oportunidades como las suyas, la política?

«Vidas notoriamente sucias, y hombres relacionados con los salones». Ciertamente, no se puede acusar a las señoras recolectoras de votos de tener mucho sentido de la proporción. Incluso si estos entrometidos pueden decidir qué vidas son lo suficientemente limpias para esa atmósfera eminentemente limpia, la política, ¿debe seguirse que los taberneros pertenecen a la misma categoría? A menos que se trate de la hipocresía y el fanatismo estadounidenses, tan manifiestos en el principio de la Prohibición, que sanciona la propagación de la embriaguez entre los hombres y las mujeres de la clase rica, y sin embargo vigila el único lugar que le queda al hombre pobre. Si no es por otra razón, la actitud estrecha y purista de la mujer hacia la vida la

² Equal Suffrage.

convierte en un peligro mayor para la libertad dondequiera que tenga poder político. El hombre ha superado hace tiempo las supersticiones que aún envuelven a la mujer. En el campo económico competitivo, el hombre se ha visto obligado a ejercer la eficiencia, el juicio, la habilidad, la competencia. Por lo tanto, no ha tenido ni tiempo ni ganas de medir la moralidad de todos con una vara puritana. En sus actividades políticas, tampoco ha ido con los ojos vendados. Sabe que la cantidad y no la calidad es el material para el molino político, y, a menos que sea un reformista sentimental o un viejo fósil, sabe que la política nunca puede ser más que un pantano.

Las mujeres que están familiarizadas con el proceso de la política, conocen la naturaleza de la bestia, pero en su autosuficiencia y egoísmo se hacen creer que sólo tienen que acariciar a la bestia, y se volverá tan suave como un cordero, dulce y puro. Como si las mujeres no hubieran vendido sus votos, como si las mujeres políticas no pudieran ser compradas. Si su cuerpo puede ser comprado a cambio de una consideración material, ¿por qué no su voto? Que se está haciendo en Colorado y en otros estados, no lo niegan ni siquiera los que están a favor del sufragio femenino.

Como he dicho antes, la estrecha visión de los asuntos humanos que tiene la mujer no es el único argumento en contra de que sea un político superior al hombre. Hay otros. Su parasitismo económico de toda la vida ha desdibujado por completo su concepción del significado de la igualdad. Clama por la igualdad de derechos con el hombre, pero nos enteramos de que «pocas mujeres se preocupan por ir a la lona en distritos indeseables»³ ¡Cuán poco significa la igualdad para ellas en comparación con las mujeres rusas, que se enfrentan al mismísimo infierno por su ideal!

La mujer exige los mismos derechos que el hombre y, sin embargo, se indigna porque su presencia no lo fulmina: fuma, no se quita el sombrero y no salta de su asiento como un lacayo. Puede que estas cosas sean triviales, pero sin embargo son la clave de la naturaleza de las sufragistas americanas. Sin duda, sus hermanas inglesas han superado estas tontas nociones. Han demostrado estar a la altura de las mayores exigencias de su carácter y su capacidad de resistencia. Todo el honor para el heroísmo y la fortaleza de las sufragistas inglesas. Gracias a sus métodos enérgicos y agresivos, han resultado ser una inspiración para algunas

³ Dra. Helen A. Sumner.

de nuestras propias damas sin vida y sin carácter. Pero, después de todo, también las sufragistas siguen sin apreciar la igualdad real. Si no, ¿cómo se explica el tremendo y verdaderamente gigantesco esfuerzo puesto en marcha por esas valientes luchadoras por un miserable proyecto de ley que beneficiará a un puñado de señoras adineradas, sin ninguna disposición para la gran masa de mujeres trabajadoras? Es cierto que, como políticas, deben ser oportunistas, deben tomar medidas a medias si no pueden conseguirlo todo. Pero como mujeres inteligentes y liberales deberían darse cuenta de que si el voto es un arma, los desheredados lo necesitan más que la clase económicamente superior, y que esta última ya disfruta de demasiado poder en virtud de su superioridad económica.

La brillante líder de las sufragistas inglesas, la Sra. Emmeline Pankhurst, admitió ella misma, durante su gira de conferencias por Estados Unidos, que no puede haber igualdad entre los superiores y los inferiores políticos. Si es así, ¿cómo podrán las trabajadoras de Inglaterra, ya inferiores económicamente a las damas

beneficiadas por el proyecto de ley Shackleton⁴, trabajar con sus superiores políticos, si se aprueba el proyecto de ley? ¿No es probable que la clase de Annie Keeney, tan llena de celo, devoción y martirio, se vea obligada a cargar sobre sus espaldas a sus jefas políticas, igual que cargan con sus amos económicos? Todavía tendrían que hacerlo, si el sufragio universal para hombres y mujeres se estableciera en Inglaterra. Hagan lo que hagan los trabajadores, se les hace pagar, siempre. Sin embargo, los que creen en el poder del voto muestran poco sentido de la justicia cuando no se preocupan en absoluto por aquellos a quienes, como afirman, podría servir más.

El movimiento sufragista estadounidense ha sido, hasta hace muy poco, un asunto de salón, absolutamente desvinculado de las necesidades económicas del pueblo. Así, Susan B. Anthony, sin duda un tipo excepcional de mujer, era no sólo indiferente sino antagónica al trabajo; tampoco dudó en manifestar su antagonismo cuando, en 1869, aconsejó a las mujeres que ocuparan los puestos de los impresores en huelga en

⁴ El Sr. Shackleton fue un líder laboral. Por lo tanto, es evidente que debería presentar un proyecto de ley que excluya a sus propios electores. El Parlamento Inglés está lleno de tales Judas.

Nueva York⁵. No sé si su actitud había cambiado antes de su muerte.

Hay, por supuesto, algunas sufragistas afiliadas a las mujeres trabajadoras -la Liga Sindical de Mujeres, por ejemplo-, pero son una pequeña minoría, y sus actividades son esencialmente económicas. El resto considera el trabajo como una disposición justa de la Providencia. ¿Qué sería de los ricos si no fuera por los pobres? ¿Qué sería de esas señoras ociosas y parásitas, que despilfarran en una semana más de lo que sus víctimas ganan en un año, si no fuera por los ochenta millones de asalariados? La igualdad, ¿quién ha oído hablar de algo así?

Pocos países han producido tanta arrogancia y esnobismo como Estados Unidos. Esto es particularmente cierto en el caso de la mujer americana de clase media. No sólo se considera igual al hombre, sino superior, especialmente en su pureza, bondad y moralidad. No es de extrañar que la sufragista estadounidense reclame para su voto los poderes más milagrosos. En su exaltada presunción no ve lo verdaderamente esclavizada que está, no tanto por el hombre como por sus propias nociones y tradiciones tontas. El sufragio no

⁵ *Equal Suffrage*, Dra. Helen A. Sumner.

puede mejorar ese triste hecho; sólo puede acentuarlo, como de hecho hace.

Una de las grandes líderes americanas afirma que la mujer tiene derecho no sólo a la igualdad de salario, sino que debería tener derecho legal incluso al salario de su marido. En caso de no mantenerla, él debería ser puesto en franjas de convicto, y sus ganancias en la cárcel deberían ser cobradas por su esposa igual. ¿No reclama otro brillante exponente de la causa de la mujer que su voto abolirá el mal social, que ha sido combatido en vano por los esfuerzos colectivos de las mentes más ilustres de todo el mundo? Hay que lamentar, en efecto, que el presunto creador del universo nos haya presentado ya su maravilloso esquema de cosas, pues de lo contrario el sufragio femenino permitiría seguramente a la mujer superarlo por completo.

Nada es tan peligroso como la disección de un fetiche. Si hemos superado la época en que tal herejía se castigaba con la hoguera, no hemos superado el estrecho espíritu de condena de quienes se atreven a diferir de las nociones aceptadas. Por lo tanto, es probable que se me tache de opositor a la mujer. Pero eso no puede disuadirme de mirar la cuestión de frente. Repito lo que he dicho al principio: No creo que la mujer vaya a empeorar la política; tampoco creo que pueda

mejorarla. Si, entonces, no puede mejorar los errores del hombre, ¿por qué perpetrar estos últimos?

La historia puede ser una compilación de mentiras; sin embargo, contiene algunas verdades, y son la única guía que tenemos para el futuro. La historia de las actividades políticas de los hombres demuestra que no le han dado absolutamente nada que no pudiera haber conseguido de una manera más directa, menos costosa y más duradera. De hecho, cada pulgada de terreno que ha ganado ha sido a través de una lucha constante, una lucha incesante por la autoafirmación, y no a través del sufragio. No hay razón alguna para suponer que la mujer, en su escalada hacia la emancipación, ha sido o será ayudada por el voto.

En el más oscuro de todos los países, Rusia, con su despotismo absoluto, la mujer ha llegado a ser igual al hombre, no a través del voto, sino por su voluntad de ser y hacer. No sólo ha conquistado por sí misma todas las vías de aprendizaje y vocación, sino que se ha ganado la estima del hombre, su respeto, su camaradería; sí, incluso más que eso: se ha ganado la admiración, el respeto del mundo entero. Y eso, no por el sufragio, sino por su maravilloso heroísmo, su fortaleza, su capacidad, su fuerza de voluntad y su resistencia en su lucha por la libertad. ¿Dónde están las mujeres de cualquier

país o Estado sufragista que puedan reclamar una victoria semejante? Cuando consideramos los logros de la mujer en Estados Unidos, encontramos también que algo más profundo y poderoso que el sufragio la ha ayudado en la marcha hacia la emancipación.

Hace apenas sesenta y dos años que un puñado de mujeres, en la Convención de Seneca Falls, planteó algunas reivindicaciones para su derecho a la igualdad de educación con los hombres, y al acceso a las distintas profesiones, oficios, etc. ¡Qué maravillosos logros, qué maravillosos triunfos! ¿Quién, sino el más ignorante, se atreve a hablar de la mujer como un mero trabajo doméstico? ¿Quién se atreve a sugerir que tal o cual profesión no debería estar abierta a ella? Durante más de sesenta años ha moldeado una nueva atmósfera y una nueva vida para sí misma. Se ha convertido en una potencia mundial en todos los ámbitos del pensamiento y la actividad humana. Y todo eso sin el sufragio, sin el derecho a hacer leyes, sin el «privilegio» de ser juez, carcelero o verdugo.

Sí, puedo ser considerado un enemigo de la mujer; pero si puedo ayudarla a ver la luz, no me quejaré.

La desgracia de la mujer no es que sea incapaz de hacer el trabajo de un hombre, sino que desperdicia su fuerza vital para superarlo, con una tradición de siglos

que la ha dejado físicamente incapaz de seguir su ritmo. Oh, sé que algunas lo han conseguido, pero ¡a qué precio, a qué precio tan terrible! Lo importante no es el tipo de trabajo que hace la mujer, sino la calidad del trabajo que proporciona. Ella no puede dar al sufragio o al voto ninguna calidad nueva, ni puede recibir nada de él que mejore su propia calidad. Su desarrollo, su libertad, su independencia, deben venir de y a través de ella misma. En primer lugar, afirmándose como personalidad y no como mercancía sexual. En segundo lugar, rechazando el derecho de cualquiera sobre su cuerpo; rechazando tener hijos, a menos que los quiera; rechazando ser una sierva de Dios, del Estado, de la sociedad, del marido, de la familia, etc., haciendo su vida más sencilla, pero más profunda y más rica. Es decir, tratando de aprender el significado y la sustancia de la vida en todas sus complejidades, liberándose del miedo a la opinión pública y a la condena pública. Sólo eso, y no la papeleta, liberará a la mujer, la convertirá en una fuerza hasta ahora desconocida en el mundo, una fuerza para el amor real, para la paz, para la armonía; una fuerza de fuego divino, de vida; una creadora de hombres y mujeres libres.

Capítulo 10: La tragedia de la emancipación de la mujer

Comenzaré admitiendo lo siguiente: sin tener en cuenta las teorías políticas y económicas que tratan de las diferencias fundamentales entre las varias agrupaciones humanas; sin miramiento alguno para las distinciones de raza o de clase, sin parar mientes en la artificial línea divisoria entre los derechos del hombre y de la mujer, sostengo que puede haber un punto en cuya diferenciación misma se ha de coincidir, encontrarse y unirse en perfecto acuerdo.

Con esto no quiero proponer un pacto de paz. El general antagonismo social que se posesionó de la vida contemporánea, originado, por fuerzas de opuestos y contradictorios intereses, ha de derrumbarse cuando la reorganización de la vida societaria, al basarse sobre

principios económicos justicieros, sea un hecho y una realidad.

La paz y la armonía entre ambos sexos y entre los individuos, no ha de depender necesariamente de la igualdad superficial de los seres, ni tampoco traerá la eliminación de los rasgos y de las peculiaridades de cada individuo. El problema planteado actualmente, pudiendo ser resuelto en un futuro cercano, consiste en preciarse de ser uno mismo, dentro de la comunión de la masa de otros seres y de sentir hondamente esa unión con los demás, sin avenirse por ello a perder las características más salientes de sí mismo. Esto me parece a mí que deberá ser la base en que descansa la masa y el individuo, el verdadero demócrata y el verdadero individualista, o donde el hombre y la mujer han de poderse encontrar sin antagonismo alguno. El lema no será: perdonaos unos a otros, sino: comprendeos unos a otros. La sentencia de Mme. Stael citada frecuentemente: Comprenderlo todo es perdonarlo todo, nunca me fue simpática; huele un poco a sacristía; la idea de perdonar a otro ser demuestra una superioridad farisaica.

Comprenderse mutuamente es para mí suficiente. Admitida en parte esta premisa, ella presenta el aspecto fundamental de mi punto de vista acerca de la eman-

cipación de la mujer y de la entera repercusión en todas las de su sexo.

Su completa emancipación hará de ella un ser humano, en el verdadero sentido. Todas sus fibras más íntimas ansían llegar a la máxima expresión del juego interno de todo su ser, y barrido todo artificial convencionalismo, tendiendo a la más completa libertad, ella irá luego borrando los rezagos de centenares de años de sumisión y de esclavitud.

Este fue el motivo principal y el que originó y guió el movimiento de la emancipación de la mujer. Más los resultados hasta ahora obtenidos, la aislaron despojándola de la fuente primaveral de los sentidos y cuya dicha es esencial para ella. La tendencia emancipadora, afectándole sólo en su parte externa, la convirtió en una criatura artificial, que tiene mucho parecido con los productos de la jardinería francesa con sus jeroglíficos y geometrías en forma de pirámide, de conos, de redondeles, de cubos, etc.; cualquier cosa, menos esas formas sumergidas por cualidades interiores. En la llamada vida intelectual, son numerosas esas plantas artificiales en el sexo femenino.

¡Libertad e igualdad para las mujeres! Cuántas esperanzas y cuántas ilusiones despertaron en el seno de ellas, cuando por primera vez estas palabras fueron

lanzadas por los más valerosos y nobles espíritus de estos tiempos. Un sol, en todo el esplendor de su gloria emergía para iluminar un nuevo mundo; ese mundo, donde las mujeres se hallaban libres para dirigir sus propios destinos; un ideal que fue merecedor por cierto de mucho entusiasmo, de valor y perseverancia, y de incesantes esfuerzos por parte de un ejército de mujeres, que combatieron todo lo posible contra la ignorancia y los prejuicios.

Mi esperanza también iba hacia esa finalidad, pero opino que la emancipación como es interpretada y aplicada actualmente, fracasó en su cometido fundamental. Ahora la mujer se ve en la necesidad de emanciparse del movimiento emancipacionista si desea hallarse verdaderamente libre. Puede esto parecer paradójico, sin embargo es la pura verdad.

¿Qué consiguió ella, al ser emancipada? Libertad de sufragio, de votar. ¿Logró depurar nuestra vida política, como algunos de sus más ardientes defensores predecían? No, por cierto. De paso hay que advertir, ya llegó la hora de que la gente sensata no hable más de corruptelas políticas en tono campanudo. La corrupción en la política nada tiene que ver con la moral o las morales, ya provenga de las mismas personalidades políticas.

Sus causas proceden de un punto solo. La política es el reflejo del mundo industrial, cuya máxima es: bendito sea el que más toma y menos da; compra lo más barato y vende lo más caro posible, la mancha en una mano, lava la otra. No hay esperanza alguna de que la mujer, aun con la libertad de votar, purifique la política.

El movimiento de emancipación trajo la nivelación económica entre la mujer y el hombre; pero como su educación física en el pasado y en el presente no le suministró la necesaria fuerza para competir con el hombre, a menudo se ve obligada a un desgaste de energías enormes, a poner en máxima tensión su vitalidad, sus nervios a fin de ser evaluada en el mercado de la mano de obra. Raras son las que tienen éxito, ya que las mujeres profesoras, médicas, abogadas, arquitectos e ingenieros, no merecen la misma confianza que sus colegas los hombres, y tampoco la remuneración para ellas es paritaria. Y las que alcanzan a distinguirse en sus profesiones, lo hacen siempre a expensas de la salud de sus organismos. La gran masa de muchachas y mujeres trabajadoras, ¿qué independencia habrían ganado al cambiar la estrechez y la falta de libertad del hogar, por la carencia total de libertad de la fábrica, de la confitería, de las tiendas o de las oficinas? Además

está el peso con el que cargarán muchas mujeres al tener que cuidar el hogar doméstico, el dulce hogar, donde solo hallarán frío, desorden, aridez, después de una extenuante jornada de trabajo. ¡Gloriosa independencia esta! No hay pues que asombrarse que centenares de muchachas acepten la primera oferta de matrimonio, enfermas, fatigadas de su independencia, detrás del mostrador, o detrás de la máquina de coser o escribir. Se hallan tan dispuestas a casarse como sus compañeras de la clase media, quienes ansían substraerse de la tutela paternal.

Esa sedicente independencia, con la cual apenas se gana para vivir, no es muy atrayente, ni es un ideal; al cual no se puede esperar que se le sacrifiquen todas las cosas. La tan ponderada independencia no es después de todo más que un lento proceso para embotar, atrofiar la naturaleza de la mujer en sus instintos amorosos y maternos.

Sin embargo la posición de la muchacha obrera es más natural y humana que la de su hermana de las profesiones liberales, quien al parecer es más afortunada, profesoras, médicas, abogadas, ingenieras, las que deberán asumir una apariencia de más dignidad, de decencia en el vestir, mientras que interiormente todo es vacío y muerte.

La mezquindad de la actual concepción de la independencia y de la emancipación de la mujer; el temor de no merecer el amor del hombre que no es de su rango social; el miedo que el amor del esposo le robe su libertad; el horror a ese amor o a la alegría de la maternidad, la inducirá a engolfarse cada vez más en el ejercicio de su profesión, de modo que todo esto convierte a la mujer emancipada en una obligada vestal, ante quien la vida, con sus grandes dolores purificadores y sus profundos regocijos, pasa sin tocarla ni conmover su alma.

La idea de la emancipación, tal como la comprende la mayoría de sus adherentes y expositores, resulta un objetivo limitadísimo que no permite se expanda ni haga eclosión; esta es: el amor sin trabas, el que contiene la honda emoción de la verdadera mujer, la querida, la madre capaz de concebir en plena libertad.

La tragedia que significa resolver su problema económico y mantenerse por sus propios medios, que hubo de afrontar la mujer libre, no reside en muchas y variadas experiencias, sino en unas cuantas, las que más la aleccionaron. La verdad, ella sobrepasa a su hermana de las generaciones pretéritas, en el agudo conocimiento de la vida y de la naturaleza humana; es por eso que siente con más intensidad la falta de todo lo

más esencial en la vida lo único apropiado para enriquecer el alma humana, y que sin ello, la mayoría de las mujeres emancipadas se convierten a un automatismo profesional.

Semejante estado de cosas fue previsto por quienes supieron comprender que en los dominios de la ética quedaban aún en pie muchas ruinas de los tiempos, en que la superioridad del hombre fue indisputada; y que esas ruinas eran todavía utilizadas por las numerosas mujeres emancipadas que no podían hacer a menos de ellas. Es que cada movimiento de tinte revolucionario que persigue la destrucción de las instituciones existentes con el fin de reemplazarlas por otra estructura social mejor, logra atraerse innumerables adeptos que en teoría abogan por las ideas más radicales y en la práctica diaria, se conducen como todo el mundo, como los inconscientes y los filisteos (burgueses), fingiendo una exagerada respetabilidad en sus sentimientos e ideas y demostrando el deseo de que sus adversarios se formen la más favorable de las opiniones acerca de ellos. Aquí, por ejemplo, tenemos los socialistas y aun los anarquistas, quienes pregonan que la propiedad es un robo, y asimismo se indignarán contra quien les adeude por el valor de media docena de alfileres.

La misma clase de filisteísmo se encuentra en el movimiento de emancipación de la mujer. Periodistas amarillos y una literatura ñoña y color de rosa trataron de pintar a las mujeres emancipadas de un modo como para que se les erizaran los cabellos a los buenos ciudadanos y a sus prosaicas compañeras. De cada miembro perteneciente a las tendencias emancipacionistas, se trazaba un retrato parecido al de Georges Sand, respecto a su despreocupación por la moral. Nada era sagrado para la mujer emancipada, según esa gente. No tenía ningún respeto por los lazos ideales de una mujer y un hombre. En una palabra, la emancipación abogaba solo por una vida de atolondramiento, de lujuria y de pecado; sin miramiento por la moral, la sociedad y la religión. Las propagandistas de los derechos de la mujer se pusieron furiosas contra esa falsa versión, y exentas de ironía y humor, emplearon a fondo todas sus energías para probar que no eran tan malas como se les había pintado, sino completamente al reverso. Naturalmente decían hasta tanto la mujer siga siendo esclava del hombre, no podrá ser buena ni pura; pero ahora que al fin se ha libertado demostrará cuan buena será y cómo su influencia deberá ejercer efectos purificadores en todas las instituciones de la sociedad. Ciertamente, el movimiento en defensa de los de-

rechos de la mujer dio en tierra con más de una vieja traba o prejuicio, pero se olvidó de los nuevos.

El gran movimiento de la verdadera emancipación no se encontró con una gran raza de mujeres, capaces y con el valor de mirar en la cara a la libertad. Su estrecha y puritana visión, desterró al hombre, como a un elemento perturbador de su vida emocional, y de dudosa moralidad. El hombre no debía ser tolerado, a excepción del padre y del hijo, ya que un niño no vendrá a la vida sin el padre. Afortunadamente, el más rígido puritanismo no será nunca tan fuerte que mate el instinto de la maternidad. Pero la libertad de la mujer, hallándose estrechamente ligada con la del hombre, y las llamadas así hermanas emancipadas pasan por alto el hecho que un niño al nacer ilegalmente necesita más que otro el amor y cuidado de todos los seres que están a su alrededor, mujeres y hombres. Desgraciadamente esta limitada concepción de las relaciones humanas hubo de engendrar la gran tragedia existente en la vida del hombre y de la mujer moderna.

Hace unos quince años que apareció una obra cuyo autor era la brillante escritora noruega Laura Marholm. Se titulaba *La mujer, estudio de caracteres*. Fue una de las primeras en llamar la atención sobre la estrechez y la vaciedad del concepto de la emancipación

de la mujer, y de los trágicos efectos ejercidos en su vida interior. En su trabajo, Laura Marholm traza las figuras de varias mujeres extraordinariamente dotadas y talentosas de fama internacional; habla del genio de Eleonora Duse; de la gran matemática y escritora Sonya Kovalevskaja; de la pintora y poetisa innata que fue María Bashkirtzeff, quien murió muy joven. A través de la descripción de las existencias de esos personajes femeninos y a través de sus extraordinarias mentalidades, corre la trama deslumbrante de los anhelos insatisfechos, que claman por un vivir más pleno, más armonioso y más bello y al no alcanzarlo, de ahí su inquietud y su soledad. Y a través de esos bocetos psicológicos, magistralmente realizados, no se puede menos de notar que cuanto más alto es el desarrollo de la mentalidad de una mujer, son más escasas las probabilidades de hallar el ser, el compañero de ruta que le sea completamente afín; el que no verá en ella, no solamente la parte sexual, sino la criatura humana, el amigo, el camarada de fuerte individualidad, quien no tiene por qué perder un solo rasgo de su carácter.

La mayoría de los hombres, pagados por su suficiencia, con su aire ridículo de tutelaje hacia el sexo débil, resultarían entes algo absurdos, imposibles para una mujer como las descritas en el libro de Laura

Marholom. Igualmente imposible sería que no se quisiese ver en ellas más que sus mentalidades y su genio, y no se supiese despertar su naturaleza femenina.

Un poderoso intelecto y la fineza de sensibilidad y sentimiento son dos facultades que se consideran como los necesarios atributos que integrarán una bella personalidad. En el caso de la mujer moderna, ya no es lo mismo. Durante algunos centenares de años el matrimonio basado en la Biblia, hasta la muerte de una de las partes, se reveló como una institución que se apuntaba en la soberanía del hombre en perjuicio de la mujer, exige su completa sumisión a su voluntad y a sus caprichos, dependiendo de él por su nombre y por su manutención. Repetidas veces se ha hecho comprobar que las antiguas relaciones matrimoniales se reducían a hacer de la mujer una sierva y una incubadora de hijos. Y no obstante, son muchas las mujeres emancipadas que prefieren el matrimonio a las estrecheces de la soltería, estrecheces convertidas en insoportables por causa de las cadenas de la moral y de los prejuicios sociales, que cohiben y coartan su naturaleza.

La explicación de esa inconsistencia de juicio por parte del elemento femenino avanzado, se halla en que no se comprendió lo que verdaderamente significaba el movimiento emancipacionista. Se pensó que todo

lo que se necesitaba era la independencia contra las tiranías exteriores; y las tiranías internas, mucho más dañinas a la vida y a sus progresos las convenciones éticas y sociales se las dejó estar, para que se cuidaran a sí mismas, y ahora están muy bien cuidadas. Y éstas parece que se anidan con tanta fuerza y arraigo en las mentes y en los corazones de las más activas propagandistas de la emancipación, como los que tuvieron en las cabezas y en los corazones de sus abuelas.

¿Esos tiranos internos acaso no se encarnan en la forma de la pública opinión, o lo que dirá mamá, papá, tía, y otros parientes; lo que dirá Mrs. Grundy, Mr. Comstock, el patrón, y el Consejo de Educación? Todos esos organismos tan activos, pesquisas morales, carceleros del espíritu humano, ¿qué han de decir? Hasta que la mujer no haya aprendido a desafiar a todas las instituciones, resistir firmemente en su sitio, insistiendo que no se la despoje de la menor libertad; escuchando la voz de su naturaleza, ya la llame para gozar de los grandes tesoros de la vida, el amor por un hombre, o para cumplir con su más gloriosa misión, el derecho de dar libremente la vida a una criatura humana, no se puede llamar emancipada. Cuántas mujeres emancipadas han sido lo bastante valerosas para confesarse que la voz del amor lanzaba sus

ardorosos llamados, golpeaba salvajemente su seno, pidiendo ser escuchado, ser satisfecho.

El escritor francés Jean Reibrach, en una de sus novelas, *New Beauty La Nueva Bellezaintenta* describir el ideal de la mujer bella y emancipada. Este ideal está personificado en una joven, doctorada en medicina. Habla con mucha inteligencia y cordura de cómo debe alimentarse un bebé; es muy bondadosa, suministra gratuitamente sus servicios profesionales y las medicinas para las madres pobres. Conversa con un joven, una de sus amistades, acerca de las condiciones sanitarias del porvenir y cómo los bacilos y los gérmenes serán exterminados una vez que se adopten paredes y pisos de mármol, piedra o baldosas, haciendo a menos de las alfombras y de los cortinados. Ella naturalmente, viste sencillamente y casi siempre de negro. El joven, quien en el primer encuentro se sintió intimidado ante la sabiduría de su emancipada amiga, gradualmente la va conociendo y comprendiendo cada vez más, hasta que un buen día se da cuenta que la ama. Los dos son jóvenes, ella es buena y bella y, aunque un tanto severa en su continencia, su apariencia se suaviza con el inmaculado cuello y puños. Uno esperaría que le confesara su amor, pero él no está por cometer ningún gesto romántico y absurdo. La poesía y el entusiasmo

del amor le hacen ruborizar, ante la pureza de la novia. Silencia el naciente amor, y permanece correcto. También, ella es muy medida, muy razonable, muy decente. Temo que de haberse unido esa pareja, el jovencito hubiera corrido el riesgo de helarse hasta morir. Debo confesar que nada veo de hermoso en esta nueva belleza, que es tan fría como las paredes y los pisos que ella sueña implantar en el porvenir. Prefiero más bien los cantos de amor de la época romántica, don Juan y Venus, más bien el mocetón que rapta a su amada en una noche de luna, con las escaleras de cuerda, perseguido por la maldición del padre y los gruñidos de la madre, y el chismorreo moral del vecindario, que la corrección y la decencia medida por el metro del tendero. Si el amor no sabe darse sin restricciones, no es amor, sino solamente una transacción, que acabará en desastre por el más o el menos.

La gran limitación de miras del movimiento emancipacionista de la actualidad, reside en su artificial estiramiento y en la mezquina respetabilidad con que se reviste, lo que produce un vacío en el alma de la mujer, no permitiéndole satisfacer sus más naturales ansias. Una vez hice notar que parecía existir una más estrecha relación entre la madre de corte antiguo, el ama de casa siempre alerta, velando por la felicidad de sus

pequeños y el bienestar de los suyos, y la verdadera mujer moderna, que con la mayoría de las emancipadas. Estas discípulas de la emancipación depurada, clamaron contra mi heterodoxia y me declararon buena para la hoguera. Su ciego celo no les dejó ver que mi comparación entre lo viejo y lo nuevo tendía solamente a probar que un buen número de nuestras abuelas tenían más sangre en las venas, mucho más humor e ingenio, y algunas poseían en alto grado naturalidad, sentimientos bondadosos y sencillez, más que la mayoría de nuestras profesionales emancipadas que llenan las aulas de los colegios, las universidades y las oficinas. Esto después de todo no significa el deseo de retornar al pasado, ni relegar a la mujer a su antigua esfera, la cocina y al amamantamiento de las crías.

La salvación estriba en una enérgica marcha hacia un futuro cada vez más radiante. Necesitamos que cada vez sea más intenso el desdén, el desprecio, la indiferencia contra las antiguas tradiciones y los viejos hábitos. El movimiento emancipacionista ha dado apenas el primer paso en este sentido. Es de esperar que reúna sus fuerzas para dar otro. El derecho del voto, de la igualdad de los derechos civiles, pueden ser conquistas valiosas; pero la verdadera emancipación no empieza en los parlamentos, ni en las urnas. Empieza

en el alma de la mujer. La historia nos cuenta que las clases oprimidas conquistaron su verdadera libertad, arrancándosela a sus amos en una serie de esfuerzos. Es necesario que la mujer se grave en la memoria esa enseñanza y que comprenda que tendrá toda la libertad que sus mismos esfuerzos alcancen a obtener. Es por eso mucho más importante que comience con su regeneración interna, cortando el lazo del peso de los prejuicios, tradiciones y costumbres rutinarias. La demanda para poseer iguales derechos en todas las profesiones de la vida contemporánea es justa; pero, después de todo, el derecho más vital es el de poder amar y ser amada.

Verdaderamente, si de una emancipación apenas parcial se llega a la completa emancipación de la mujer, habrá que barrer de una vez con la ridícula noción que ser amada, ser querida y madre, es sinónimo de esclava o de completa subordinación. Deberá hacer desaparecer la absurda noción del dualismo del sexo, o que el hombre y la mujer representan dos mundos antagónicos.

La pequeñez separa; la amplitud une. Dejen que seamos grandes y generosos. Déjenos hacer de lado un cúmulo de complicadas mezquindades para quedarnos con las cosas vitales. Una sensata concepción acerca

de las relaciones de los sexos no ha de admitir el conquistado y el conquistador; no conoce más que esto: prodigarse, entregarse sin tasa para encontrarse a sí mismo más rico, más profundo, mejor. Ello sólo podrá colmar la vaciedad interior, y transformar la tragedia de la emancipación de la mujer, en gozosa alegría, en dicha ilimitada.

Capítulo 11: El matrimonio y el amor

La noción popular sobre el matrimonio y el amor es que son sinónimos, que surgen de los mismos motivos y cubren las mismas necesidades humanas. Como la mayoría de las nociones populares, ésta tampoco se basa en hechos reales, sino en la superstición.

El matrimonio y el amor no tienen nada en común; están tan alejados como los polos; son, de hecho, antagónicos entre sí. Sin duda, algunos matrimonios han sido el resultado del amor. Pero no porque el amor sólo pueda afirmarse en el matrimonio, sino porque pocas personas pueden superar completamente una convención. Hoy en día hay un gran número de hombres y mujeres para los que el matrimonio no es más que una farsa, pero que se someten a él por la opinión pública. En cualquier caso, aunque es cierto que algunos matrimonios se basan en el amor, y aunque es igualmente

cierto que en algunos casos el amor continúa en la vida matrimonial, sostengo que lo hace independientemente del matrimonio, y no a causa de él.

Por otra parte, es totalmente falso que el amor sea el resultado del matrimonio. En raras ocasiones se oye hablar de un caso milagroso de una pareja casada que se enamora después del matrimonio, pero si se examina de cerca se verá que es una mera adaptación a lo inevitable. Ciertamente, el acostumbamiento mutuo está muy lejos de la espontaneidad, la intensidad y la belleza del amor, sin las cuales la intimidad del matrimonio debe resultar degradante tanto para la mujer como para el hombre.

El matrimonio es ante todo un acuerdo económico, un pacto de seguro. Sólo se diferencia del contrato de seguro de vida ordinario en que es más vinculante, más exigente. Su rendimiento es insignificante en comparación con las inversiones. Al contratar una póliza de seguro, uno paga por ella en dólares y centavos, y siempre tiene la libertad de suspender los pagos. Sin embargo, si la prima de la mujer es un marido, lo paga con su nombre, su intimidad, su autoestima, su propia vida, «hasta que la muerte la separe». Además, el seguro matrimonial la condena a la dependencia de por vida, al parasitismo, a la completa inutilidad, tanto in-

dividual como social. El hombre también paga su peaje, pero como su esfera es más amplia, el matrimonio no le limita tanto como a la mujer. Siente sus cadenas más en un sentido económico.

Así, el lema de Dante sobre el Infierno se aplica con igual fuerza al matrimonio: «Los que entráis aquí dejáis toda esperanza».

Que el matrimonio es un fracaso nadie, salvo los más estúpidos, lo negará. No hay más que echar un vistazo a las estadísticas de divorcios para darse cuenta del amargo fracaso que supone el matrimonio. Ni el estereotipado argumento filisteo de que la laxitud de las leyes de divorcio y la creciente soltura de la mujer explican el hecho de que: primero, uno de cada doce matrimonios termina en divorcio; segundo, que desde 1870 los divorcios han aumentado de 28 a 73 por cada cien mil habitantes; tercero, que el adulterio, desde 1867, como causa de divorcio, ha aumentado un 270,8 por ciento; cuarto, que el abandono aumentó un 369,8 por ciento.

A estas sorprendentes cifras se añade una gran cantidad de material, dramático y literario, que aclara aún más este tema. Robert Herrick, en *Together*; Pinero, en *Mid-Channel*; Eugene Walter, en *Paid in Full*, y decenas de otros escritores discuten la esterilidad, la mo-

notonía, la sordidez, la insuficiencia del matrimonio como factor de armonía y entendimiento.

El estudiante social reflexivo no se contentará con la excusa superficial popular de este fenómeno. Tendrá que profundizar en la propia vida de los sexos para saber por qué el matrimonio resulta tan desastroso.

Edward Carpenter dice que detrás de cada matrimonio se encuentra el entorno de toda la vida de los dos sexos; un entorno tan diferente entre sí que el hombre y la mujer deben permanecer extraños. Separados por un muro infranqueable de superstición, costumbre y hábito, el matrimonio no tiene la potencialidad de desarrollar el conocimiento y el respeto mutuo, sin el cual toda unión está condenada al fracaso.

Henrik Ibsen, que odia todas las farsas sociales, fue probablemente el primero en darse cuenta de esta gran verdad. Nora abandona a su marido, no -como quiere la estúpida crítica- porque esté cansada de sus responsabilidades o sienta la necesidad de los derechos de la mujer, sino porque ha llegado a saber que durante ocho años ha vivido con un extraño y le ha dado hijos. ¿Puede haber algo más humillante, más degradante, que una proximidad de por vida entre dos desconocidos? No es necesario que la mujer sepa nada del hombre, salvo sus ingresos. En cuanto al conocimiento

de la mujer, ¿qué hay que saber, excepto que tiene una apariencia agradable? Todavía no hemos superado el mito teológico de que la mujer no tiene alma, que es un mero apéndice del hombre, hecho de su costilla sólo para la conveniencia del caballero que era tan fuerte que tenía miedo de su propia sombra.

Tal vez la mala calidad de la materia de la que procede la mujer sea la responsable de su inferioridad. En cualquier caso, la mujer no tiene alma, ¿qué hay que saber de ella? Además, cuanto menos alma tenga la mujer, mayor será su ventaja como esposa, más fácilmente se absorberá en su marido. Es este consentimiento servil a la superioridad del hombre lo que ha mantenido la institución matrimonial aparentemente intacta durante tanto tiempo. Ahora que la mujer está entrando en escena, ahora que está tomando conciencia de sí misma como un ser fuera de la gracia del amo, la sagrada institución del matrimonio está siendo gradualmente socavada, y ninguna cantidad de lamentaciones sentimentales puede detenerla.

Desde la infancia, casi, a la chica promedio se le dice que el matrimonio es su objetivo final; por lo tanto, su formación y educación deben dirigirse hacia ese fin. Como la bestia muda engordada para la matanza, está preparada para ello. Sin embargo, curiosamente, se le

permite saber mucho menos sobre su función como esposa y madre que el artesano ordinario de su oficio. Es indecente y sucio que una chica respetable sepa algo de la relación matrimonial. Oh, por la inconsistencia de la respetabilidad, que necesita el voto matrimonial para convertir algo que es sucio en el acuerdo más puro y sagrado que nadie se atreve a cuestionar o criticar. Sin embargo, esa es exactamente la actitud del defensor promedio del matrimonio. La futura esposa y madre es mantenida en completa ignorancia de su única ventaja en el campo competitivo: el sexo. Así, entra en relaciones de por vida con un hombre sólo para encontrarse escandalizada, repelida, ultrajada sin medida por el instinto más natural y saludable, el sexo. Se puede decir que un gran porcentaje de la infelicidad, la miseria, la angustia y el sufrimiento físico del matrimonio se debe a la criminal ignorancia en materia de sexo que se ensalza como una gran virtud. Tampoco exagero en absoluto cuando digo que más de un hogar se ha roto por este hecho deplorable.

Sin embargo, si la mujer es lo suficientemente libre y grande como para aprender el misterio del sexo sin la sanción del Estado o de la Iglesia, será condenada como absolutamente incapaz de convertirse en la esposa de un hombre «bueno», cuya bondad consis-

te en una cabeza vacía y mucho dinero. ¿Puede haber algo más escandaloso que la idea de que una mujer sana y madura, llena de vida y pasión, deba negar la demanda de la naturaleza, deba someter su deseo más intenso, minar su salud y quebrantar su espíritu, deba atrofiar su visión, abstenerse de la profundidad y la gloria de la experiencia sexual hasta que llegue un hombre «bueno» que la tome como esposa? Eso es precisamente lo que significa el matrimonio. ¿Cómo puede terminar un acuerdo de este tipo si no es en el fracaso? Este es un factor, aunque no el menos importante, del matrimonio, que lo diferencia del amor.

La nuestra es una época práctica. Ya no existe la época en que Romeo y Julieta se arriesgaban a la ira de sus padres por amor, ni Gretchen se exponía a las habladurías de sus vecinos por amor. Si, en raras ocasiones, los jóvenes se permiten el lujo del romance, los mayores los cuidan, los taladran y los machacan hasta que se vuelven «sensatos».

La lección moral que se inculca a la muchacha no es si el hombre ha despertado su amor, sino más bien es: «¿Cuánto?» El importante y único Dios de la vida práctica americana: ¿Puede el hombre ganarse la vida? ¿Puede mantener a una esposa? Eso es lo único que justifica el matrimonio. Poco a poco esto satura todos los

pensamientos de la muchacha; sus sueños no son de luz de luna y besos, de risas y lágrimas; sueña con viajes de compras y mostradores de ofertas. Esta pobreza del alma y la sordidez son los elementos inherentes a la institución del matrimonio. El Estado y la Iglesia no aprueban ningún otro ideal, simplemente porque es el que necesita el control del Estado y de la Iglesia sobre los hombres y las mujeres.

Sin duda, hay personas que siguen considerando el amor por encima de los dólares y los centavos. Esto es particularmente cierto para esa clase a la que la necesidad económica ha obligado a ser autosuficiente. El tremendo cambio en la posición de la mujer, provocado por ese poderoso factor, es ciertamente fenomenal cuando reflexionamos que hace poco tiempo que ha entrado en la arena industrial. Seis millones de mujeres asalariadas; seis millones de mujeres, que tienen el mismo derecho que los hombres a ser explotadas, a ser robadas, a ir a la huelga; sí, incluso a morir de hambre. ¿Algo más, señor? Sí, seis millones de trabajadores por edad en todos los ámbitos de la vida, desde el trabajo cerebral más elevado hasta el trabajo servil más difícil en las minas y en las vías del ferrocarril; sí, incluso detectives y policías. Sin duda, la emancipación es completa.

Sin embargo, con todo esto, sólo un número muy pequeño del vasto ejército de mujeres asalariadas considera el trabajo como una cuestión permanente, bajo la misma luz que el hombre. Por muy decrépito que esté este último, se le ha enseñado a ser independiente y autosuficiente. Oh, sé que nadie es realmente independiente en nuestro molino económico; sin embargo, el más pobre espécimen de hombre odia ser un parásito; ser conocido como tal, en todo caso.

La mujer considera que su posición de trabajadora es transitoria, que se puede dejar de lado por el primer postor. Por eso es infinitamente más difícil organizar a las mujeres que a los hombres. «¿Por qué debería afiliarme a un sindicato? Voy a casarme, a tener un hogar». ¿No se le ha enseñado desde la infancia a ver eso como su última vocación? Pronto aprende que el hogar, aunque no es una prisión tan grande como la fábrica, tiene puertas y barrotes más sólidos. Tiene un guardián tan fiel que nada puede escapar de él. Sin embargo, lo más trágico es que el hogar ya no la libera de la esclavitud asalariada; sólo aumenta su tarea.

Según las últimas estadísticas presentadas ante un Comité «sobre el trabajo y los salarios, y la congestión de la población», el diez por ciento de los trabajadores asalariados sólo en la ciudad de Nueva York están

casados, y sin embargo deben seguir trabajando en la labor más mal pagada del mundo. Añádase a este horrible aspecto la monotonía del trabajo doméstico, y ¿qué queda de la protección y la gloria del hogar? De hecho, incluso la chica de clase media casada no puede hablar de su hogar, ya que es el hombre quien crea su esfera. No es importante si el marido es un bruto o un encanto. Lo que quiero demostrar es que el matrimonio garantiza a la mujer un hogar sólo por la gracia de su marido. Allí se mueve en su casa, año tras año, hasta que su aspecto de la vida y los asuntos humanos se vuelve tan plano, estrecho y monótono como su entorno. No es de extrañar que se convierta en una gruñona, mezquina, pendenciera, chismosa e insoportable, lo que hace que el hombre abandone la casa. Ella no podría irse, aunque quisiera; no hay lugar donde ir. Además, un corto período de vida matrimonial, de completa entrega de todas las facultades, incapacita absolutamente a la mujer promedio para el mundo exterior. Se vuelve imprudente en apariencia, torpe en sus movimientos, dependiente en sus decisiones, cobarde en su juicio, un peso y un aburrimiento, que la mayoría de los hombres llegan a odiar y despreciar. Una atmósfera maravillosamente inspiradora para el porte de la vida, ¿no es así?

Pero el niño, ¿cómo va a ser protegido, si no es por el matrimonio? Después de todo, ¿no es esa la consideración más importante? ¡La farsa, la hipocresía de esto! El matrimonio protegiendo al niño, y sin embargo miles de niños desamparados y sin hogar. El matrimonio protege al niño, pero los asilos de huérfanos y los reformatorios están abarrotados, la Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra los Niños se mantiene ocupada en rescatar a las pequeñas víctimas de padres «amorosos», para ponerlas bajo un cuidado más amoroso, la Sociedad Gerry. ¡Oh, qué burla!

El matrimonio puede tener el poder de «llevar el caballo al agua», pero ¿alguna vez lo ha hecho beber? La ley pondrá al padre bajo arresto, y lo pondrá en ropa de convicto; pero ¿alguna vez ha calmado eso el hambre del niño? Si el padre no tiene trabajo, o si oculta su identidad, ¿qué hace entonces el matrimonio? Invoca la ley para llevar al hombre ante la «justicia», para ponerlo a salvo tras las puertas cerradas; su trabajo, sin embargo, no va al niño, sino al Estado. El niño no recibe más que un recuerdo borroso de las rayas de su padre.

En cuanto a la protección de la mujer, ahí está la maldición del matrimonio. No es que la proteja realmente, sino que la idea misma es tan repugnante, tan

atroz e insultante para la vida, tan degradante para la dignidad humana, que condena para siempre esta institución parasitaria.

Es como ese otro acuerdo paternal: el capitalismo. Le roba al hombre su derecho de nacimiento, atrofia su crecimiento, envenena su cuerpo, lo mantiene en la ignorancia, en la pobreza y en la dependencia, y luego instituye organizaciones benéficas que prosperan sobre el último vestigio de la autoestima del hombre.

La institución del matrimonio convierte a la mujer en un parásito, en una dependiente absoluta. La incapacita para la lucha de la vida, aniquila su conciencia social, paraliza su imaginación, y luego impone su graciosa protección, que es en realidad una trampa, una parodia del carácter humano.

Si la maternidad es la más alta realización de la naturaleza de la mujer, ¿qué otra protección necesita sino el amor y la libertad? El matrimonio no hace más que profanar, ultrajar y corromper su realización. ¿No le dice a la mujer: «Sólo cuando me sigas darás vida»? ¿No la condena a la cuadra, no la degrada y avergüenza si se niega a comprar su derecho a la maternidad vendiéndose a sí misma? ¿Acaso el matrimonio no sanciona la maternidad, aunque sea concebida en el odio, en la compulsión? Sin embargo, si la maternidad es de

libre elección, de amor, de éxtasis, de pasión desafiante, ¿no coloca una corona de espinas sobre una cabeza inocente y graba con letras de sangre el horrible epíteto de Bastardo? Si el matrimonio contuviera todas las virtudes que se le atribuyen, sus crímenes contra la maternidad lo excluirían para siempre del reino del amor.

El amor, el elemento más fuerte y profundo de toda la vida, el precursor de la esperanza, de la alegría, del éxtasis; el amor, el desafiante de todas las leyes, de todas las convenciones; el amor, el más libre, el más poderoso moldeador del destino humano; ¿cómo puede una fuerza tan convincente ser sinónimo de esa pobre hierba engendrada por el Estado y la Iglesia, el matrimonio?

¿Amor libre? ¡Como si el amor no fuera gratuito! El hombre ha comprado cerebros, pero todos los millones del mundo no han podido comprar el amor. El hombre ha sometido cuerpos, pero todo el poder de la tierra ha sido incapaz de someter el amor. El hombre ha conquistado naciones enteras, pero todos sus ejércitos no han podido conquistar el amor. El hombre ha encadenado y encadenado el espíritu, pero ha sido totalmente impotente ante el amor. En lo alto de un trono, con todo el esplendor y la pompa que su oro pueda ordenar,

el hombre es aún pobre y desolado, si el amor pasa de largo. Y si se queda, el más pobre tugurio está radiante de calor, de vida y de color. Así, el amor tiene el poder mágico de hacer de un mendigo un rey. Sí, el amor es libre; no puede habitar en ninguna otra atmósfera. En la libertad se entrega sin reservas, abundantemente, completamente. Todas las leyes de los estatutos, todos los tribunales del universo, no pueden arrancarlo de la tierra, una vez que el amor ha echado raíces. Pero si la tierra es estéril, ¿cómo puede el matrimonio hacerla fructificar? Es como la última y desesperada lucha de la vida fugaz contra la muerte.

El amor no necesita protección; es su propia protección. Mientras el amor engendre vida, ningún niño queda abandonado, ni hambriento, ni famélico por falta de afecto. Sé que esto es cierto. Conozco mujeres que se convirtieron en madres en libertad por los hombres que amaron. Pocos hijos en el matrimonio gozan del cuidado, la protección, la devoción que la maternidad libre es capaz de otorgar.

Los defensores de la autoridad temen el advenimiento de una maternidad libre, no sea que les robe su presa. ¿Quién lucharía en las guerras? ¿Quién crearía la riqueza? ¿Quién haría de policía, de carcelero, si la mujer se negara a la crianza indiscriminada de los

hijos? La raza, la raza! grita el rey, el presidente, el capitalista, el sacerdote. La raza debe ser preservada, aunque la mujer sea degradada a una mera máquina, y la institución del matrimonio es nuestra única válvula de seguridad contra el pernicioso despertar sexual de la mujer. Pero son vanos estos frenéticos esfuerzos por mantener un estado de servidumbre. En vano, también, los edictos de la Iglesia, los locos ataques de los gobernantes, en vano incluso el brazo de la ley. La mujer ya no quiere ser partícipe de la producción de una raza de seres humanos enfermizos, débiles, decrepitos y miserables, que no tienen ni la fuerza ni el valor moral para liberarse del yugo de la pobreza y la esclavitud. En cambio, desea menos y mejores hijos, engendrados y criados en el amor y por libre elección; no por obligación, como impone el matrimonio. Nuestros pseudomoralistas no han aprendido aún el profundo sentido de la responsabilidad hacia el hijo, que el amor en libertad ha despertado en el pecho de la mujer. Prefiere renunciar para siempre a la gloria de la maternidad que dar a luz en una atmósfera que sólo respira destrucción y muerte. Y si se convierte en madre, es para dar al niño lo más profundo y mejor que su ser puede dar. Crecer con el niño es su

lema; sabe que sólo así puede ayudar a construir la verdadera hombría y feminidad.

Ibsen debió de tener una visión de una madre libre, cuando, con un golpe maestro, retrató a la señora Alving. Era la madre ideal porque había superado el matrimonio y todos sus horrores, porque había roto sus cadenas y dejado su espíritu libre para elevarse hasta devolverle una personalidad, regenerada y fuerte. Por desgracia, era demasiado tarde para rescatar la alegría de su vida, su Oswald; pero no demasiado tarde para darse cuenta de que el amor en libertad es la única condición de una vida hermosa. Quienes, como la señora Alving, han pagado con sangre y lágrimas su despertar espiritual, repudian el matrimonio como una imposición, una burla superficial y vacía. Saben que, ya sea que el amor dure sólo un breve lapso de tiempo o por la eternidad, es la única base creativa, inspiradora y elevadora para una nueva raza, un nuevo mundo.

En nuestro actual estado pigmeo, el amor es realmente un extraño para la mayoría de la gente. Incomprendido y rechazado, rara vez echa raíces; o si lo hace, pronto se marchita y muere. Su delicada fibra no puede soportar el estrés y la tensión de la rutina diaria. Su alma es demasiado compleja para ajustarse a la viscosa trama de nuestro tejido social. Lloro y gime y sufre

con aquellos que lo necesitan, pero que carecen de la capacidad de elevarse a la cima del amor.

Algún día, algún día los hombres y las mujeres se elevarán, llegarán a la cima de la montaña, se encontrarán grandes y fuertes y libres, dispuestos a recibir, a participar y a deleitarse con los rayos dorados del amor. Qué fantasía, qué imaginación, qué genio poético puede prever, siquiera aproximadamente, las potencialidades de tal fuerza en la vida de los hombres y las mujeres. Si el mundo ha de dar a luz a la verdadera compañía y a la unidad, no será el matrimonio, sino el amor el padre.

Capítulo 12: El drama moderno: Un poderoso difusor del pensamiento radical

Mientras el descontento y el malestar no se hagan sentir más que mudamente dentro de una clase social limitada, los poderes de la reacción pueden a menudo tener éxito en la supresión de tales manifestaciones. Pero cuando el descontento mudo se convierte en una expresión consciente y llega a ser casi universal, afecta necesariamente a todas las fases del pensamiento y la acción humanos, y busca su expresión individual y social en la transvaloración gradual de los valores existentes.

Una apreciación adecuada de la tremenda difusión del moderno malestar social consciente no puede obte-

nerse de la literatura meramente propagandística. Más bien debemos familiarizarnos con las fases más amplias de la expresión humana que se manifiestan en el arte, la literatura y, sobre todo, en el drama moderno, el intérprete más fuerte y de mayor alcance de nuestra profunda insatisfacción.

¡Qué tremendo factor para el despertar del descontento consciente son los simples lienzos de un Millet! Las figuras de sus campesinos, qué terrible acusación contra nuestros males sociales; males que condenan al hombre de la azada a un trabajo pesado sin esperanza, excluido él mismo de la generosidad de la naturaleza.

La visión de un Meunier concibe la creciente solidaridad y el desafío del trabajo en el grupo de mineros que lleva a su hermano mutilado a un lugar seguro. Su genio retrata así con fuerza la interrelación del malestar hirviente entre los que se esclavizan en las entrañas de la tierra, y la revuelta espiritual que busca la expresión artística.

No menos importante es el factor del despertar rebelde en la literatura moderna: Turgeniev, Dostoievski, Tolstoi, Andréiev, Gorki, Whitman, Emerson y decenas de otros encarnan el espíritu del fermento universal y el anhelo de cambio social.

El drama moderno tiene un alcance aún mayor, ya que es el fermento del pensamiento radical y el difusor de nuevos valores.

Puede parecer una exageración atribuir al drama moderno un papel tan importante. Pero un estudio del desarrollo de las ideas modernas en la mayoría de los países demostrará que el drama ha logrado transmitir grandes verdades sociales, verdades que generalmente se ignoran cuando se presentan en otras formas. Sin duda hay excepciones, como Rusia y Francia.

Rusia, con su terrible presión política, ha hecho pensar a la gente y ha despertado sus simpatías sociales, por el tremendo contraste que existe entre la vida intelectual del pueblo y el régimen despótico que intenta aplastar esa vida. Sin embargo, aunque las grandes obras dramáticas de Tolstoi, Tchechov, Gorki y Andreiev reflejan estrechamente la vida y la lucha, las esperanzas y las aspiraciones del pueblo ruso, no han influido en el pensamiento radical en la medida en que lo ha hecho el drama en otros países.

Quién puede negar, sin embargo, la tremenda influencia ejercida por El poder de las tinieblas o Alojamiento nocturno. Tolstoi, el auténtico y verdadero cristiano, es sin embargo el mayor enemigo del cristianismo organizado. Con una mano maestra retrata los

efectos destructivos sobre la mente humana del poder de las tinieblas, las supersticiones de la Iglesia cristiana.

¿Qué otro medio podría expresar, con tanta fuerza dramática, la responsabilidad de la Iglesia por los crímenes cometidos por sus víctimas engañadas; qué otro medio podría, en consecuencia, despertar la indignación de la conciencia del hombre?

Igualmente directa y poderosa es la acusación contenida en Alojamiento nocturno de Gorki. Los parias sociales, obligados a la pobreza y al crimen, se aferran desesperadamente a los últimos vestigios de esperanza y aspiración. Existencias perdidas, arruinadas y aplastadas por un entorno cruel y antisocial.

Por otra parte, Francia, con su continua lucha por la libertad, es ciertamente la cuna del pensamiento radical; como tal, tampoco necesitaba el drama como medio de despertar. Sin embargo, las obras de Brieux - como *Robe Rouge*, que retrata la terrible corrupción del poder judicial- y *Les Affaires sont les Affaires*, de Mirbeau -que retrata la influencia destructiva de la riqueza en el alma humana- han llegado sin duda a círculos más amplios que la mayoría de los artículos y libros que se han escrito en Francia sobre la cuestión social.

En países como Alemania, Escandinavia, Inglaterra, e incluso en América -aunque en menor grado- el drama es el vehículo que realmente está haciendo historia, difundiendo el pensamiento radical en rangos que no se alcanzarían de otra manera.

Tomemos el ejemplo de Alemania. Durante casi un cuarto de siglo, hombres con cerebro, con ideas y con la mayor integridad, hicieron el trabajo de su vida para difundir la verdad de la hermandad humana, de la justicia, entre los oprimidos y los oprimidas. El socialismo, esa tremenda ola revolucionaria, fue para las víctimas de un sistema despiadado e inhumano como el agua para los labios resecaos del viajero del desierto. ¡Ay! El pueblo culto permanecía absolutamente indiferente; para ellos esa marea revolucionaria no era más que el murmullo de hombres insatisfechos y descontentos, peligrosos y analfabetos alborotadores, cuyo lugar apropiado era tras las rejas de la cárcel.

Satisfechos de sí mismos, como suelen ser los «cultos», no podían entender por qué había que preocuparse por el hecho de que miles de personas pasaran hambre, aunque contribuyeran a la riqueza del mundo. Rodeados de belleza y lujo, no podían creer que junto a ellos vivieran seres humanos degradados a una posi-

ción más baja que la de una bestia, sin cobijo y harapientos, sin esperanza ni ambición.

Esta situación fue particularmente pronunciada en Alemania después de la guerra franco-alemana. Llena hasta los topes con su victoria, Alemania prosperó con una literatura sentimental y patriótica, envenenando así las mentes de la juventud del país con la gloria de la conquista y el derramamiento de sangre.

La Alemania intelectual tuvo que refugiarse en la literatura de otros países, en las obras de Ibsen, Zola, Daldet, Maupassant y, sobre todo, en las grandes obras de Dostoievski, Tolstoi y Turgeniev. Pero como ningún país puede mantener durante mucho tiempo un nivel de cultura sin una literatura y un drama relacionados con su propio suelo, Alemania comenzó a desarrollar gradualmente un drama que reflejaba la vida y las luchas de su propio pueblo.

Arno Holz, uno de los dramaturgos más jóvenes de la época, sacó a los filisteos de su tranquilidad y comodidad con su *Familie Selicke*. La obra trata de los desechos de la sociedad, hombres y mujeres de los callejones, cuya única subsistencia consiste en lo que pueden recoger de los barriles de basura. Un tema espantoso, ¿no? Sin embargo, ¿qué otro método existe para romper la dura coraza de las mentes y las almas de perso-

nas que nunca han conocido la necesidad y que, por tanto, suponen que todo está bien en el mundo?

No hace falta decir que la obra despertó una tremenda indignación. La verdad es amarga, y la gente que vive en la Quinta Avenida de Berlín odiaba ser confrontada con la verdad.

No es que Familie Selicke representara nada que no se hubiera escrito durante años sin ningún resultado aparente. Pero el genio dramático de Holz, junto con la poderosa interpretación de la obra, se abrió paso necesariamente en los círculos más amplios y obligó a la gente a reflexionar sobre las terribles desigualdades que les rodeaban.

Las obras de Sudermann, *Ehre*¹ y *Heimat*², tratan temas vitales. Ya me he referido a que el patriotismo sentimental ha hecho girar tan completamente la cabeza del alemán medio como para crear una concepción pervertida del honor. Los duelos se convirtieron en un asunto cotidiano que costó innumerables vidas. Varios escritores importantes lanzaron un gran grito contra esta moda. Pero nada actuó como un clarifica-

¹ Honor.

² Magda.

dor y exponente de esa enfermedad nacional como el Ehre.

No es que la obra se limite a tratar el tema de los duelos, sino que analiza el verdadero significado del honor, demostrando que no es un sentimiento fijo e innato, sino que varía en cada pueblo y en cada época, dependiendo especialmente de la posición económica y social de cada uno. En esta obra nos damos cuenta de que el hombre de la mansión de piedra rojiza definirá necesariamente el honor de forma diferente a sus víctimas.

La familia Heinecke disfruta de la caridad del millonario Mühling, permitiéndosele ocupar una destartalada chabola en sus instalaciones en ausencia de su hijo, Robert. Este último, como representante de Mühling, está haciendo una gran fortuna para su empleador en la India. A su regreso, Robert descubre que su hermana ha sido seducida por el joven Mühling, cuyo padre se ofrece amablemente a arreglar las cosas con un cheque de 40.000 marcos. Robert, indignado, se resiente del insulto al honor de su familia y es inmediatamente despedido de su puesto por insolencia. Finalmente, Robert lanza esta acusación a la cara del millonario filántropo:

«Nosotros nos esclavizamos por usted, sacrificamos la sangre de nuestro corazón por usted, mientras usted seduce a nuestras hijas y hermanas y paga amablemente su desgracia con el oro que hemos ganado para usted. Eso es lo que llamáis honor».

El conde Trast, el personaje principal de la obra, un hombre que conoce bien las costumbres de los distintos países, nos da una idea sobre el concepto del honor y nos cuenta que, en sus numerosos viajes, se encontró con una tribu salvaje cuyo honor ofendió mortalmente al rechazar la hospitalidad que le ofrecían los encantos de la esposa del jefe.

El tema de Heimat trata de la lucha entre las viejas y las jóvenes generaciones. Ocupa un lugar permanente e importante en la literatura dramática.

Magda, la hija del teniente coronel Schwartz, ha cometido un pecado imperdonable: ha rechazado al pretendiente elegido por su padre. Por atreverse a desobedecer las órdenes paternas es expulsada de casa. Magda, llena de vida y espíritu de libertad, sale al mundo para volver a su ciudad natal, doce años después, convertida en una célebre cantante. Consiente en visitar a

sus padres con la condición de que respeten la intimidad de su pasado. Pero su padre, que es muy estricto, comienza inmediatamente a interrogarla, insistiendo en sus «derechos paternos». Magda se indigna, pero poco a poco su insistencia saca a la luz la tragedia de su vida. Se entera de que el respetado concejal von Keller había sido en su época de estudiante el amante de Magda, mientras ella luchaba por su independencia económica y social. La consecuencia del fugaz romance fue un hijo, abandonado por el hombre incluso antes de nacer. El rígido padre militar de Magda exige como retribución al consejero von Keller que legalice la relación amorosa. En vista del éxito social y profesional de Magda, Keller consiente de buen grado, pero con la condición de que ella abandone el escenario y coloque al niño en una institución. La lucha entre lo viejo y lo nuevo culmina con las desafiantes palabras de Magda de la mujer crecida hasta la independencia consciente de pensamiento y acción: «... Diré lo que pienso de ti, de ti y de tu respetable sociedad. ¿Por qué he de ser peor que vosotros para prolongar mi existencia entre vosotros con una mentira? ¿Por qué este oro sobre mi cuerpo, y el brillo que rodea mi nombre, sólo han de aumentar mi infamia? ¿No he trabajado temprano y tarde durante diez largos años? ¿No he tejido este ves-

tido con noches de insomnio? ¿No he construido mi carrera paso a paso, como miles de personas de mi clase? ¿Por qué debería sonrojarme ante nadie? Soy yo misma, y a través de mí misma he llegado a ser lo que soy».

El tema general de Heimat -la lucha entre las viejas y las jóvenes generaciones- no era original. Ya había sido tratado con anterioridad por una mano maestra en Padres e hijos, retratando el despertar de una época. Pero aunque artísticamente es muy inferior a la obra de Turgeniev, Heimat -que retrata el despertar de un sexo- demostró ser un poderoso factor de revolución, principalmente por su expresión dramática.

El dramaturgo que no sólo difundió el radicalismo, sino que revolucionó literalmente a los alemanes reflexivos, es Gerhardt Hauptmann. Su primera obra, *Vor Sonnenaufgang*,³ rechazada por todas las principales amenazas alemanas, pero finalmente representada en el teatro independiente Lessing, actuó como un rayo, iluminando todo el horizonte social. Su tema trata de la vida de un terrateniente extensivo, ignorante, analfabeto y embrutecido, y de sus esclavos económicos del mismo calibre mental. La influencia de la riqueza,

³ Antes del Amanecer.

tanto en las víctimas que la crearon como en el poseedor de la misma, se muestra con los colores más vivos, como resultado de la embriaguez, la idiotez y la decadencia. Pero el aspecto más llamativo de *Vor Sonnenaufgang*, el que provocó una lluvia de improperios sobre la cabeza de Hauptmann, fue la cuestión de la crianza indiscriminada de niños por parte de padres no aptos.

Durante la segunda representación de la obra, un importante cirujano berlinés estuvo a punto de provocar el pánico en el teatro al balancear un par de fórceps sobre su cabeza y gritar a voz en cuello: «La decencia y la moralidad de Alemania están en juego si se discute abiertamente sobre el parto desde el escenario.» El cirujano queda olvidado y Hauptmann se erige como una figura colosal ante el mundo.

Cuando *Die Weber*⁴ vio la luz por primera vez, se desató el pandemónium en el país de los pensadores y los poetas. «¿Qué?», gritaron los moralistas, «¡trabajadores, esclavos sucios e inmundos, para ser puestos en escena! ¿La pobreza en todos sus horrores y fealdad para ser repartida como una diversión después de la cena? Eso es demasiado».

⁴ Los tejedores.

De hecho, era demasiado para la gorda y grasienta burguesía enfrentarse a los horrores de la existencia del tejedor. Era demasiado por la verdad y la realidad que resonaba como un trueno en los oídos sordos de la sociedad autosatisfecha, ¡J'accuse!

Por supuesto, ya se sabía antes de la aparición de este drama que el capital no puede engordar a menos que devore el trabajo, que la riqueza no puede acaparrarse sino a través de los canales de la pobreza, el hambre y el frío; pero tales cosas es mejor mantenerlas en la oscuridad, no sea que las víctimas se despierten para darse cuenta de su posición. Pero el propósito del drama moderno es despertar la conciencia de los oprimidos; y ése, de hecho, era el propósito de Gerhardt Hauptmann al describir al mundo las condiciones de los tejedores en Silesia. Seres humanos que trabajaban dieciocho horas diarias y no ganaban lo suficiente para el pan y el combustible; seres humanos que vivían en chozas rotas y miserables, medio cubiertas de nieve y sin más protección que jirones para el frío; niños cubiertos de escorbuto por el hambre y la exposición; mujeres embarazadas en las últimas etapas de la tisis. Víctimas de una época cristiana benévola, sin vida, sin esperanza, sin calor. Ah, sí, ¡era demasiado!

La versatilidad dramática de Hauptmann aborda todos los estratos de la vida social. Además de retratar el efecto demoledor de las condiciones económicas, también trata de la lucha del individuo por su liberación mental y espiritual de la esclavitud de las convenciones y la tradición. Así, Heinrich, el forjador de campanas, en el poema dramático en prosa *Die Versunkene Glocke*,⁵ no logra alcanzar las cumbres de la libertad porque, como dijo Rautendelein, ha vivido demasiado tiempo en el valle. Del mismo modo, el Dr. Vockerath y Anna Maar siguen siendo almas solitarias porque también les falta la fuerza para desafiar las tradiciones veneradas. Sin embargo, su propio fracaso debe despertar el espíritu rebelde contra un mundo que siempre obstaculiza la emancipación individual y social.

*Jugend*⁶, de Max Halbe, y *Frühling's Erwachen*⁷, de Wedekind, son dramas que han difundido el pensamiento radical en una dirección totalmente distinta. Tratan del niño y de la densa ignorancia y el estrecho puritanismo que se enfrentan al despertar de la naturaleza. Esto es especialmente cierto en el caso de *Erwa-*

⁵ La campana hundida.

⁶ La juventud.

⁷ El despertar de la primavera.

chen de Frühling. Las niñas y los niños sacrificados en el altar de la falsa educación y de nuestra moralidad enfermiza que prohíbe la iluminación de la juventud en cuanto a cuestiones tan imperativas para la salud y el bienestar de la sociedad, – el origen de la vida, y sus funciones. Muestra cómo una madre -y una madre verdaderamente buena, por cierto- mantiene a su hija de catorce años en la más absoluta ignorancia en cuanto a todas las cuestiones de sexo, y cuando finalmente la joven cae víctima de su ignorancia, la misma madre ve cómo su hija es asesinada por medicamentos curanderos. La inscripción en su tumba dice que murió de anemia, y la moral se da por satisfecha.

La fatalidad de nuestra hipocresía puritana en estos asuntos es especialmente iluminada por Wedekind en la medida en que nuestros niños más prometedores son víctimas de la ignorancia sexual y de la absoluta falta de aprecio por parte de los maestros del despertar del niño.

Wendla, inusualmente desarrollada y despierta para su edad, suplica a su madre que le explique el misterio de la vida:

«Tengo una hermana que está casada desde hace dos años y medio. Yo misma he si-

do nombrada tía por tercera vez, y no tengo la menor idea de cómo se produce todo esto.... ¡No te enfades, madre, querida! ¿A quién más debería preguntar sino a ti? No me regañes por preguntar. Dame una respuesta. – ¿Cómo sucede? – No puedes engañarte de que yo, que tengo catorce años, siga creyendo en la cigüeña».

Si la propia madre no fuera víctima de falsas nociones de moralidad, una explicación afectuosa y sensata podría haber salvado a su hija. Pero la madre convencional trata de ocultar su vergüenza «moral» y su desconcierto con esta respuesta evasiva:

«Para tener un hijo – hay que amar – al hombre – con el que se está casada.... Hay que amarlo, Wendla, como tú, a tu edad, todavía eres incapaz de amar. – Ahora lo sabes».

De lo mucho que «sabía» Wendla la madre se dio cuenta demasiado tarde. La joven embarazada se imagina enferma de hidropesía. Y cuando su madre llora desesperada: «No tienes la hidropesía, tienes un hijo,

niña», la agonizante Wendla exclama desconcertada: «Pero no es posible, madre, todavía no estoy casada... Oh, madre, ¿por qué no me lo has contado todo?».

Con la misma estupidez, el niño Morris se ve abocado al suicidio porque fracasa en sus exámenes escolares. Y Melchior, el joven padre del hijo no nacido de Wendla, es enviado a la Casa de la Corrección, su temprano despertar sexual lo convierte en un degenerado a los ojos de profesores y padres.

Durante años, hombres y mujeres reflexivos en Alemania han defendido la necesidad imperiosa de la educación sexual. Mutterschutz, una publicación especialmente dedicada a la discusión franca e inteligente del problema del sexo, ha llevado a cabo su agitación durante un tiempo considerable. Pero sólo faltaba que el genio dramático de Wedekind influyera en el pensamiento radical hasta el punto de forzar la introducción de la fisiología del sexo en muchas escuelas de Alemania.

Escandinavia, al igual que Alemania, avanzó a través del drama mucho más que a través de cualquier otro canal. Mucho antes de que Ibsen apareciera en escena, Björnson, el gran ensayista, tronó contra las desigualdades e injusticias que prevalecían en esos países. Pero la suya era una voz en el desierto, que sólo llegaba

a unos pocos. No es el caso de Ibsen. Sus obras Brand, Casa de muñecas, Los pilares de la sociedad, Fantasmas y Un enemigo del pueblo han socavado considerablemente las viejas concepciones y las han sustituido por una visión moderna y real de la vida. No hay más que leer Brand para darse cuenta de la concepción moderna, digamos, de la religión, – la religión, como un ideal a alcanzar en la tierra; la religión como un principio de hermandad humana, de solidaridad y de bondad.

Ibsen, el supremo odiador de todas las farsas sociales, ha arrancado el velo de la hipocresía de sus rostros. Su mayor embestida, sin embargo, es contra los cuatro puntos cardinales que sostienen la endeble red de la sociedad. En primer lugar, la mentira sobre la que descansa la vida de hoy; en segundo lugar, la inutilidad del sacrificio que predicán nuestros códigos morales; en tercer lugar, la mezquina consideración material, que es el único dios que la mayoría adora; y en cuarto lugar, la influencia mortífera del provincianismo. Estos cuatro temas se repiten como leitmotiv en la mayoría de las obras de Ibsen, pero especialmente en Pilares de la sociedad, Casa de muñecas, Fantasmas y Un enemigo del pueblo.

¡Los pilares de la sociedad! Qué tremenda acusación contra la estructura social que se apoya en pilares podridos y descompuestos, pilares bien dorados y aparentemente intactos, pero que sólo ocultan su verdadera condición. ¿Y cuáles son esos pilares?

El cónsul Bernick, en la cumbre de su carrera social y financiera, el benefactor de su ciudad y el pilar más fuerte de la comunidad, ha llegado a la cima a través del canal de la mentira, el engaño y el fraude. Ha despojado a su amigo íntimo Johann de su buen nombre y ha traicionado a Lona Hessel, la mujer que amaba, para casarse con su hermanastra por su dinero. Se ha enriquecido con transacciones turbias, amparándose en el «bien de la comunidad», y finalmente llega al extremo de poner en peligro la vida humana al preparar el Indian Girl, un barco podrido y peligroso, para hacerse a la mar.

Pero el regreso de Lona le hace darse cuenta del vacío y la mezquindad de su estrecha vida. Trata de aplacar la conciencia despierta con la esperanza de haber despejado el terreno para la mejor vida de su hijo, de la nueva generación. Pero incluso esta última esperanza no tarda en derrumbarse, ya que se da cuenta de que la verdad no puede construirse sobre una mentira. En el momento en que todo el pueblo se prepara

para celebrar al gran benefactor de la comunidad con un banquete de alabanzas, él mismo, ya crecido en su plena madurez espiritual, confiesa a los habitantes del pueblo reunidos:

«No tengo derecho a este homenaje – ... Mis conciudadanos deben conocerme hasta el fondo. Entonces, que cada uno se examine a sí mismo, y realicemos la predicción de que a partir de este acontecimiento comenzamos un nuevo tiempo. Lo antiguo, con sus oropeles, su hipocresía, su oquedad, su propiedad mentirosa y su lamentable cobardía, quedará atrás como un museo, abierto a la instrucción.»

Con Casa de muñecas, Ibsen ha allanado el camino para la emancipación de la mujer. Nora despierta de su papel de muñeca al darse cuenta de la injusticia cometida por su padre y su marido, Helmer Torvald.

«Mientras estaba en casa con padre, él solía decirme todas sus opiniones, y yo tenía las mismas. Si tenía otras, las ocultaba,

porque él no las habría aprobado. Solía llamarme su niña de las muñecas, y jugaba conmigo como yo jugaba con mis muñecas. Luego vine a vivir a su casa. Usted lo arreglaba todo según su gusto, y yo tenía el mismo gusto que usted, o pretendía tenerlo. Cuando lo recuerdo ahora, me parece que he vivido como un mendigo, de la mano a la boca. Vivía haciendo trucos para ti, Torvald, pero tú lo querías así. Tú y padre me habéis hecho un gran daño».

En vano Helmer utiliza los viejos argumentos filiteos del deber de esposa y las obligaciones sociales. Nora ha dejado de ser una muñeca para convertirse en una mujer consciente. Está decidida a pensar y juzgar por sí misma. Se ha dado cuenta de que, antes que nada, es un ser humano que se debe el primer deber a sí mismo. No se deja intimidar ni siquiera por la posibilidad del ostracismo social. Se ha vuelto escéptica respecto a la justicia de la ley, a la sabiduría de los constituidos. Su alma rebelde se levanta en protesta contra lo existente. En sus propias palabras: «Debo decidir qué es lo correcto, la sociedad o yo».

En su fe infantil en su marido había esperado el gran milagro. Pero no fue la esperanza defraudada la que abrió su visión a las falsedades del matrimonio. Fue más bien la petulante satisfacción de Helmer con una mentira segura, que permanecería oculta y no pondría en peligro su posición social.

Cuando Nora cerró tras de sí la puerta de su jaula dorada y salió al mundo convertida en una personalidad nueva y regenerada, abrió la puerta de la libertad y la verdad para su propio sexo y la raza venidera.

Más que ninguna otra obra, *Fantasmas* ha actuado como la explosión de una bomba, sacudiendo la estructura social hasta sus cimientos.

En *Casa de muñecas*, la justificación de la unión entre Nora y Helmer descansaba al menos en la concepción de integridad del marido y en su rígida adhesión a la moral social. De hecho, era el marido ideal convencional y el padre devoto. No es así en *Fantasmas*. La Sra. Alving se casó con el capitán Alving sólo para descubrir que era una ruina física y mental, y que la vida con él significaría una degradación total y sería fatal para su posible descendencia. En su desesperación se dirigió a su compañero de juventud, el joven pastor Manders que, como verdadero salvador de almas para el cielo, debía ser indiferente a las necesidades terre-

nales. La devolvió a la vergüenza y a la degradación, a sus deberes para con el marido y el hogar. De hecho, la felicidad -para él- no era más que la manifestación impía de un espíritu rebelde, y el deber de una esposa no era juzgar, sino «llevar con humildad la cruz que un poder superior había puesto sobre ti por tu propio bien».

La señora Alving soportó la cruz durante veintiséis largos años. No por el bien del poder superior, sino por su pequeño hijo Oswald, a quien anhelaba salvar de la atmósfera venenosa del hogar de su marido.

También fue por el bien del hijo amado que ella apoyó la mentira de la bondad de su padre, en el temor supersticioso del «deber y la decencia». Se enteró -por desgracia, demasiado tarde- de que el sacrificio de toda su vida había sido en vano, y que su hijo Oswald estaba visitado por los pecados de su padre, que estaba irremediabilmente condenado. Esto también lo aprendió, que «todos somos fantasmas. No es sólo lo que hemos heredado de nuestro padre y nuestra madre lo que camina en nosotros. Es todo tipo de ideas muertas y viejas creencias sin vida. No tienen vitalidad, pero se aferran a nosotros igualmente y no podemos deshacernos de ellas.... Y entonces somos, todos y cada uno, tan lamentablemente temerosos de la luz. Cuan-

do me obligasteis a someterme al yugo que llamabais Deber y Obligación; cuando alabasteis como correcto y adecuado lo que toda mi alma se rebelaba como algo repugnante, fue entonces cuando empecé a mirar las costuras de vuestra doctrina. Sólo deseaba arrancar un solo nudo, pero cuando lo hube desatado, todo el asunto se desentrañó. Y entonces comprendí que todo estaba cosido a máquina».

¿Cómo podría una sociedad cosida a máquina comprender las profundidades hirvientes de las que surgió la gran obra maestra de Henrik Ibsen? No podía entender, y por lo tanto derramó las ampollas de abuso y veneno sobre su mayor benefactor. La respuesta de Ibsen en «Un enemigo del pueblo» demuestra que no se dejó intimidar.

En ese gran drama, Ibsen realiza los últimos ritos funerarios sobre un sistema social decadente y moribundo. De sus cenizas surge el individuo regenerado, el rebelde audaz y atrevido. El Dr. Stockman, un idealista, lleno de simpatía social y solidaridad, es llamado a su ciudad natal como médico de los baños. Pronto descubre que éstos están contruidos sobre un pantano, y que en lugar de encontrar alivio los pacientes, que acuden al lugar, están siendo envenenados.

Como hombre honesto y de fuertes convicciones, el médico considera que es su deber dar a conocer su descubrimiento. Pero pronto se da cuenta de que los dividendos y los beneficios no tienen nada que ver con la salud ni con los principios. Incluso los reformistas de la ciudad, representados en el *People's Messenger*, siempre dispuestos a alardear de su devoción por el pueblo, retiran su apoyo al «temerario» idealista, en el momento en que se enteran de que el descubrimiento del doctor puede desprestigiar a la ciudad y perjudicar así sus bolsillos.

Pero el doctor Stockman continúa con la fe que tiene en sus conciudadanos. Ellos le escuchan. Pero aquí, también, pronto se encuentra solo. Ni siquiera puede conseguir un lugar para proclamar su gran verdad. Y cuando por fin lo consigue, se ve abrumado por el abuso y la burla como enemigo del pueblo. El doctor, tan entusiasmado con la ayuda de los habitantes de su pueblo para erradicar el mal, pronto se ve abocado a la soledad. El anuncio de su descubrimiento supondría una pérdida pecuniaria para la ciudad, y esa consideración induce a los funcionarios, a los buenos ciudadanos y a los reformistas de alma, a sofocar la voz de la verdad. Encuentra en todos ellos una mayoría compacta, sin escrúpulos para estar dispuestos a construir la prospe-

ridad de la ciudad sobre un lodazal de mentiras y fraudes. Se le acusa de intentar arruinar a la comunidad. Pero para él «no importa que se arruine una comunidad mentirosa. Hay que arrasarla con ella. Todos los hombres que viven de la mentira deben ser exterminados como alimañas. Lo llevarán a tal extremo que todo el país merecerá perecer».

El doctor Stockman no es un político práctico. Un hombre libre, piensa, no debe comportarse como un guardia negro. «No debe actuar de tal manera que escupa en su propia cara». Porque sólo los cobardes permiten que las «consideraciones» del supuesto bienestar general o del partido se antepongan a la verdad y a los ideales. «Los programas de partido retuercen el cuello de todas las verdades jóvenes y vivas; y las consideraciones de conveniencia ponen patas arriba la moralidad y la rectitud, hasta que la vida es sencillamente espantosa».

Estas obras de Ibsen -Los pilares de la sociedad, Casa de muñecas, Fantasma y Un enemigo del pueblo- constituyen una fuerza dinámica que va disipando los fantasmas que caminan por el cementerio social llamado civilización. Más aún: los efectos destructivos de Ibsen son al mismo tiempo sumamente constructivos, pues no se limita a socavar los pilares existentes; de

hecho, construye con trazos seguros los cimientos de un futuro más sano e ideal, basado en la soberanía del individuo dentro de un entorno social comprensivo.

La coherencia es el mayor crimen de nuestra época comercial. Por muy intenso que sea el espíritu o por muy importante que sea el hombre, en el momento en que no se deja utilizar o vender sus principios, es arrojado al basurero. Tal fue el destino del presidente de la compañía, Anthony, y de David Roberts. Sin duda, representaban polos opuestos, polos antagónicos entre sí, polos divididos por una terrible brecha que nunca podrá ser superada. Sin embargo, compartían un destino común. Anthony es la encarnación del conservadurismo, de las viejas ideas, de los métodos de hierro:

«He sido presidente de esta empresa durante treinta y dos años. He luchado contra los hombres cuatro veces. Nunca he sido derrotado. Se ha dicho que los tiempos han cambiado. Si lo han hecho, yo no he cambiado con ellos. Se ha dicho que los maestros y los hombres son iguales. Cant. Sólo puede haber un amo en una casa. Se ha dicho que el Capital y el Trabajo tienen los mismos intereses. Cant. Sus intereses están tan separados como los polos. Sólo hay una manera de tratar a los hombres: con la vara de hierro. Los amos son amos. Los hombres son hombres».

Puede que no nos guste esta adhesión a nociones viejas y reaccionarias, y sin embargo hay algo admirable en el valor y la coherencia de este hombre, ni es la mitad de peligroso para los intereses de los oprimidos, que nuestros reformistas sentimentales y blandos que roban con nueve dedos, y dan bibliotecas con el décimo; que trituran a los seres humanos como Russell Sage, y luego gastan millones de dólares en trabajos de investigación social; que convierten a las hermosas plantas jóvenes en viejas descoloridas, y luego les dan unos míseros dólares o fundan un Hogar para Niñas Trabajadoras. Anthony es un enemigo digno; y para luchar contra un enemigo así, uno debe aprender a enfrentarse a él en una batalla abierta.

David Roberts tiene todos los atributos mentales y morales de su adversario, unidos al espíritu de revuelta y a la profundidad de las ideas modernas. Él también es coherente y no quiere nada para su clase que no sea la victoria completa.

«No es por este pequeño momento de tiempo que estamos luchando, no por nuestros propios cuerpecitos y su calor: es por todos los que vienen después, por todos los tiempos. Oh, hombres, por el amor de ellos no levanten otra piedra sobre sus cabezas, no ayuden a ennegrecer el cielo. Si no podemos sacudirnos ese

monstruo de cara blanca y labios sangrientos que nos ha chupado la vida a nosotros, a nuestras esposas y a nuestros hijos, desde el comienzo del mundo, si no tenemos el corazón de los hombres para enfrentarnos a él, pecho con pecho y ojo con ojo, y obligarlo a retroceder hasta que clame por misericordia, seguirá chupando la vida, y nos quedaremos para siempre donde estamos, menos que los mismísimos perros.»

Es inevitable que el compromiso y el interés mezquino pasen de largo y dejen atrás a dos gigantes así. Inevitable, hasta que la masa alcance la estatura de un David Roberts. ¿Lo hará alguna vez? La profecía no es la vocación del dramaturgo, pero la lección moral es evidente. Uno no puede dejar de darse cuenta de que los trabajadores tendrán que utilizar métodos hasta ahora desconocidos para ellos; que tendrán que descartar todos aquellos elementos en su seno que siempre están dispuestos a reconciliar lo irreconciliable, es decir, el Capital y el Trabajo. Tendrán que aprender que personajes como David Roberts son las mismas fuerzas que han revolucionado el mundo y que, por tanto, han allanado el camino para la emancipación fuera de las garras de ese «monstruo de cara blanca y labios ensangrentados», hacia un horizonte más lu-

minoso, una vida más libre y un reconocimiento más profundo de los valores humanos.

Ningún tema de igual importancia social ha recibido una consideración tan amplia en los últimos años como la cuestión de la prisión y el castigo.

Apenas hay una revista de importancia que no haya dedicado sus columnas a la discusión de este tema vital. Varios libros de escritores competentes, tanto en Estados Unidos como en el extranjero, han analizado este tema desde el punto de vista histórico, psicológico y social, y todos coinciden en que las instituciones penales actuales y nuestro modo de hacer frente a la delincuencia han demostrado ser inadecuados y derrochadores en todos los aspectos. Uno esperaría que algo muy radical resultara de la acusación literaria acumulada de los crímenes sociales perpetrados contra el prisionero. Sin embargo, con la excepción de algunas reformas menores y comparativamente insignificantes en algunas de nuestras prisiones, no se ha logrado absolutamente nada. Pero, por fin, este grave mal social ha encontrado una interpretación dramática en *La justicia* de Galsworthy.

La obra comienza en la oficina de James How and Sons, Solicitors. El empleado principal, Robert Cokeson, descubre que un cheque que había emitido por

nueve libras ha sido falsificado por noventa. Por eliminación, las sospechas recaen sobre William Falder, el oficinista subalterno. Este último está enamorado de una mujer casada, la esposa abusada y maltratada de un brutal borracho. Presionado por su jefe, un hombre severo pero no poco amable, Falder confiesa la falsificación, alegando la extrema necesidad de su novia, Ruth Honeywill, con la que había planeado escapar para salvarla de la insoportable brutalidad de su marido. A pesar de las súplicas del joven Walter, tocado por las ideas modernas, su padre, un ciudadano moral y respetuoso de la ley, entrega a Falder a la policía.

El segundo acto, en la sala del tribunal, muestra a la Justicia en pleno proceso de fabricación. La escena iguala en fuerza dramática y veracidad psicológica a la gran escena del tribunal en Resurrección. El joven Falder, un joven de veintitrés años nervioso y bastante débil, se encuentra ante el tribunal. Ruth, su novia casada, llena de amor y devoción, arde de ansiedad por salvar al joven cuyo afecto provocó su actual situación. El joven es defendido por el abogado Frome, cuyo discurso ante el jurado es una obra maestra de profunda filosofía social envuelta en los zarcillos de la comprensión y la simpatía humanas. No intenta rebatir el mero hecho de que Falder haya alterado el cheque; y aun-

que alega una aberración temporal en defensa de su cliente, ese alegato se basa en una conciencia social tan profunda y omnipresente como las raíces de nuestros males sociales: «el fondo de la vida, esa vida palpante que siempre está detrás de la comisión de un crimen». Muestra a Falder ante la alternativa de ver a la mujer amada asesinada por su brutal marido, del que no puede divorciarse; o de tomarse la justicia por su mano. La defensa ruega al jurado que no convierta al débil joven en un delincuente condenándolo a la cárcel, ya que «la justicia es una máquina que, cuando alguien le ha dado un empujón de arranque, rueda por sí misma... ¿Va a ser este joven triturado bajo esta máquina por un acto que, en el peor de los casos, fue de debilidad? ¿Va a convertirse en un miembro de las tripulaciones sin suerte que tripulan esas naves oscuras y maltrechas llamadas prisiones?

...les pido, caballeros, que no arruinen a este joven. Porque como resultado de esos cuatro minutos, la ruina, total e irremediable, le mira a la cara... El rodar de las ruedas del carro de la Justicia sobre este muchacho comenzó cuando se decidió procesarlo».

Pero el carro de la Justicia sigue rodando sin piedad, ya que -como dice el docto juez- «la ley es lo que es:

un majestuoso edificio, que nos cobija a todos, y en el que cada piedra se apoya en otra».

Falder es condenado a tres años de prisión.

En la cárcel, el joven e inexperto convicto pronto se convierte en víctima del terrible «sistema». Las autoridades admiten que el joven Falder está mental y físicamente «en mal estado», pero no se puede hacer nada al respecto: muchos otros están en una situación similar, y «las dependencias son inadecuadas».

La tercera escena del tercer acto es desgarradora por su fuerza silenciosa. Toda la escena es una pantomima que tiene lugar en la celda de Falder.

«A la luz del día, que cae rápidamente, se ve a Falder, en calcetines, de pie, inmóvil, con la cabeza inclinada hacia la puerta, escuchando. Se acerca un poco a la puerta, sin que sus pies calcetados hagan ruido. Se detiene ante la puerta. Se esfuerza cada vez más por oír algo, cualquier cosa que ocurra fuera. Se levanta de repente, como si hubiera oído algo, y se queda inmóvil. Luego, con un fuerte suspiro, se acerca a su labor y se queda mirándola, con la cabeza baja; da una o dos puntadas, con el aire de un hombre tan perdido en la tristeza que cada puntada es, por así decirlo, una vuelta a la vida. Luego, girándose bruscamente, comienza a pasearse por su celda, moviendo la cabeza, como un

animal que se pasea por su jaula. Se detiene de nuevo ante la puerta, escucha y, apoyando las palmas de las manos en ella con los dedos extendidos, apoya la frente en el hierro. Al poco tiempo se aparta de ella, retrocede lentamente hacia la ventana, sujetándose la cabeza, como si sintiera que va a reventar, y se detiene bajo la ventana. Pero como no puede ver a través de ella, deja de mirar y, cogiendo la tapa de una de las latas, se asoma a ella, como si tratara de hacer compañía a su propia cara. Ya casi ha oscurecido. De repente, la tapa se le cae de la mano con un estruendo -el único sonido que ha roto el silencio- y se queda mirando fijamente a la pared, donde la tela de la camisa cuelga más bien blanca en la oscuridad; parece estar viendo a alguien o algo allí. Se oye un golpe seco y un chasquido; la luz de la celda detrás de la pantalla de cristal se ha encendido. La celda está muy iluminada. Se ve a Falder jadeando.

«Un sonido lejano, como de golpes lejanos y sordos sobre un metal grueso, se oye de repente. Falder retrocede, incapaz de soportar este repentino clamor. Pero el sonido crece, como si un gran tumbril rodara hacia la celda. Y poco a poco parece hipnotizarle. Comienza a arrastrarse centímetro a centímetro hacia la puerta. El sonido de los golpes, que viaja de celda en celda, se

acerca cada vez más; se ven las manos de Falder moviéndose como si su espíritu ya se hubiera unido a este latido, y el sonido aumenta hasta que parece haber entrado en la propia celda. De repente levanta los puños cerrados. Jadeando violentamente, se lanza contra su puerta y la golpea».

Finalmente, Falder sale de la prisión, un hombre con el boleto de salida roto, el sello del convicto en su frente, el hierro de la miseria en su alma. Gracias a las súplicas de Ruth, la empresa James How and Son está dispuesta a volver a contratar a Falder, con la condición de que renuncie a Ruth. Es entonces cuando Falder se entera de la terrible noticia de que la mujer que ama ha sido empujada por el despiadado Moloch económico a venderse. Ella «intentó hacer faldas... cosas baratas... Nunca gané más de diez chelines a la semana, comprando mi propio algodón y trabajando todo el día. Casi nunca me acostaba hasta pasadas las doce Y entonces ... mi empleador pasó – pasó desde entonces». En este terrible momento psicológico aparece la policía para arrastrarlo de nuevo a la cárcel por no haberse presentado como hombre con billete de salida. Completamente superado por la inexorabilidad de su entorno, el joven Falder busca y encuentra la paz, ma-

yor que la justicia humana, arrojándose a la muerte, mientras los detectives le llevan de vuelta a la cárcel.

Sería imposible estimar el efecto producido por esta obra. Tal vez se pueda obtener alguna idea de la circunstancia muy inusual de que haya resultado tan poderosa como para inducir al Ministro del Interior de Gran Bretaña a emprender amplias reformas penitenciarias en Inglaterra. Un signo muy alentador de la influencia ejercida por el teatro moderno. Es de esperar que la estruendosa acusación del Sr. Galsworthy no quede sin un efecto similar en el sentimiento público y en las condiciones carcelarias de América. En cualquier caso, es seguro que ninguna otra obra moderna ha dado un fruto tan directo e inmediato en el despertar de la conciencia social.

Otra obra moderna, *The Servant in the House*, toca una clave vital en nuestra vida social. El héroe de la obra maestra del Sr. Kennedy es Robert, un tosco y sucio borracho, a quien la sociedad respetable ha repudiado. Robert, el limpiador de alcantarillas, es el verdadero héroe de la obra; es más, su verdadero y único salvador. Es él quien se ofrece para bajar a la peligrosa cloaca, para que sus compañeros «puedan tener luz y aire». Después de todo, ¿no ha sacrificado siempre su vida para que otros tengan luz y aire?

El pensamiento de que el trabajo es el redentor del bienestar social se ha gritado desde los tejados en todas las lenguas y todos los climas. Sin embargo, las sencillas palabras de Robert expresan el significado del trabajo y su misión con mucha más fuerza.

Estados Unidos está todavía en su dramática infancia. La mayoría de los intentos de reflejar la vida en esta línea, han sido miserables fracasos. Sin embargo, hay señales esperanzadoras en la actitud del público inteligente hacia las obras de teatro modernas, aunque sean de tierra extranjera.

El único drama real que Estados Unidos ha producido hasta ahora es *The Easiest Way*, de Eugene Walter.

Se supone que representa una «fase peculiar» de la vida en Nueva York. Si eso fuera todo, tendría poca importancia. Lo que da a la obra su verdadera importancia y valor es mucho más profundo. Se encuentra, en primer lugar, en la corriente fundamental de nuestro tejido social que nos empuja a todos, incluso a los personajes más fuertes que Laura, hacia el camino más fácil, un camino tan destructivo para la integridad, la verdad y la justicia. En segundo lugar, el fatalismo cruel y sin sentido condicionado en el sexo de Laura. Estos dos rasgos ponen el sello universal en la obra, y

la caracterizan como una de las más fuertes acusaciones dramáticas contra la sociedad.

El despilfarro criminal de la energía humana, en las condiciones económicas y sociales, impulsa a Laura como impulsa a la muchacha media a casarse con cualquier hombre por un «hogar»; o como impulsa a los hombres a soportar las peores indignidades por una miserable miseria.

Luego está esa otra institución respetable, el fatalismo del sexo de Laura. La inevitabilidad de esa fuerza se resume en las siguientes palabras: «¿No sabes que no contamos en la vida de estos hombres más que los animales domesticados? Es un juego, y si no jugamos bien nuestras cartas, perdemos». La mujer en la batalla con la vida sólo tiene un arma, una mercancía: el sexo. Sólo eso sirve como carta de triunfo en el juego de la vida.

Este ciego fatalismo ha hecho de la mujer un parásito, una cosa inerte. ¿Por qué entonces esperar la perseverancia o la energía de Laura? El camino más fácil es el que se ha trazado para ella desde tiempos inmemoriales. No podía seguir otro.

Se podrían citar otras obras como características del creciente papel del drama como difusor del pensamiento radical. Baste mencionar *El tercer grado*, de

Charles Klein; El cuarto estado, de Medill Patterson; Un mundo de hombres, de Ida Croutchers, todas ellas apuntan al amanecer del arte dramático en América, un arte que está descubriendo al pueblo las terribles enfermedades de nuestro cuerpo social.

Se ha dicho que todos los caminos llevan a Roma. Parfraseando las tendencias de nuestros días, puede decirse que todos los caminos conducen a la gran reconstrucción social. El despertar económico del trabajador y su comprensión de la necesidad de una acción industrial concertada; las tendencias de la educación moderna, especialmente en su aplicación al libre desarrollo del niño; el espíritu de creciente descontento expresado y cultivado por el arte y la literatura, todo ello prepara el camino hacia la Vía Libre. Sobre todo, el drama moderno, operando a través del doble canal del dramaturgo y del intérprete, afectando como lo hace a la mente y al corazón, es la fuerza más fuerte en el desarrollo del descontento social, engrosando la poderosa marea de descontento que barre hacia adelante y sobre el dique de la ignorancia, el prejuicio y la superstición.

Biblioteca anarquista
Anti-Copyright



Emma Goldman
Anarquismo y Otros Ensayos
1910

Recuperado en abril de 2026 desde Libértame
Anarchism and Other Essays. Traducido por
Libértame en septiembre de 2022. Editado por La
Conquista del Panda bajo licencia CC BY-NC-SA 4.0

es.anarchistlibraries.net